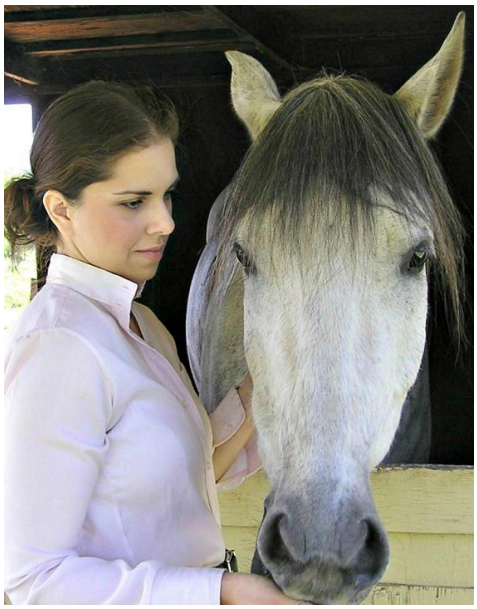

CLEAN ROMANCE
LA CARTA PERDIDA
MIMI MATTHEWS
Libros de seda



© Privado

Mimi Matthews es una autora de *best sellers* del *USA Today*. Escribe tanto libros de historia de no ficción como novela romántica histórica ambientada en la época victoriana. Sus libros han recibido reseñas destacadas de *Publishers Weekly*, *Library Journal*, *Booklist*, *Kirkus*, y *Shelf Awareness*, y sus artículos han aparecido publicados en *Victorian Web*, el *Journal of Victorian Culture* y también en el *BUST Magazine*. Tiene además otra profesión, la de abogada. Vive en California con su familia, además de con un caballo andaluz de doma, un perro pastor de las Shetland y dos gatos siameses.



Ella fue un día la más bella de la alta sociedad; él, un apuesto oficial de caballería del que hace tiempo se enamoró. Una historia de amor y segundas oportunidades deliciosa y sorprendente.

Sylvia Stafford ha aprendido a ser pragmática y no lamentarse; un día fue la más guapa, pero ahora se ha quedado sin nada, tras la muerte de su padre, jugador, que la ha dejado en la ruina. Así que debe buscar un empleo, y lo encuentra, como institutriz en la casa de un rico comerciante de Cheapside. Allí, lejos de todo y de todos, no espera sino envejecer y convertirse en una solterona.

El coronel Sebastian Conrad hace años que dejó de ser el joven oficial enamorado que un día fue. La guerra ha dejado en él cicatrices, no solo físicas, y lo único que quiere es vivir lejos de todo y de todos en su remota hacienda de Hertfordshire. Sin embargo en la vida, a veces, aparece una segunda oportunidad…

LA CARTA PERDIDA

MIMI MATTHEWS

Libros de seda

La carta perdida

Título original: *The Lost Letter*

THE LOST LETTER copyright © 2017 by Mimi Matthews
Translation rights arranged by Taryn Fagerness Agency and Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All rights reserved

© de la traducción: Nereida Tomás

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
@librosdesedaeditorial
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gemma Martínez Viura
Maquetación: @isabela-g
Imagen de la cubierta: ©Rachael Fraser/Arcangel Images
Conversión en epub: Álvaro López López

Primera edición digital: noviembre de 2026

ISBN: 978-84-10481-45-9

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Ninguna parte de este libro puede usarse o reproducirse de ninguna manera con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.



ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Agradecimientos

Para mi madre, como prometí



Capítulo 1

Londres, Inglaterra
Primavera 1860

Sylvia Stafford se alisó la falda del vestido gris oscuro mientras bajaba las escaleras tras la señora Dinwiddy. Su empleadora le permitía recibir visitas, sin embargo, en los dos años que llevaba como institutriz de los niños Dinwiddy ningún amigo o familiar había tratado de ir a verla. Tampoco es que en aquel momento hubiera muchos en su vida. La única familia que le quedaba tras el suicidio de su padre eran unos cuantos tíos que no querían tener nada que ver con ella. Y sus amigos de la alta sociedad, de cuando era la señorita Stafford de Newel Park en Kent, habían desaparecido hacía una eternidad.

—No conozco a ninguna lady Harker —dijo—. Al menos que recuerde. Es bastante probable que coincidiéramos en el pasado, hace mucho.

—Ha sido muy insistente —respondió la señora Dinwiddy.

—¿Ha hablado con ella, señora?

—Por supuesto. Hemos mantenido una charla muy agradable. —Dejó escapar una risita alegre—. ¡Yo! Conversando con una vizcondesa. ¡Nada menos! Pero tras toda esa elegancia solo hay una joven amable. Me ha hecho sentir a gusto.

El humilde salón de los Dinwiddy, igual que el resto de la casa de Cheapside, estaba decorado con elegancia y practicidad. Sylvia entró y se encontró con una mujer menuda sentada en el borde de un sillón orejero sin reposabrazos, con una moderna falda de volantes desparramada sobre un miriñaque de un tamaño impresionante. Era muy joven; al menos más joven que ella misma, que tenía veinticinco años. Y, por su expresión, parecía un poco preocupada, lo que contrastaba de forma bastante cómica con el sombrero de encaje con lazo que

llevaba, ligeramente torcido, sobre una infinidad de rizos rubios.

Se levantó de un brinco y, de inmediato, clavó los enormes ojos marrones en Sylvia. Después sonrió.

—¿Es usted la señorita Stafford? —Se acercó a ella—. ¡Reconozco su pelo! Es precioso. ¡Y usted también lo es! Gracias por la rapidez, señora Dinwiddy. ¿Sería posible hablar con ella a solas?

La señora Dinwiddy era muy considerada y accedió a la petición, e incluso ofreció que les llevaran el té.

—Tengo la sensación de que debería recordarla —dijo Sylvia en cuanto su superior abandonó la habitación—. Pero me temo que no es así.

La sonrisa de lady Harker se desvaneció.

—Es lógico que no lo haga. No nos conocemos. Pero estoy tan feliz de haberla encontrado. Ni se lo imagina…

Sylvia se asustó al ver que se le humedecían los ojos.

—Querida —dijo con suavidad—. Por favor, siéntese. Y acepte mi pañuelo. Tome. ¿Ve los puntitos azules y marrones que hay en el hilo? Es uno de los primeros intentos de bordar de la señorita Dinwiddy. Se supone que son flores. Me lo regaló las navidades pasadas envuelto alrededor de una barra de jabón con aroma a violeta, mi favorito.

Hubo un tiempo en el que admiraban a Sylvia por su voz de terciopelo. Era delicada y suave. Seductora, le había dicho uno de sus apasionados pretendientes. De hecho, en las fiestas a las que solía asistir en Londres casi siempre le pedían que cantara en algún momento de la velada. Sin embargo, ahora su voz se había convertido en un atributo meramente práctico que utilizaba durante el día para tranquilizar a los niños a su cargo y por la noche para leerles o cantarles hasta que se dormían. También tenía un valor incalculable para calmar al siempre inquieto cocinero, a la preocupada ama de llaves y a cualquiera con los nervios fuera de control.

Funcionaba igual de bien con los aristócratas impacientes.

Distraída, lady Harker se sentó en un sillón, examinando los deformes puntos de hilo bordados en el pañuelo.

—¿La señorita Dinwiddy es la niña a la que cuida?

Sylvia se sentó en otro sillón frente a ella y se acomodó sobre las rodillas su sencilla falda de lana gris.

—Así es. La señorita Clara Dinwiddy es la hija mayor de la familia. Tiene ocho años. También me encargo de su hermana pequeña, Cora, que tiene seis.

—Nunca la hubiese imaginado trabajando como institutriz —dijo mientras se secaba las lágrimas.

No se ofendió por esas palabras. A decir verdad, a ella también le sorprendía haber acabado así. Había esperado casarse. Una vez hubo un hombre especial; un caballero que había estado más cerca de conseguir su mano que ningún otro pretendiente. Pero el suicidio de su padre lo había cambiado todo. La familia con la que se hospedaba en Londres durante la temporada se había apresurado a enviarla de vuelta al campo. Y tras aquello, nunca más volvió a oír hablar de ninguno de sus pretendientes.

Nada de eso importaba ahora. Hacía ya mucho tiempo que había dejado de llorar por ese motivo, y la parte de ella que anhelaba fantasías románticas imposibles se había marchitado y había muerto. Pero no era infeliz. Ni mucho menos. Se reía a menudo y con facilidad. Ya no pensaba en su antigua vida. Bueno, casi nunca.

—Los Dinwiddy se han portado muy bien conmigo —agregó con sinceridad—. Me considero afortunada por trabajar para ellos.

Lady Harker se sonrojó.

—¡No pretendía ofenderla! Es solo que esperaba que estuviera casada y con hijos. Lady Medcalf me dijo que solía tener muchos admiradores... —Se sonrojó todavía más—. Aunque debo decirle que me alegra haberla encontrado sin ataduras. Me alegra muchísimo.

Sylvia sonrió.

—Quizá debería decirme por qué ha venido.

—Sí, sí. Por supuesto. —Se puso seria de repente—. Bueno, verá... Mi hermano mayor es un hombre complicado.

Sylvia asintió comprensiva, impasible ante las incongruencias de la mujer.

—Siempre lo ha sido. Tan rudo y serio. Nunca estuvimos muy unidos; es mucho mayor que yo. Mientras estaba en la India, mi padre y nuestro otro hermano enfermaron de fiebre y murieron. Él es la única familia que me queda. De hecho, es el cabeza de familia; ahora posee el título. Pero no por ello tengo que soportar sus cambios de humor. Mi marido no me permite quedarme con él más de dos semanas seguidas, teme que pueda ser violento. Aunque nunca lo ha sido conmigo. Bueno... —Retorció el pañuelo entre las manos—. Puede que alguna vez haya lanzado algún libro; y en otra ocasión arrojó una figura de porcelana, pero no iban dirigidos a mí. Solo quería asustarme.

Sylvia la escuchaba con calmada atención. Debido a su trabajo estaba

acostumbrada a oír largas historias sin sentido, y se enorgullecía de su paciencia.

—Nunca le haría daño a una mujer —continuó—. Es solo que tiene un humor cambiante. Se altera, ya sabe. Una noche, el mes pasado, me pareció oír que me llamaba. Fui hasta su habitación, solo quería echar un vistazo. Estaba sentado en el sillón con la cabeza entre las manos y lloraba. ¡No supe cómo reaccionar! Traté de calmarlo, y me dijo que si no me iba me estrangularía. —Se ruborizó—. Aquella fue la primera vez que lo vi; lo apretaba en una mano. Lo aferraba mientras sollozaba.

La mujer respiró hondo.

—Bueno, creí haberlo imaginado. Al día siguiente, rebusqué por toda la habitación y no logré encontrarlo. Estaba a punto de rendirme cuando se me ocurrió que podía preguntarle a su ayuda de cámara. —Sonrió con evidente orgullo por su gran idea—. Su ayuda de cámara, Milsom, fue su sirviente durante el levantamiento. Es leal a Sebastián de una forma que roza lo ridículo. Así que no quiso contarme nada. Pero me puse hecha una fiera. Al fin me dijo que era un mechón de pelo; mi hermano lo había llevado con él hasta la India. Como amuleto.

La apariencia amable y comprensiva que Sylvia había mostrado durante todo el relato se tambaleó visiblemente.

—Perdone, ¿ha dicho un mechón de pelo?

—Exacto. Un mechón grueso de cabello castaño oscuro. Milsom me confesó que pertenecía a una tal Sylvia Stafford y que…

Sylvia sintió que todo el color abandonaba su rostro. Un recuerdo enterrado hacía mucho amenazó con derrumbarla.

—Me está diciendo que su hermano… Que su hermano es…

—El conde de Radcliffe. Aunque usted lo conocerá como coronel Sebastián Conrad. ¡Por Dios, querida! ¡Señorita Stafford!— Se levantó de un salto y corrió hasta ella—. ¿Está mareada? ¿Quiere que le traiga las sales aromáticas? ¡Diga algo!

Sylvia se quedó mirando la silueta charlatana que tenía delante.

—No me he mareado —dijo—. Estoy perfectamente, solo me he sorprendido un poco.

Lady Harker le agarró la mano.

—Mi querida Sylvia… ¿Puedo llamarla Sylvia? Y llámeme Julia, ya la considero una hermana. Mi intención es que llegue a serlo. Por eso he venido: para que regrese a Hertfordshire conmigo a casarse con mi hermano y lo ayude en su recuperación. Pero no nos adelantemos. Primero tenemos que conocernos mejor

y luego... ¡Ah! Ha llegado el té.

Soltó la mano de Sylvia para ayudar a la sirvienta. Cuando terminó, le dio permiso para que se fuera, se sentó y empezó a servir.

—¿Azúcar? ¿Mucho azúcar? —Echó varios terrones en la taza de Sylvia y removió con energía—. Aquí tiene. Beba unos pocos sorbos y no tardará en encontrarse mejor.

Sylvia alcanzó la taza con manos visiblemente temblorosas. Se obligó a beber un sorbo. El líquido dulce y caliente calmó la desazón de su interior; sin embargo, no creía que existiese una bebida en el mundo que pudiera apaciguar su agitado corazón.

—Su hermano... —Empezó a decir, sorprendida de que su voz sonara tan estable—. ¿Ha dicho que resultó herido en la India?

La mujer dejó escapar un suspiro.

—Herido de gravedad, por desgracia. —Tomó una galleta de chocolate—. Le atravesaron una mejilla con un sable; tiene el rostro desfigurado y ha perdido la visión de un ojo. Gracias a Dios que aún lo conserva, pero su aspecto es vidrioso. Le cuento todo esto para que vaya preparada. La primera vez que lo vi me comporté bastante mal. Asusta un poco, ya lo verá.

Sylvia colocó la taza de té en el platito con lentitud y los dejó en la bandeja. Le temblaba todo el cuerpo y le costaba ocultarlo.

—¿Está sufriendo mucho? —preguntó con voz débil.

—Así es. Aunque creo que le vendría bien recibir visitas. —Dejó escapar un nuevo suspiro—. Sin embargo, no quiere que nadie lo vea. Creo que le avergüenza haber perdido su atractivo. Tampoco es que hubiese sido muy guapo en el pasado. Pero diría que para usted sí que lo era, ¿verdad? ¿Por qué otro motivo le dio si no un mechón de pelo tan largo?

Sylvia pensó en aquella noche en el jardín de lord y lady Mainwearing tanto tiempo atrás. El aire impregnado del aroma de las rosas. Las estrellas brillando como diamantes. Allí le había permitido besarla. Y ella le había devuelto aquel beso, sosteniendo su recia mandíbula entre las manos.

—Me pregunto a cuántas más habrá besado en jardines bajo la luz de la luna —le susurró.

—Solo a usted, señorita Stafford —le respondió Sebastián Conrad con total sinceridad—. Solo a usted.

Observó a aquella mujer. No veía ningún parecido entre ella y el coronel Conrad. Sebastián era alto, moreno y de hombros anchos. De aspecto duro, como

esculpido en granito. A la mayoría le parecía intimidante; en especial a las damas jóvenes e inocentes. Las amigas de Sylvia habían soltado gritos ahogados tras sus abanicos la primera vez que se acercó a ella para pedirle un baile.

—Las ha asustado —le dijo.

Aquellas fueron las primeras palabras que le dirigió a Sebastián Conrad, excepto por una breve presentación en una fiesta la noche anterior.

—¿De verdad?

—Están a punto de desmayarse. —Y entonces la recorrió con la mirada con una expresión difícil de leer.

—Pero usted no, ¿me equivoco? —le insistió.

—Oh, yo nunca me desmayo. Y no me asusto con facilidad. Es necesario mucho más que un ceño fruncido —Le sonrió y añadió—: Tendrá que esforzarse más.

Odiaba pensar en aquello.

—Es cierto, le di un mechón de pelo —confirmó—. No estuvo nada bien; no estábamos comprometidos. Y no había ningún tipo de acuerdo entre nosotros. En aquel entonces yo era muy joven, no tenía carabina, y he de confesar que ser tan romántica se volvía en mi contra.

—¡No diga eso! El mechón lo ha reconfortado mucho. Y estoy segura de que quería pedirle matrimonio. Debe saber que a mi hermano nunca se le han dado demasiado bien las palabras. Y nunca lo vi hablando con ninguna joven, a no ser que contemos el gruñido hosco que siempre solía hacer. Me quedé atónita cuando descubrí que guardaba un mechón de pelo de su novia. Si llego a saberlo...

—Lady Harker... —objetó Sylvia.

—Escribí a todos mis amigos para descubrir quién era y dónde estaba. Le dije a mi marido que, si no la había encontrado por Navidad, contrataría un investigador privado para buscarla. Fue un golpe de suerte que mi querida amiga Lucinda Cavendish se hospedara con lord y lady Ponsonby en Londres, y se enterara a través de la sirvienta de lady Ponsonby, la señorita Button, de que...

—¿Button? ¿Mi antigua sirvienta? —Sylvia estaba anonadada. Hacía siglos que no pensaba en ella, pero la mención de su nombre fue suficiente para que todo regresara a su mente.

Su padre contrató a la señorita Button tras su decimoquinto cumpleaños. Había sido una de las pocas constantes de su juventud. La recordaba a la perfección: de pie tras ella, sentada frente al tocador dorado, mientras le arreglaba el cabello. O esperándola hasta tarde para ayudarla a desvestirse y escucharla con entusiasmo mientras le contaba todo lo que había pasado en el baile o concierto al que

hubiera asistido aquella noche. Había sido la persona que la había consolado en las pocas ocasiones en las que algo, o alguien, la había hecho llorar.

Y, aun así, a pesar de todo, ella y Button jamás fueron nada más que señora y sirvienta. Lo comprobó cuando regresó a casa destrozada tras el suicidio de su padre.

—¿Qué hacemos? —había sollozado durante la primera y aplastante oleada de tristeza—. ¿Qué será de nosotras?

Pero no existía un «nosotras». La tinta del certificado de defunción de sir Roderick apenas se había secado cuando Button la informó de que ya tenía un nuevo puesto y de que se marchaba.

Se había quedado sola por completo.

—Así es. —Asintió lady Harker—. La señorita Button le contó que era usted institutriz en una familia llamada Dinwiddy. No tardé mucho en localizarla en Cheapside.

—Ya veo. —Sylvia se miró las manos cruzadas sobre el regazo. Las tenía pálidas y rígidas.

—¿Su hermano sabe que ha venido? —preguntó, volviendo a alzar la mirada hacia ella.

—¡Por Dios, no! Quiero sorprenderlo. Y cuando esté instalada en la casa, ya no podrá rechazarla...

—¿Disculpe?

—Bueno, si fuera tan amable de venir conmigo hasta Hertfordshire y quedarse allí dos semanas... Yo me instalaré en Pershing Hall. Ahora mismo mi hermano está solo; lo visito cada vez que puedo, aunque es muy extraño que lleve invitados.

A Sylvia el corazón le latía con intensidad. Sentía un dolor físico en el pecho; llevaba años sin experimentar nada similar.

—Lady Harker...

—Llámeme Julia, ¡por favor!

—Julia. Como comprenderá no puedo aceptar la invitación.

—¿Por qué no? La señora Dinwiddy me ha dicho que nunca se ha tomado unas vacaciones y hemos acordado que puede quedarse hasta un mes. Y no va a estar a solas con él... Yo estaré en la casa y, cada dos semanas, mi marido vendrá también. Será algo del todo respetable, se lo aseguro.

Sylvia se imaginaba cómo la recibiría Sebastián tras todos esos años. ¿Presentarse en su casa sin ser invitada, pobre como una rata y con la mancha del escándalo del suicidio de su padre? ¿Como si fuera un mendigo pidiéndole un

favor?

—No puedo hacerlo —repitió—. Simplemente no puedo. Sería demasiado doloroso para mí. Le ruego que no vuelva a pedírmelo.

Lady Harker arrugó el rostro.

—¡No puede negarse! Es usted su única esperanza.

—No. —Se puso de pie; le temblaban las piernas—. Está equivocada. A su hermano no le importo nada.

La mujer se levantó de un salto.

—Pero el mechón...

—Un amuleto, nada más. Tengo entendido que muchos soldados los llevan.

—No, no. Me niego a creerlo. He llegado tan lejos... Se lo suplico. Si el mechón le proporciona consuelo, imagínese lo que haría en persona. —Agarró la mano de Sylvia—. No tiene que casarse con él, jamás debí haberlo sugerido. No es más que una fantasía egoísta. Pero venga conmigo. Por favor. Solo para verlo. Si le grita o le amenaza, tendrá el carruaje a su disposición para volver a Londres. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Acompáñeme —imploró—. Tengo miedo de que haga alguna estupidez si las cosas no cambian pronto.

Las palabras atravesaron a Sylvia como una corriente eléctrica.

—¿Alguna estupidez? ¿A qué se refiere?

—Oh, le aseguro que sabe lo que quiero decir.

Sylvia negó con la cabeza, incrédula. El suicidio de su padre era una herida que jamás se curaría del todo. La mera idea de que Sebastián considerase un destino similar era demasiado horrible como para contemplarla. Hubo una época en la que se preocupaba profundamente por él; solo el paso del tiempo había adormecido el dolor y el sufrimiento que sintió cuando se fue y la olvidó.

—¿Ha amenazado con herirse a sí mismo? —preguntó.

—No —admitió lady Harker despacio—. Aunque guarda el revólver en la habitación; lo he visto cerca de la cama. Ha estado ahí el año entero, es muy preocupante. Y mi marido dice que no debería alterarme en este momento. Me encuentro en un estado delicado, ya me entiende. Si le sucediera cualquier cosa...

Las últimas defensas de Sylvia se desmoronaron. Por muy cruel que hubiera sido Sebastián con ella en el pasado, no se merecía sufrir de una manera tan espantosa. Nadie merecía algo así. Si con su presencia podía aliviar al menos una parte de su dolor, tenía que ir a su encuentro. Seguir negándose era no tener corazón. Todavía peor, era de cobarde.

—Muy bien —sentenció.

Lady Harker esbozó una sonrisa dubitativa.

—¿Significa eso que vendrá?

—Exacto. Iré con usted. Si... si de verdad piensa que eso puede ayudarle.

Rodeó a Sylvia en un abrazo impulsivo.

—Oh, muchas gracias. Gracias. No se arrepentirá, se lo prometo.

Sylvia escuchaba las lacrimógenas frases de la mujer como si estuviera fuera de su propio cuerpo. Se oyó a sí misma acceder a irse con ella ese mismo día, y estuvo de acuerdo en hacer el equipaje para partir lo antes posible. Lady Harker llamó a la señora Dinwiddy y las dos conversaron brevemente.

—Unos días de vacaciones con viejos amigos —le dijo la señora Dinwiddy, sonriendo—. Tómese todo el mes, insisto.

Antes de que se diese cuenta, estaba en su pequeña habitación de la planta superior, guardando sus pertenencias en una maleta desgastada.

Solo en ese momento recuperó el sentido común, y en su pecho un creciente torrente de pánico amenazó con ahogarla.

Pero ella no era una cobarde. Los dos últimos años los había llevado con dignidad y elegancia. Había soportado todo el desprecio, los comentarios crueles e incluso la deslealtad de Penélope Mainwaring, a quien había considerado su mejor amiga en el mundo entero. Pero ahora, la simple idea de ver de nuevo a Sebastián Conrad la asustaba hasta la médula.

Había estado enamorada de él. Podía admitirlo ante sí misma sin ningún tipo de resentimiento. Lo había amado y durante un corto período de tiempo había creído que él también la amaba. Aunque jamás llegó a decírselo, ni tampoco le hizo ninguna promesa. Aun así, la había buscado en cada baile, se las había ingeniado para cruzarse con ella cuando paseaba o montaba a caballo e incluso, hasta en dos ocasiones, había aparecido de la nada en la librería Hatchards cuando necesitaba alcanzar un libro de un estante demasiado alto.

Después, tras aquella última noche en el jardín, se había esfumado. De un día para otro. Tuvo que volver a la India a luchar en la rebelión de 1857. Nunca le había respondido a las cartas que le envió. Y jamás le había escrito. Ni una simple nota dándole el pésame cuando su padre murió un año después. Dejó de tener noticias suyas, sin más. Durante un tiempo temió que hubiera muerto, pero su nombre no aparecía en la lista de los informes del periódico que leía con obsesión.

Al final, se hizo a la idea de que la había olvidado. Le había llevado mucho tiempo, pero era feliz de nuevo. Estaba satisfecha con su trabajo y contenta con su vida. Se había convertido en alguien fuerte, alguien a quien no podrían volver a

hacer daño. O al menos eso esperaba. Jamás lo había puesto a prueba hasta ahora.

¿De verdad estaba tan herido? ¿Y sufriendo tanto? Odiaba imaginarlo. Y se odiaba a sí misma por querer ir con tanta desesperación a consolarlo y prestarle su apoyo.

Así que conservaba el ridículo mechón de pelo. ¿Qué significaba aquello? No quería decir que la amara. Ni que la echara de menos. Después de todo, casi no habían llegado a conocerse; habían sido solo unos pocos meses durante la temporada. Solo algunas conversaciones en susurros. Unas cuantas miradas prolongadas. Y unos pocos besos.

Se puso un sencillo vestido de viaje y se examinó en el espejito que había sobre el lavamanos mientras se abotonaba la capa alrededor del cuello. ¿Su aspecto era diferente? No habían transcurrido mucho más de tres años; no podía haber cambiado demasiado. El mismo pelo castaño grueso y brillante; los ojos grandes y azules; y las mejillas con hoyuelos. Y su silueta seguía siendo igual: curvilínea de manera sutil, con las piernas largas y la cintura fina.

Aun así, no era la misma. ¿Ser institutriz había ensombrecido su atractivo? No quería pensar en ello, aunque sin duda ahora existía una cierta melancolía en ella. Aquella tenue chispa que la había hecho destacar entre el resto de las damas había desparecido.

Bueno, puede que hubiera perdido su chispa, pero podría decirse que Sebastián Conrad casi había perdido la cabeza. No estaría en posición de juzgarla por su aspecto. Y si le decía una sola palabra de crítica por ser institutriz o hacía un simple comentario desagradable sobre su padre, le diría exactamente lo que pensaba sobre los hombres desleales que ponen en riesgo la reputación de las damas y luego desaparecen.

Capítulo 2

Hertfordshire, Inglaterra
Primavera 1860

Sebastián Conrad, el conde de Radcliffe, levantó la cabeza del libro que leía ante el inconfundible sonido de la llegada de un carruaje. Pese a su estado, tenía el oído más afinado que nunca: pudo distinguir con facilidad el traqueteo de ruedas en la gravilla; el sonido de puertas abriéndose y cerrándose; y tras todo aquello, la estridente risa de Julia, su hermana pequeña.

Puso cara de disgusto.

Pershing Hall era una pesadilla arquitectónica: una mansión enorme llena de pasillos serpenteantes, habitaciones de varios tamaños y pasadizos que no llevaban a ninguna parte. Pero cuando su hermana Julia, la vizcondesa Harker, iba de visita, la casa parecía empequeñecer hasta tres partes de su tamaño.

Adiós a la calma y al silencio. Y a la privacidad. Aunque Sebastián vivía en los aposentos del conde en casi completo aislamiento, con Julia allí se sentía como un prisionero en su propio hogar.

Había ido a verle hacía solo un mes. ¿Por qué había regresado tan pronto? Para fastidiarlo y atormentarlo, estaba claro.

—¡Milsom! —gritó.

El corte del sable le había dejado la garganta parcialmente destrozada, y ahora su voz tenía un particular deje áspero y ronco. Al oírle, el ayuda de cámara apareció en la puerta del vestidor. Era un hombre larguirucho con rasgos angulosos y afilados como un zorro. Tenía treinta y dos años, igual que él, aunque parecía décadas mayor.

—¿Milord? —inquirió.

—Lady Harker está aquí. Otra vez.

El ayuda de cámara conocía lo suficiente a su señor como para fiarse de la agudeza de su oído.

—¿Quiere que le traiga un traje limpio?

Le dolían el hombro y el brazo. Lo último que quería era aprisionarlos dentro de una condenada americana. ¿Y por qué debería hacerlo? No tenía obligación de cumplir con el papel de señor de la casa; él no había invitado a su hermana. Si insistía en imponerle su presencia, bien podía soportar verlo en mangas de camisa.

—No será necesario —dijo.

Milsom lo inspeccionó con ojo crítico.

—¿Desea que lo afeite, señor?

La barba le crecía de forma errática en el lado desfigurado del rostro, pero en el izquierdo lucía una incipiente barba oscura de dos días. Bien afeitado ya resultaba monstruoso, era consciente de ello. Sin estarlo parecía una auténtica bestia.

—No —repuso con frialdad.

No hacía falta, era poco probable que viera a su hermana.

Se centró de nuevo en el libro, pero fue incapaz de seguir leyendo. La presencia de más gente en la casa siempre lo incomodaba. Por mucho que la apreciara, apenas podía tolerar las visitas de Julia. Era demasiado ruidosa. Muy emocional. Y se había propuesto entrometerse en su vida.

Aunque tuviera buena intención, no podía llegar a imaginarse la magnitud de lo que había vivido en la India. Y tampoco era alguien a quien pudiera confiárselo. Como la mayoría de las mujeres de su estatus, era una joven ingenua y mimada que se movía por la vida sin separarse de su frasco de aceites esenciales, para evitar desfallecer si se encontraba con algo desagradable.

¿Acaso no se había desmayado la primera vez que lo vio? Gritó, se mareó y luego rompió a llorar. En ese orden. Como si Sebastián no se sintiera ya un ser repugnante.

Aprisionó el mechón entre los dedos. Tras todos esos años seguía suave como la seda. Distraído, lo acarició con el pulgar y aquel movimiento familiar lo calmó lo suficiente como para retomar la lectura. Oyó a Milsom pulular alrededor, ordenando el salón.

—Le dolerá la cabeza, señor —remarcó.

Sebastián no contestó. Leer era de los pocos placeres que le quedaban, y ni siquiera podía disfrutarlo debido a los frecuentes dolores de cabeza. Según aquel maldito doctor, se debía al esfuerzo de hacerlo con un solo ojo.

Antes de resultar herido en la India, dedicaba el tiempo libre del que disponía a montar a caballo, al deporte y al estudio. Incluso había escrito varios artículos para *La Revista Aristotélica,* una publicación académica centrada en el clasicismo y la antigüedad clásica. Sin embargo, su principal ocupación había sido el ejército. Era el camino ya establecido para el segundo hijo del conde de Radcliffe, y aquel estilo de vida encajaba bastante bien con él. Siempre había sido una persona organizada y disciplinada con un modo de pensar riguroso. Alguna vez hasta le habían acusado de serlo demasiado.

Pero jamás le había faltado valentía. Aunque no disfrutara de la batalla y de los derramamientos de sangre, descubrió ser muy bueno en ello.

Sebastián pensó que, al regresar de la India, se instalaría en la sencilla propiedad que su padre le regaló por su veintiún cumpleaños. En su lugar, casi le habían partido el rostro en dos, y al llegar a Londres se enteró de que su padre y su hermano mayor estaban muertos. En vez de una casita ahora era dueño de una notable hacienda. Sin primogénito, se había convertido en el conde de Radcliffe.

Por fortuna, su hermana pequeña se había casado con el vizconde Harker dos años atrás; ya no era su responsabilidad. Y Pershing Hall estaba en buenas manos: las del administrador de su padre, un hombre que había gestionado la propiedad durante más de treinta años.

A Sebastián le parecía estupendo que se ocupara él.

No le interesaba en absoluto enfrascarse en libros de contabilidad ni mucho menos reunirse con arrendatarios. Se imaginaba sus reacciones aterrorizadas al ver su rostro desfigurado. Era cierto que los conocía a casi todos desde niño, pero la familiaridad no garantizaba que no reaccionaran ante él con lástima y repulsión. Su hermana era la prueba de ello.

—Acaba de llegar lady Harker —anunció Milsom.

Se puso tenso al oír los pasos amortiguados que subían las escaleras y luego avanzaban por el vestíbulo. El ama de llaves, Julia y alguien más. ¿Quizás era lord Harker? Por todos los santos, esperaba que no. La última vez que aquel idiota arrogante estuvo en su casa le soltó un sermón innecesario sobre lo inapropiado que es que un caballero amenace con estrangular a su hermana. Sin embargo, no era él; no cabía duda de que se trataba del ama de llaves y de dos mujeres más. Julia y su doncella. O Julia y una amiga. Que el cielo se apiadara de él. ¿Cuánto tiempo pretendía quedarse su hermana?

—No voy a recibir a nadie —informó a su ayuda de cámara, que no paraba quieto.

—Por supuesto, milord —respondió Milsom. Y cuando un golpecito suave, de esos que se dan en la puerta de un inválido, anunció la presencia de su irritante hermana, Sebastián oyó cómo el hombre entreabría la puerta y pronunciaba, con bastante firmeza—: El señor no desea ver a nadie hoy, milady.

—¡Cómo que no! Oye, Milsom… —Julia bajó la voz hasta convertirla en un susurro que pretendía ser de disculpa—. Ya hemos hablado de esto y me prometió que me ayudaría. Si le tiene algo de aprecio a mi hermano me dejará pasar.

Sebastián percibió un frufrú de faldas lujosas cuando Julia le dio un empujoncito al ayuda de cámara e irrumpió en la habitación. Con una mirada de resignación, se levantó del sillón, listo para confrontarla.

Y entonces se quedó paralizado.

La puerta de la habitación se abrió de par en par. Julia avanzaba a grandes zancadas hacia él, mientras que Milsom lo miraba con impotencia, inmóvil al lado de la puerta. Y en el vestíbulo, con los enormes ojos azules clavados en los suyos desde la distancia, estaba Sylvia Stafford.

Sebastián sintió que todo el aire abandonaba sus pulmones de golpe.

Reconocería ese rostro en cualquier parte. Lo tenía grabado a fuego: lo acompañó en cada noche gélida, en cada sofocante expedición y en cada batalla sangrienta. Fue lo último que vio antes de quedarse inconsciente en el suelo a las puertas de Jhansi. La imagen a la que se había aferrado cuando estuvo seguro de que iba a morir.

Y ahora lo tenía delante. Aquel hermoso rostro que tanto había atesorado. Un óvalo perfecto. De mejillas esculpidas, nariz recta y elegante, y con unos labios suaves y sensuales. Los había besado una vez, hacía ya una eternidad. Y había sentido las caricias de esas manos esbeltas que en ese momento aferraban aquel sombrero con tanta fuerza.

—¿Me permitiría tener un mechón de su cabello? —le preguntó la última noche que estuvieron juntos.

Lo recordaba con tanta claridad como si hubiese sido ayer. Fue en el baile de lord y lady Mainwaring, cuando la invitó a dar un paseo por el jardín bajo la luna llena.

—Adelante —le respondió ella, ruborizándose—. Pero me temo que tendrá que cortarlo usted mismo.

Llevaba el grueso cabello castaño recogido con piedras preciosas de zafiro. Lo tocó por primera vez con una mano vacilante, apañándoselas para liberar un tirabuzón brillante con un dedo.

—¿Le parece bien así?

—Es demasiado. ¿Quizás un poco menos?

—No, es justo lo que necesito —dijo, mientras lo cortaba con cuidado con una navaja—, así no podrá darle otro a ningún admirador.

Sylvia lo observó con una sonrisa inquisitiva.

—¿Cree que me dedico a ir repartiendo mechones entre mis pretendientes?

—¿Es la primera vez que alguien se lo pide?

—No.

—¿Y se lo ha...?

—No —contestó—. Es usted el primero. —Y luego deshizo con cuidado una de las cintas de seda azul pálido de su vestido y se la tendió para que envolviera el cabello recién cortado—. ¿Qué va a hacer con él? —preguntó después.

—Guardarlo cerca del corazón —contestó solemne—. Lo sacaré y lo miraré cada vez que pierda la esperanza de regresar a casa. Y pensaré en usted.

Sebastián sintió cómo un escalofrío lo recorría de arriba abajo. Pero no lo provocó solo aquel amargo recuerdo; era en parte furia, en parte terror. Estaba allí de pie, mirándola, mostrándose por completo. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Un segundo? ¿Dos? Lo suficiente para que hubiese visto con claridad su ojo inútil y cada maldita deformación. Se dio la vuelta y, por instinto, se cubrió la parte derecha del rostro con la mano.

Y entonces Milsom cerró la puerta.

—¡No te enfades! —Julia se acercó con las manos juntas delante del pecho, suplicante—. Deja que me explique...

—Por Dios, debería partirte el cuello —jadeó—. Y tú —encaró al traidor de su ayuda de cámara—, ¡maldito seas!

—¡No lo culpes a él! Lo obligué a contarme todo sobre ella. No tuvo alternativa.

En el vestíbulo, la joven conversaba con el ama de llaves, que se ofrecía a enseñarle la habitación de invitados. Las pisadas se alejaron. Sebastián agudizó el oído en busca de la característica voz de la señorita Stafford, avergonzado por necesitarla con tanta desesperación. No hubo más que silencio.

—Y tampoco puedes culparme a mí —continuó Julia—. Cuando me enteré de que guardabas el mechón no pude parar hasta conocer la historia completa.

La ira inundó el rostro desfigurado de Sebastián. Paseó la mirada entre Milsom y Julia. ¿Qué le había contado su ayuda de cámara a su metomentodo hermana? Y aún más importante, ¿qué diablos le había dicho Julia a la señorita Stafford?

—Fuera de aquí —bramó, acercándose a ella.

Julia se escondió tras una silla.

—La he convencido para que se instale durante todo el mes —dijo—. Es lo máximo que he podido conseguir; no puede quedarse más tiempo debido a las niñas, y...

—¿Cómo?

Julia le dedicó una sonrisa vacilante.

—Dos niñas pequeñas.

Se quedó petrificado. Sintió que se le cortaba la respiración.

—¿Y el padre? —Logró preguntar.

—El señor Claude Dinwiddy. Un comerciante. ¿Quién iba a imaginarlo?

Sebastián se dejó caer hacia atrás sin mirar, y se sentó en el sillón por pura casualidad. Apoyó la cabeza en el tapizado de cuero, respirando entrecortadamente mientras apretaba con fuerza el mechón que escondía en una mano.

¿Por qué nunca se le había cruzado por la mente...? ¿Ni había contemplado que...? ¡Por supuesto que estaba casada! ¡Y claro que tenía hijos! Pero ¿qué más daba eso ahora? Habían pasado tres años desde que la había conocido. Si es que alguna vez había llegado a hacerlo de verdad.

Ya no significaba nada para él.

—Milady, si nos disculpa un momento —le susurró Milsom a Julia.

Julia lo ignoró y tomo asiento en un sillón frente a su hermano.

—¿Te encuentras mal? ¿Te duele mucho? ¡Oh, haga algo, Milsom!

El ayuda de cámara ya se estaba ocupando de todo.

—Aquí tiene, señor —le dijo—. Justo como le gusta.

Sebastián abrió los ojos y su rostro familiar apareció ante él. Sostenía una copa de brandi y un pañuelo doblado. Tomó ambos y utilizó el pañuelo para presionar el lado herido de su boca mientras bebía. Los nervios habían perdido toda la sensibilidad en esa zona, algo que no había tardado en averiguar y, si no hacía nada para impedirlo, el líquido se escapaba y le corría por la barbilla.

Julia comenzó a lloriquear.

—Lo siento, no quería empeorarlo todo. ¿Quieres que le diga que se vaya? No me hagas hacerlo, me ha costado mucho convencerla de que viniera. Y le han permitido quedarse todo el mes. Por favor. ¡Son las únicas vacaciones que la señorita Stafford ha tenido en dos años!

Por una vez, Sebastián dudó de lo que acababa de oír.

—¿La señorita Stafford?

—¡Pues claro que la señorita Stafford! ¿De quién creías que hablaba? ¿Estás desorientado? ¿Es por el dolor? ¿O es...?

Milsom carraspeó.

—Si me permite intervenir, milady, ha dado a entender que la señorita Stafford está casada con el señor Dinwiddy...

—¡Jamás he hecho tal cosa! He dicho que trabaja de institutriz para la familia Dinwiddy. —Julia hizo una pausa y frunció el ceño—. ¿O no ha sido así?

—Institutriz —repitió Sebastián—. No puedo creerlo.

—Es la verdad. La encontré en una pintoresca casita en Cheapside. Al principio no tenía ni idea de quién era yo, pero tras explicárselo... Bueno, se negaba a acompañarme, hasta que...

—No me extraña —respondió con amargura, dando un nuevo sorbo al brandi.

—No es por lo que te pasó. Creo que... Bueno... Me dijo que me equivocaba. Que ella no te importaba lo más mínimo. Aunque sé que no es cierto, pues has conservado el mechón todo este tiempo. Y se lo dije.

—¡¿Que le dijiste qué?!

Julia retrocedió.

—Sé que no debería haberlo hecho, pero era el único modo de que creyera que querías verla, ¿sabes? Está decepcionada porque no estuviste a su lado cuando su padre murió.

La ira, la vergüenza y una profunda y sobrecogedora tristeza entraron en conflicto dentro de su pecho. Ni siquiera estaba seguro de lo que acababa de decir su hermana. ¿La señorita Stafford no estaba casada? ¿Trabajaba de institutriz? ¿Su padre había muerto?

Llevaba ya un año en casa, recluido en el campo, y la mayoría del tiempo lo pasaba sumido en un estado de letargo a causa del dolor y la angustia. Ni siquiera soportaba leer el periódico a diario. De hecho, el ejército británico, la rebelión de los cipayos y el continente entero de la India eran temas sobre los que nadie en Pershing Hall se atrevía a pronunciar una sola palabra. Y por eso no se había enterado de los nuevos matrimonios, de los nacimientos, ni tampoco de las muertes. Vivía desconectado por completo del mundo al que una vez había pertenecido. Y lo prefería así.

Pero ahora...

—Entonces —retomó—, sir Roderick Stafford está muerto.

—Así es, desde hace dos años. —Julia bajó la voz—. Se suicidó.

¡Por el amor de Dios! ¿Cómo era posible? Sebastián solo coincidió una vez con aquel hombre, y se comportó de forma mezquina con él. Sir Roderick era un jugador empedernido, un caballero que siempre andaba en busca del premio gordo. Y había querido lo mismo para su hija. El segundo hijo de un conde, un simple soldado, jamás habría sido suficiente para ella. No cuando también la cortejaban un barón, un vizconde y el adinerado tercer hijo de un marqués.

—Fue un gran escándalo —Julia continuó hablando—. En su carta, la señorita Cavendish me contó que la mayoría de los amigos de la señorita Stafford cortaron todo lazo con ella. Aunque se me escapa por qué empezó a trabajar como institutriz. Algún familiar podría haberla acogido; seguro que aún le quedaba alguien.

¿Por qué demonios había accedido a ir a verle? ¿Se había enterado de que ahora era conde? ¿Pensaba que iba a caer en sus redes con la misma facilidad que en el pasado? Por supuesto que lo creería; Julia le había hablado del mechón. Habría asumido que seguía enamorado de ella y que le estaría agradecido por cualquier insignificante muestra de atención.

Qué bien le vendría casarse con él.

Aquel pensamiento removió algo muy profundo en su interior. Algo que había permanecido dormido durante años.

Sin embargo, ¿tan terrible sería un matrimonio sin amor? Tenía treinta y dos años; ya era hora de sentar la cabeza y tener un heredero. Y Sylvia Stafford era tan buena candidata para condesa de Radcliffe como cualquier otra. ¿Importaba que lo hubiese rechazado con tanta crueldad? ¿Que ahora se interesara por él solo por su posición? No debería influir en lo más mínimo. El matrimonio era una transacción económica, nada más. Y ahora era lo suficientemente rico para proporcionarle todo lo que quisiera. Vestidos de calidad, sirvientes, y hasta un carruaje y animales para ella sola si así lo deseaba. A cambio, sería la madre de sus hijos. La tendría cerca de él. Para mirarla. Y admirarla. Y oír su voz. Y quizá, con el tiempo, hasta podría convencerla para que sintiera cariño hacia él.

¿Convencerla? ¡Por los clavos de Cristo! ¿Cuándo se había vuelto tan patético? Sin pensar, acarició de nuevo el mechón que seguía teniendo en la mano. Lo mejor sería echarlas a las dos. Y lo habría hecho si la señorita Stafford no lo hubiera visto. Pero lo había hecho. Y en su peor momento. No solo herido y desfigurado, sino también sin afeitar y en mangas de camisa.

Recordó lo mucho que solía cuidar su aspecto cuando sabía que se cruzaría con ella. Botas resplandecientes, pantalón sin una sola arruga y un abrigo impoluto

hecho a medida. Siempre había sabido que no era atractivo, sobre todo comparado con sus otros pretendientes, pero ni una sola vez se había presentado ante ella sin estar impecable.

¡Y ahora se había mostrado así en su presencia! Apretó el puño, atormentándose en silencio. Es cierto que solo había sido un segundo. Dos a lo sumo. Lo suficiente para que hubiera reparado en todos sus defectos.

Sin embargo, no había gritado, se recordó. Ni se había desmayado. Se había limitado a quedarse de pie, con el sombrero entre las manos y la mirada clavada en él.

—La señorita Stafford querrá refrescarse y cambiarse después del viaje —dijo Julia—. Luego tomaremos el té en el salón, a no ser que desees unirte a nosotras. En tal caso pediré que lo lleven a la biblioteca. A estas horas del día allí ya no entra tanta luz, y así no estarás tan expuesto. —Le ofreció una sonrisa esperanzada —. ¿Vendrás? La señorita Stafford está deseando verte.

Sebastián se percató de que Milsom lo miraba con una expresión de apoyo que no supo disimular. Maldijo con amargura.

—Nos vemos en la biblioteca —gruñó—. En media hora.



Capítulo 3

A Sylvia le temblaban las piernas cuando se sentó en una esquina de la cama. El ama de llaves la dejó sola en la habitación de invitados y cerró la puerta al marcharse. Le costaba respirar y estaba un poco aterrorizada, ver a Sebastián Conrad la había conmocionado hasta lo más profundo. Era completamente diferente a como lo recordaba. Y no solo por el rostro desfigurado; había detectado algo salvaje en él. Primitivo y peligroso. ¿La huella de la guerra? Imaginaba que sí. Además de eso, era evidente que ahora cargaba con un dolor físico atroz.

Tenía la ligera esperanza de que lady Harker entrara en cualquier momento en la habitación y le dijera que se marchaban de inmediato. Antes de que la puerta de los aposentos de Sebastián se cerrara, había vislumbrado cómo algo muy parecido a la ira se apoderaba de su semblante. Pero, en cambio, unos pocos minutos después la mujer entró y la informó alegre de que Sebastián tomaría el té con ellas en la biblioteca en tan solo media hora.

—No debimos venir sin avisar —admitió lady Harker—. Odia las sorpresas; casi pierde los estribos. Pero en realidad no está enfadado, se lo prometo. Al contrario, está muy feliz de que haya venido.

—No me lo ha parecido —confesó Sylvia con franqueza.

Julia le dedicó una amplia sonrisa.

—Oh, no se fíe de las apariencias. Siempre parece estar a punto de lanzarse al cuello de alguien. —Fue hacia la puerta—. Más me vale darme prisa si quiero llegar a tiempo para el té. Pero no me espere; nos veremos directamente en la biblioteca.

Y desapareció antes de que Sylvia pudiera pensar siquiera en preguntarle dónde estaba la biblioteca.

Con un suspiro, se obligó a levantarse; debía prepararse. Aunque no creía que

fuera posible hacerlo para ver a Sebastián. Una pequeña parte de sí misma hubiera preferido que lady Harker le dijera que regresaban a Londres, que se había negado en rotundo a verla.

No era solo por haberlo visto en aquel alarmante estado; desaliñado y casi desnudo. Porque, a pesar de la apariencia y de la mirada feroz que le lanzó, había sentido el nada razonable impulso de correr hacia él, tomar su rostro entre las manos como ya había hecho una vez y llenarlo de besos.

Entonces lo supo: seguía enamorada de él.

Qué pensamiento más desalentador, se había esforzado mucho en tratar de deshacerse de aquella angustia tan dolorosa. ¿Era posible que sus sentimientos por él jamás murieran del todo? ¿O puede que para olvidarlo de una vez por todas tuviera que confrontarlo y averiguar por qué la había abandonado sin compasión?

Aunque tenía una leve sospecha. De hecho, temía haber sido ella la causante de que se fuera de su vida.

—Para los hombres, el mercado matrimonial es como un juego —le dijo Penélope Mainwaring tres años atrás—. Cuánto más escurridiza es la presa, con más empeño la persiguen. Pero si es de esas ridículas mujeres que confiesa sus sentimientos tras un solo baile o que permite que la deshonren en un carruaje... Bueno, la emoción de la caza desaparece. Acuérdese de lo que le pasó a la señorita Caterham la temporada pasada: la muy tonta le confesó al barón Waitley cuánto lo adoraba y al hombre le faltó tiempo para huir y poner tierra de por medio.

Penélope había sido su mejor amiga desde su presentación en sociedad y Sylvia siempre había procurado seguir sus consejos. Pero aquella vez le entraron dudas.

—Pero no todos son iguales —discrepó ella—. Hay algunos caballeros más tímidos que necesitan una palabra o una señal de la dama a la que admiran. Tener la certeza de que sus sentimientos son correspondidos.

—Póngalo a prueba y verá —la advirtió Penélope.

A Sylvia le ardieron las mejillas al pensar en el poco caso que le hizo al consejo de su vieja amiga.

Sin embargo, todo aquello formaba parte del pasado, se recordó a sí misma mientras vertía una jarra de agua en una palangana. Ya no era aquella joven inocente que había besado a Sebastián Conrad en el jardín de los Mainwaring. Se había convertido en una mujer sensata y prudente, más que capaz de manejar una situación algo incómoda.

Después de lavarse la cara y las manos, se puso un sencillo vestido de día de seda y lana, con un cuello estrecho de lino blanco y largas mangas con puños de batista.

Se cepilló la maraña de pelo grueso y se lo recogió en la nuca ayudándose de unas cuantas horquillas. Qué diferente se veía ahora en comparación con los vestidos con lazos y los recogidos elaborados que solía lucir en Londres hacía ya tanto tiempo... Pensó que parecía una institutriz.

Pero eso es lo que era.

Armándose de valor, salió de la habitación. Caminó por el lujoso vestíbulo enmoquetado y bajó los dos tramos de escalones de mármol. La nerviosa ama de llaves la guio hasta la biblioteca del primer piso. Sylvia tomó una gran bocanada de aire y entró.

Sebastián Conrad estaba allí.

Solo.

De pie ante la chimenea apagada, su enorme silueta quedaba medio oculta por las sombras. Cuando la oyó acercarse, se quedó inmóvil en una postura muy forzada. Y después se volvió hacia ella.

Sylvia juntó las manos con fuerza para evitar que le temblaran.

Observó que se había afeitado y arreglado el cabello e iba vestido de forma bastante apropiada: llevaba una levita negra, un pantalón y un chaleco estampado, con una camisa blanca de lino limpia y una corbata negra con un nudo impecable. Dejando de lado las pronunciadas cicatrices y la capa nívea de su ojo derecho, se parecía mucho al hombre que recordaba. Altísimo, de aspecto sombrío y poderoso. Algo intimidante.

—Señorita Stafford —dijo mientras le hacía una reverencia.

Su voz sonaba diferente; grave y ronca, sin una pizca de calidez.

—Lord Radcliffe.

La examinó durante un largo rato, con una expresión indescifrable.

—Exacto —soltó al fin—. Ahora es Radcliffe.

Sebastián señaló hacia una butaca de cuero que estaba cerca de la chimenea. Era demasiado grande y poco acogedora, igual que todo lo que había en aquella oscura y tenebrosa habitación.

Sylvia caminó hasta allí; sus lentos y acompasados pasos contradecían los desenfrenados latidos de su corazón. Le resultaba difícil ver con claridad, pues las gruesas cortinas estaban bajadas y no había ni una sola lámpara de gas o vela encendida que disipara las sombras que se proyectaban en las paredes de madera y en los muebles tallados de color caoba. Pero Sebastián no parecía dispuesto a abrir las cortinas o a encender ninguna luz. Más bien al contrario. Parecía disfrutar de la oscuridad. O, al menos, se resistía a salir de ella.

Mientras se sentaba, a Sylvia la sacudió una oleada de emociones. Se alisó bien la falda y dobló las manos con delicadeza sobre el regazo. Sebastián tomó asiento frente a ella: estaba tan cerca que podía oler el ligero y masculino aroma de su jabón de afeitar. Olía a bergamota especiada; aquella fragancia que tanto solía gustarle. Le dio un vuelco el estómago.

—¿Cómo le va todo? —le preguntó.

—Bastante bien, gracias —respondió ella—. ¿Y a usted...?

La voz de Sebastián sonó fría como el hielo.

—Juzgue usted misma.

Sylvia frunció el ceño, compasiva. Pobre Sebastián.

Tres años antes, habría corrido hasta él.

Le habría dicho que todo iría bien. Que no le importaba su aspecto.

Pero ahora...

Ahora era un extraño. No sabía muy bien qué responder y Sebastián tampoco ponía de su parte para hacerla sentir cómoda. Se limitó a seguir mirándola de aquella forma impenetrable.

Tras un largo y tenso silencio, Sylvia no pudo soportarlo más. Se inclinó en su asiento y, con los ojos azules rebosantes de honestidad, dijo:

—Lamenté mucho la muerte de su padre y de su hermano.

Una eterna pausa precedió a la respuesta de Sebastián.

—Ah, ¿sí?

—Muchísimo.

—Y, aun así, eso me convirtió en conde.

Su tono estaba teñido de un toque de sarcasmo. Sylvia no entendía por qué, no había hecho nada para merecerlo.

—Me parece que obtener un título por la pérdida de dos familiares es una mala compensación, milord.

—Muy amable por su parte.

—Lo digo de verdad. Es lo que cualquier persona a la que le importa su familia sentiría.

La dedicó una mirada glacial y algo burlona, que resultaba muy inquietante a causa de la bruma de aquel ojo.

—¿Me está reprochando algo?

Sylvia tuvo la cordura de sonrojarse.

—Perdóneme, no pretendía...

—Según tengo entendido su padre también ha muerto.

—Sí.

—Fue un suicidio, ¿no?

La expresión de cortesía de Sylvia flaqueó durante unos segundos. Consiguió mantener la compostura por pura fuerza de voluntad.

—Así es —afirmó—. Se disparó a sí mismo hace dos años, en un club de juego de Londres, como ya sabrá.

Si esperaba que Sebastián se escandalizara por su franqueza, quedó profundamente decepcionada: no mostró ni el más mínimo signo de arrepentimiento por haber mencionado aquel tema tan delicado.

—Fue un cobarde al tomar aquella decisión. —Le hizo notar.

—Acababa de perderlo todo en una mano de cartas, milord. Estoy segura de que pensó que era el único camino.

El conde continuaba con los ojos fijos en ella, observándola con aire pensativo.

—Y ahora es usted institutriz.

—Exacto.

—Una muy astuta —continuó diciendo, con aquel tono áspero y ligeramente irónico—, que de alguna forma se las ha arreglado para que la inviten a mi casa.

Sylvia parpadeó. ¡Por Dios! ¿Era eso lo que creía? Se le encendieron aún más las mejillas.

—Le pido disculpas, pero no es eso lo que ha pasado. Lady Harker me encontró en Londres e insistió en que la acompañara.

—Debería haberse negado.

—Me negué.

—Y, aun así, la tengo delante.

Sylvia entornó los ojos. No le gustaba lo que insinuaba, pero no iba a morder el anzuelo. Lady Harker le contó que Sebastián era la sombra de lo que había sido. Que tenía cambios de humor y era inestable. Estaba sumido en la desesperación. Pero ¿acaso no había ido a Hertfordshire a ayudarlo a sentirse mejor?

Ella no era ningún ángel caído del cielo. En absoluto. Y tenía poquísima experiencia lidiando con alguien con el carácter de un animal salvaje herido. No obstante, estaba decidida a tratarlo con toda la amabilidad y gentileza de la que fuera capaz. Incluso estaba dispuesta a humillarse, si era necesario. Había desarrollado mucha práctica durante los últimos dos años.

—¿Preferiría que me marchara? —preguntó—. Lo haré si es lo que desea.

Sebastián permaneció callado otro largo rato. Al fin, se encogió de hombros.

—Es la invitada de mi hermana. Quédese, por supuesto.

Sylvia dejó escapar un suspiro silencioso. No pudo evitar sentirse como una criada a la que acababan de concederle un período de prueba.

—No hay duda de que será un cambio agradable a sus tareas habituales.

—Soy institutriz. —Le recordó—. Enseño música, a leer, a escribir y a dibujar a dos niñas pequeñas.

Hizo un ruidito despectivo que le hizo saber que no se refería a eso, ni de lejos. Sylvia esperó a que siguiera hablando.

—A lo que dedique su tiempo cuando no está trabajando —especificó con brusquedad—. No creo que se pase cada hora del día en un aula.

—En ocasiones lo parece.

—¿No dispone de tiempo libre?

—De muy poco fuera de la casa.

—Incluso las ayudantes de cocina tienen medio día libre los domingos.

—Es cierto —dijo Sylvia, tratando de no sentirse ofendida por la comparación —. Pero no es lo mismo. Además, los domingos acompaño a la familia a la iglesia. —Y dudó antes de añadir—: Los miércoles tengo medio día de descanso.

Sebastián asimiló la información en enigmático silencio.

—Suelo hacer recados —dijo—. O salgo a pasear.

El ojo que conservaba sano era de un intenso marrón oscuro que parecía casi negro. Durante unos pocos segundos, algo destelleó en él.

—A solas, supongo.

Sylvia tuvo la perturbadora sensación de que quería saber si tenía un amante que la acompañaba en sus paseos. Por supuesto, la respuesta era no, pero no iba a admitirlo. Mucho menos ante el hombre que la rechazó. Eligió las siguientes palabras con cuidado.

—La vida de una institutriz es muy solitaria.

—Sin duda.

—Así es. Hasta existe un deprimente librito sobre el tema; el abogado de mi padre me lo dio cuando fui a pedirle ayuda tras la muerte mi padre. *Cómo ser una institutriz distinguida: Una guía para jóvenes escrita por la señora Bland.* Creo que la autora también fue institutriz, y sospecho que no la trataron demasiado bien. —Esbozó una amplia sonrisa inconsciente—. Desde entonces me he planteado escribir uno yo misma. Un poco más esperanzador. Aunque no se vendería ni la mitad de bien, la señora Bland tenía una clara inclinación por lo macabro.

A Sebastián no parecía divertirle su intento de aligerar la conversación. De hecho, la seguía mirando con la misma arrogancia que cuando entró en la

habitación.

—Tendrá que perdonarme, pero me cuesta creer que se contente atendiendo a otros como una sirviente de nivel superior.

La sonrisa de Sylvia se desvaneció con lentitud. Aquellas palabras le dolieron. Quizá quería hacerle daño. ¿O quizá no era capaz de entender que alguien pudiera encontrar la felicidad tras tantas desgracias?

—No —dijo—. No digo que me fascine mi vida, milord. Pocos pueden hacer tal afirmación. Pero estoy bastante mejor que los meses que siguieron a la muerte de mi padre. Fueron días desoladores; la tristeza habría podido conmigo de no haber salido adelante. En todo caso, no tardé en descubrir que la melancolía y el trabajo no son compatibles. Todo era más fácil cuanto más ocupada me mantenía. Y ahora, aunque no sea del todo feliz, estoy contenta con mi nueva situación.

—Y esa situación es un trabajo en la casa de un comerciante en Cheapside. —No intentó ocultar su desprecio—. Dígame, ¿fue incapaz de encontrar empleo con alguien de más nivel?

—¿De más nivel? —repitió, atónita. El Sebastián que recordaba jamás diría una frase como aquella. ¿Ahora que era conde se había convertido en un prepotente? ¿O era un intento más de quedar por encima de ella?—. ¿En comparación con la familia Dinwiddy, quiere decir?

Sebastián asintió ligeramente con la cabeza.

—En realidad no tengo ni idea —admitió—. No intenté buscar empleo entre mis conocidos.

—¿Demasiado vanidosa?

—Sí, puede que un poco. Pero no fue solo por orgullo. A decir verdad, no me imagino una situación más incómoda para mis antiguos amigos que tenerme como empleada en su casa. Tampoco habrían considerado contratarme. He conseguido educar a las hijas pequeñas de un comerciante, pero dudo que muchas de las familias que usted considera «de más nivel» pensaran que mis limitadas habilidades son aceptables. Y con todo el asunto de la muerte de mi padre...

—Tras el que todos sus amigos la abandonaron.

—Sí.

—E imagino que todos sus pretendientes también.

Aquello la sobresaltó.

—¿Pretendientes? ¿Qué pretendientes? Se refiere a ... —Estuvo muy tentada de estallar en carcajadas—. ¿No estará intentando utilizar las desafortunadas acciones de mi padre para excusar su comportamiento?

Sebastián juntó las cejas.

—¿Cómo que «mi comportamiento»?

—Si es lo que pretende, le sugiero que se fije en las fechas. Usted ya llevaba casi un año en la India cuando mi padre se quitó la vida. Casi un año entero, milord.

No pensaba que su mirada pudiera volverse más gélida, pero la fulminó de tal manera que Sylvia se sorprendió al no convertirse en un bloque de hielo al segundo.

—Soy muy consciente del tiempo que estuve en la India —dijo perdiendo las formas—. De cada minuto. Pero se me escapa por completo qué tienen que ver mis días como oficial con usted o con su padre.

Sylvia se sonrojó.

—No ha querido entenderme. No tiene relación alguna con eso, pero si con...

—¡Oh, cielos! ¿Ya son y media? —La risueña voz de lady Harker resonó desde el umbral, terminando con la conversación de forma brusca y, a la vez, compasiva—. ¡Qué irritante! ¡Con lo muchísimo que me he esforzado por ser puntual!

* * *

Sebastián le dirigió una mirada cargada de furia a su hermana. Sabía a la perfección que su plan desde el principio era dejarlo a solas con la joven, y sospechaba que la señorita Stafford también lo sabía. Y la expresión de alivio de Sylvia era una clara señal de que tenía el mismo interés que él en retomar la relación que mantuvieron en el pasado.

—Espero que tenga hambre, Sylvia. —Julia entró en la habitación con el servicio pisándole los talones—. Apostaría a que no, ya que apenas tocó la comida en la posada. —Se giró para dirigirse a uno de los sirvientes—. Deja ahí la bandeja del té, Thomas. —Hizo un gesto hacia el mueble de al lado de la chimenea—. Sí, justo ahí. Os avisaré si necesitamos algo más.

Sebastián, que se había levantado con la llegada de su hermana, se sentó de nuevo.

—¿Parasteis a comer en una casa de postas?

—Llamar a eso «comida» es ser muy generoso —dijo Julia mientras se arreglaba las voluminosas faldas, acomodándose en el sillón—. El hombre del The Bull no pudo ofrecernos más que una empanada fría y un poco de cerveza caliente.

—¿The Bull? —Sebastián perdió los nervios—. ¿En qué diantres estabais pensando para deteneros en un lugar así?

—En que teníamos hambre. —Contestó Julia, y añadió con pudor—: Y otras necesidades.

La señorita Stafford se ruborizó ante la indiscreta respuesta de Julia.

—Su hermana no corrió peligro, milord —corroboró Sylvia—. Contraté un salón privado para nosotras y no nos quedamos más que el tiempo necesario para que el cochero se ocupara de los caballos.

—Te lo he dicho, estuvimos completamente a salvo.

Julia se mantenía ocupada sirviendo el té y, mientras llenaba la taza de Sebastián, levantó los ojos hacia los suyos, abriendo los labios como si fuera a hablar. Él le devolvió la mirada, retándola en silencio a que se atreviera a mencionar algo acerca de su incapacidad de beber delante de otros. Tras un momento cargado de tensión, la mujer cerró la boca y le tendió la taza.

—¿Por qué demonios no vinisteis en tren?

Julia encogió los hombros.

—A Harker no le gusta; desde el descarrilamiento en la estación de Tottenham de febrero.

Sebastián frunció el ceño. Aquella desgracia había acabado con la vida de cinco pasajeros y de dos trabajadores ferroviarios. No le sorprendía que lord Harker le hubiera prohibido a su esposa viajar en tren desde entonces. Pero no le cabía en la cabeza cómo su cuñado había considerado que ir en un carruaje tambaleante tirado por caballos a través del campo era más seguro para ella.

—The Bull solo es apropiado para cambiar de caballos, nada más —dijo—. No es un lugar nada respetable, ninguna dama debería cruzar esas puertas. —Le dedicó una mirada pétrea a la señorita Stafford—. Ni siquiera una institutriz.

La joven lo miró fijamente, y en sus ojos azules destelleó algo muy parecido a la indignación. Y al dolor. Desapareció antes de que Sebastián pudiera descifrarlo, y la cortesía y la indiferencia regresaron a su rostro.

¡Cielo santo, daría lo que fuera por verla alterada! Le había faltado poco para perder la compostura antes de que Julia apareciera: unos minutos más y puede que esa exasperante máscara de amabilidad hubiera caído. Quizá le hubiese gritado. O abofeteado. Le había dado motivos más que suficientes para explotar.

—Le ordenaré al cochero que no se detenga en el mismo lugar cuando la lleve de regreso a Cheapside —sentenció Sebastián.

—No será necesario, milord. El tren me parece una buena opción.

Sebastián se mostró impasible ante la respuesta, aunque en su cabeza se la imaginó sola e indefensa en un abarrotado vagón.

—Como desee.

Julia, que en aquellos momentos cortaba un trozo de pastel de ciruela, se detuvo a mitad para reprenderlo.

—La señorita Stafford no volverá a Londres hasta dentro de un mes, como mínimo. Es pronto para hablar de eso. —Se dirigió hacia Sylvia, ofreciéndole un platito de porcelana con un trozo de pastel—. Se preocupa por su seguridad, eso es todo. Aunque jamás lo admitirá.

Sebastián apretó la mandíbula, pero no dijo nada. ¿Qué iba a decir? Pues claro que se preocupaba por su seguridad. ¿Qué clase de caballero no lo haría? Era una mujer soltera, sin familia y sin dinero.

Una preciosa mujer soltera.

La examinó de arriba abajo, igual que había hecho cuando apareció en el umbral de sus aposentos. Parecía incapaz de dejar de observarla. Estaba sentada con elegancia en el borde de la butaca, sin hacer nada más que beber té y escuchar a su hermana. Lejos quedaban aquellos vestidos elegantes, los refinados zapatos de satén y las horquillas de zafiro que solían recoger su brillante cabello castaño. En su lugar, ahora lucía un monótono traje propio de una institutriz.

Al lado de Julia, engalanada con lazos, volantes y aquel espantoso miriñaque, el atuendo de la señorita Stafford resultaba extremadamente mediocre. Su vestido era simple hasta el punto de parecer austero, y la falda ancha descansaba sin ningún tipo de floritura sobre sus piernas; además el corsé no tenía ningún adorno más allá de unos prácticos botones que le subían desde la esbelta cintura hasta el cuello de color marfil.

Pero nunca había sido por la ropa elegante. Con o sin vestidos lujosos y joyas, Sylvia Stafford brillaba como un diamante. Era más adorable que en su recuerdo, algo que jamás creyó posible. Y, sin embargo, un solo vistazo a su sonrisa con hoyuelos había bastado para casi detenerle el corazón. Y ni hablar del sonido de su voz...

Aquella voz suave y aterciopelada.

Una voz que en el pasado tuvo el poder de embelesarlo y hacer que se postrara de rodillas. Cuando entró en la biblioteca y lo llamó lord Radcliffe por primera vez, comprendió que, si no tenía cuidado, existía un gran peligro de que volviera a suceder. Aquella certeza no hizo más que avivar su resentimiento hacia ella.

—Además —prosiguió Julia—, cuando regrese a casa, Harker y yo te acompañaremos. Y puede que mi hermano también... —Lanzó otra mirada elocuente en dirección a Sebastián—. Pero no hablemos de eso ahora, he

planeado muchas actividades para hacer en Pershing...

—¿Actividades? —La señorita Stafford parecía alarmada ante la idea—. Espero no haberle causado ninguna molestia.

—¡Por supuesto que no! Es usted mi invitada. Celebraría un baile si Sebastián lo permitiera, pero no quiere. Así que tendremos que conformarnos con actividades al aire libre. Pasaba mucho tiempo en el campo, ¿verdad? Antes de que su padre... Quiero decir, antes de aquella situación tan horrible...

—Sí. Crecí en Newell Park, donde viví hasta mi presentación en sociedad.

—¿Newel Park?

—La residencia principal de los barones Stafford en Kent. El barón actual, sir George, un primo muy lejano de mi padre, es quien reside ahora allí.

Julia arrugó la nariz.

—Creo que lo conocí. El verano pasado en Londres, en una fiesta de lord y lady Graves. Fue un encuentro muy desagradable... —Se le rompió la voz—. Pero eso no viene al caso, volvamos a las actividades. Supongo que sabrá montar a caballo, ¿no?

—Sí, claro.

Julia tomó un trozo de tarta.

—Una de mis yeguas favoritas está aquí durante todo el año. Sin embargo, no sé nada del resto de caballos del establo; la mayoría los compró mi hermano Edmund antes de morir. Pero no importa, Sebastián elegirá una buena montura para ti.

Sebastián vio cómo los ojos azules de Sylvia volaban hacia él. Estaba avergonzada por la suposición de su hermana, sin duda. Pero había algo más, algo que no lograba interpretar.

—¿Cuánto tiempo lleva sin cabalgar? —le preguntó.

—Dos años, milord.

Desde que murió su padre, entonces. No había duda de que su caballo se encontraba entre las pertenencias perdidas en aquella última mano de cartas.

—Si está algo oxidada, *Ares* es perfecto. Es lo suficientemente seguro para una jinete con habilidades medias, pero todavía conserva algo de energía.

Los ojos de Sylvia se encontraron con los suyos durante un breve instante. No parecía ofendida en absoluto por la injusta descripción de sus aptitudes con la equitación. Más bien al contrario. Parecía confiar en su palabra.

—Espero seguir siendo una jinete con habilidades medias.

—Uno no se olvida de cabalgar.

—No, supongo que no. Pero hace muchísimo tiempo desde la última vez. Ni siquiera tengo un traje de montar.

—Puedo prestarle uno de los míos —sugirió Julia—. Y tengo en mente el perfecto. Es de color azul oscuro, con una chaquetita espectacular con puños de estilo francés. Es la última moda. Craddock, mi doncella, puede hacer todos los arreglos necesarios. Es buenísima con la aguja y el hilo.

—Es muy amable, pero no necesito algo tan lujoso.

Sebastián la miró por debajo de su ceño fruncido. ¿Siempre había sido así? ¿Tan insoportablemente educada y respetuosa? Lo ponía de los nervios. Pensar que la persona segura de sí misma y enérgica que conoció en Londres se había reducido a eso. Lo hacía sentir... casi culpable. Pero ¿por qué debería sentirse así? Él no era el responsable de su cambio de posición, sino su padre. Y ella también. Porque si se hubiera casado con él tres años atrás, ahora sería condesa. En su lugar lo había tratado horriblemente mal al rechazarlo sin darle ninguna explicación.

Afirmar que le había roto el corazón era una idiotez sentimental y melodramática, además de un eufemismo. Por todos los santos, su rechazo lo había atacado directamente en el ego. Era la primera y la única mujer a la que había amado. Y ahora estaba allí, demostrándole que no era mejor que todas aquellas mujeres interesadas y avariciosas que habían ido tras el título de su hermano mayor. Y lo que era aún peor, se comportaba como si nunca hubieran sido más que conocidos. Como si él jamás la hubiera tomado entre sus brazos. Como si ella nunca lo hubiera acariciado y besado.

A no ser que aquel misterioso comentario sobre su «comportamiento» tuviera algo que ver con la noche en la que estuvieron en el jardín de los Mainwaring.

¿Era eso a lo que jugaba? ¿Pretendía utilizar su conducta del pasado para que él le pidiera matrimonio? Sin darse cuenta, apretó los dedos alrededor del asa de la taza, y el líquido caliente casi se derrama por el borde. Siempre pensó que se le daba bien juzgar a las personas. Como oficial se había visto obligado a hacerlo. Y, sin embargo, había subestimado por completo a Sylvia Stafford.

Ajena al enfado que crecía en el interior de su hermano, Julia seguía charlando sobre las tiendas que había en Apsley Heath, un pueblecito cercano, y sobre sus sitios favoritos para pasear y montar a caballo. Incluso se atrevió a narrarle a Sylvia de forma breve —e incorrecta— la historia de Pershing Hall.

No obstante, la señorita Stafford era consciente de su estado anímico. La había sorprendido lanzando miraditas en su dirección en más de una ocasión; tenía el rostro pálido y sus delicadas manos temblaban alrededor de la taza. En el pasado

jamás lo había temido, a pesar de que era muchísimo más alto que ella y bastante más corpulento. ¿Eran sus cicatrices las que la incomodaban ahora? Sabía que resultaban repulsivas, pero ¿eran tan horrendas para que le tuviera miedo?

Y si reaccionaba así en la penumbra de la biblioteca, ¿qué pasaría cuando viera su rostro desfigurado a plena luz del día?

Una impotente furia se abrió pasó en su interior. Ya no la amaba. A decir verdad, sentía que la odiaba. Pese a ello, no soportaba la idea de que retrocediera horrorizada ante su presencia.

La observó, sentada frente a él, tan delicada y perfecta y preciosa. Maldijo a Julia por haberla invitado. Y también se maldijo a sí mismo por conservar aquel condenado mechón de pelo.

—¿Suele madrugar cuando está en el campo, Sylvia? —le preguntó Julia en aquel momento—. Si es así, iremos a cabalgar antes del desayuno.

—Me parece perfecto.

—Maravilloso —dijo Julia con alegría—. Querrá familiarizarse con la montura, pero para eso no hay que esperar hasta mañana. Podemos ir al establo al terminar el té y...

—No —la interrumpió la señorita Stafford, adelantándose a la protesta de Sebastián. Dejó la taza de té en el platito—. Se lo agradezco muchísimo, pero creo que... Si no le importa... Prefiero ir a descansar un rato a la habitación. Estoy algo agotada por el viaje.

—¡Oh! Qué tonta soy. Claro que está cansada. ¿Quiere que la acompañe o...?

Sylvia se levantó.

—No es necesario. No quiero molestar, puedo subir sola.

Sebastián se incorporó y la estudió con detenimiento. Estaba distraída. Molesta. Lo sacudió un nuevo torbellino de culpa.

—¿Necesita algo más? —le preguntó.

—No. Nada. —Le habló con la vista clavada en su corbata, claramente incapaz de levantar la mirada hasta su rostro destrozado.

—Le diré a mi doncella que la despierte antes de la cena —añadió Julia.

—Gracias, Julia. Milord. Que pasen una buena tarde.

Sebastián permaneció en pie hasta que Sylvia salió de la habitación. Se le oscureció la expresión al sentarse de nuevo.

—¿Se puede saber qué le has dicho antes de que yo viniera? —exigió Julia.

—Nada.

—¿Nada? Parecía a punto de romper a llorar. Y no ha hablado prácticamente

durante todo el té. —Se le encharcaron los ojos de lágrimas, como si se solidarizara con ella—. No ha sido fácil encontrarla y traerla hasta aquí, a tu lado. Y ahora tu temperamento lo arruinará todo. No puedes amenazar a la gente con estrangularla solo porque lo hagas conmigo.

—No he amenazado a la señorita Stafford —gruñó.

—Bueno, está bien, aunque no me sorprendería en absoluto que estuviera haciendo el equipaje en este mismo momento.

Sebastián sintió que se le encogía el estómago en señal de alarma.

—Debería ir a buscarla y decirle... Oh, pero ¿qué le digo? ¿Que te alegra que haya venido? ¿Que deseas que se quede? Sé que en realidad es así, ya que no le has quitado el ojo de encima durante todo el té. Si pudieras ser amable...

—¡Maldita sea! —blasfemó entre dientes. ¿Iba a repetirse la misma historia? ¿Se iba a humillar otra vez? ¿Iba a rogar y a suplicar por un poco de atención? Fulminó a su hermana con la mirada—. Es tu invitada.

—Sí, pero...

—Si quieres que se quede, convéncela tú.

—¡Pero está aquí por ti! Por ese mechón. Sabía que querías verla. Y también que...

—No tienes ni idea —dijo con dureza—. No voy a permitir que te entrometas en mi vida. ¿Entendido?

A Julia le tembló el labio superior; sin embargo, aunque parecía estar a escasos segundos de romper a llorar, Sebastián no ignoró la altivez de su barbilla. Era un rasgo que pertenecía claramente a los Conrad.

—No es inmiscuirse si lo hago por tu propio bien —le informó.



Capítulo 4

La señora Craddock, la doncella personal de lady Harker, apareció temprano con el traje de montar sobre el brazo. Era una mujer de mediana edad muy estricta que no admitía replicas y, antes de que Sylvia tuviera tiempo de protestar, ya le había enfundado aquel traje azul oscuro y le había arreglado el cabello con destreza. Ahora le ajustaba sobre la cabeza un sombrero de equitación elegantísimo.

Sylvia se avergonzaba de la facilidad con la que había regresado al papel de joven privilegiada y consentida. Se recordaba a sí misma una y otra vez que ya no formaba parte de la sociedad en la que había nacido. Que no era más que una institutriz sin relevancia alguna. Una sirvienta de nivel superior, como recalcó Sebastián con tanta crueldad. No pertenecía a ese lugar, sentada ante un tocador mientras permitía que Craddock le cepillara el pelo. Y no tenía ningún derecho a ponerse el sofisticado traje de montar que le había prestado lady Harker.

Recordó lo complicado que le resultó adaptarse a su nueva vida en Cheapside tras la muerte de su padre. Había tenido que aprender a ser independiente. A darse cuenta de sus propias necesidades. En casa de los Dinwiddy no había nadie que la ayudara a vestirse o a arreglarse el cabello. Ni nadie que le planchara los vestidos o que le remendara el dobladillo. Era ella misma la que debía asegurarse de que su ropa estuviera limpia y en buen estado; y ella misma se arreglaba el pelo con rapidez y eficiencia todas las mañanas antes del comienzo de cada lección.

De pie ante el espejo dorado, no daba crédito a la transformación que Craddock había logrado en tan poco tiempo. Era más alta que lady Harker, tenía menos cintura y más pecho; sin embargo, la habilidosa doncella había conseguido alargar las voluminosas faldas, reducir la cintura de la rebeca de montar y añadir centímetros a las elaboradas mangas con un puño. Sobre las enaguas y una camisa de muselina, el traje azul se le ajustaba al cuerpo como si hubiera sido hecho para

ella.

Y si eso no bastaba para dejarla sin palabras, ahora llevaba el pelo, que tan acostumbrada estaba a ver en un sencillo moño o en trenzas, recogido con gracia en una distinguida redecilla de seda. Con el sombrerito en lo alto de la cabeza y el traje de montar prestado que se acoplaba a la perfección a las curvas de su silueta, no se parecía en absoluto a Sylvia Stafford, la institutriz. En su lugar, la imagen que le devolvía el espejo era la de la espléndida Sylvia Stafford de Newell Park. Una mujer que ya no conocía. Una extraña.

Frunció el ceño ante su reflejo.

—¿No le gusta, señorita? —le preguntó Craddock mientras le tendía unos guantes de estambre de lady Harker.

—Es perfecto —Sylvia se esforzó por sonreír—. Me encanta. De hecho, creo que ha obrado un milagro.

—No he hecho más que lo que me pidió milady.

—Pues se le da increíblemente bien —Sylvia estiró los guantes prestados, ya que le quedaban bastante apretados—. ¿Lady Harker me espera en los establos?

—Eso creo —Craddock tomó el costurero—. ¿Necesita algo más?

—No, gracias.

La doncella hizo una reverencia y salió de la habitación. Sylvia se preguntaba qué pensaría de ella: a esas alturas, todo el servicio debía estar al corriente de que trabajaba como institutriz en casa de un comerciante. Y cuando se trataba de distinciones de rango y de riqueza, muchos sirvientes podían ser más engreídos que los propios miembros de la sociedad. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que el mayordomo o el ama de llaves le recordaran, con sutileza, cuál era el lugar que le correspondía?

¡Cómo si tuviera pretensión alguna tras el desastroso encuentro con Sebastián!

El conde estuvo distante y frío, y le dejó clarísimo que no pertenecían a la misma clase social. Incluso hubo momentos en los que habría podido jurar que la odiaba.

La desconcertaba a todos los niveles. Era consciente de que se había comportado como una estúpida. Y Sebastián tenía todo el derecho a mostrarse receloso con ella tras lo que le había hecho. Pero ¿odiarla por ello? No lograba entenderlo.

Salió de la habitación y bajó por la escalera de caracol de mármol. El cansancio y la angustia del día anterior le habían impedido apreciar lo que la rodeaba, pero en aquel momento no pudo resistirse a observarlo todo.

Estaba acostumbrada a las casas grandes; eran muchos los que consideraban

Newell Park como una joya de estilo palladiano, y la propiedad familiar de los Mainwaring en Devon podría confundirse con facilidad con un castillo medieval. No obstante, Pershing Hall era algo completamente diferente. Es cierto que no faltaban los siempre imprescindibles óleos y las columnas, y en el vestíbulo principal había una cúpula realmente espectacular. Sin embargo, la gigantesca estructura no seguía lógica alguna: construida con estilos arquitectónicos opuestos, parecía que cada generación hubiese añadido algo nuevo. Había un arco Tudor, chimeneas isabelinas y columnas de estilo palladiano. No llegaba a concebir cuántas habitaciones tenía la casa o el tiempo que le llevaría caminar de un ala a la otra.

¡Y pensar que Sebastián vivía allí, él solo! Su único contacto con el mundo era con el servicio, además de las visitas ocasionales de su hermana. Era alarmante.

Aunque era cierto que Sebastián Conrad nunca había disfrutado de la vida en sociedad. Era reservado y retraído, y su mirada sombría estaba cargada desaprobación cuando asistía a los diversos entretenimientos de la temporada.

«¡No entiendo por qué se molesta en venir!», se quejó Penélope Mainwaring durante una velada musical en casa de lord y lady Lovejoy en Mayfair.

Sylvia accedió a cantar dos canciones aquella noche. Sebastián se mantuvo a distancia al final de la sala. Sintió sus ojos clavados en cada fibra de su ser a lo largo de su breve actuación. Llevaban poco tiempo de cortejo, si es que podía llamarse así, y todavía no sabía qué pensar de él. Pero de alguna forma, incluso en aquel momento, su solemne e impenetrable forma de mirarla convertía los coqueteos calculados de los otros pretendientes en juegos infantiles y absurdos.

Era mucho más imponente que el resto de los caballeros, y muchísimo más serio. No le había dedicado excesivos halagos ni trataba de impresionarla para coquetear con ella. Se había limitado a estar presente. Majestuoso. Auténtico. Digno de confianza. Y al no prodigar su afecto con facilidad, ella valoraba todavía más su atención.

Eso había sido solo al principio. Más adelante, al hablar con él y pasar más tiempo a su lado, llegó a conocerlo en profundidad y había acabado queriéndolo muchísimo.

No obstante, nada de eso importaba ya.

Ahora eran personas completamente diferentes. Casi desconocidos que ni siquiera se soportaban el uno al otro.

Descendió el último tramo de escalones, tan perdida en sus propios pensamientos que no vio al sirviente que subía. Llevaba una cacerola con agua

caliente y el brazo lleno de toallas dobladas: al verla, se detuvo en seco y el agua se derramó por el borde del amplio recipiente, salpicando en los escalones.

—¡Oh, discúlpeme! ¡No pretendía asustarle!

—No se preocupe, señorita. Ha sido culpa mía.

—En absoluto. —Bajó y se colocó a su lado—. ¿Me prestaría una toalla?

—¿Una toalla?

Sylvia señaló con la mirada el pequeño charco a sus pies.

—Sería una desgracia si alguien se resbalara.

—No se moleste. Me ocuparé de ello cuando...

—No es ninguna molestia. Será solo un momento. —Tomó la primera toalla del del montón del brazo del hombre y, en un movimiento delicado, se arrodilló y limpió el desastre.

—¿Ve? Ya está. —Sylvia se levantó y se lo encontró mirándola con el ceño levemente fruncido y un brillo escrutador en sus afilados ojos de zorro.

La sonrisa de ella se desvaneció. Tuvo la incómoda sensación de que su valía estaba siendo evaluada al milímetro.

—Disculpe, es usted el ayuda de cámara del señor, ¿verdad?

—Así es, tengo ese honor.

La joven dobló la toalla mojada con lentitud. Se preguntaba si Sebastián se uniría a ellas al paseo matinal, pero el ayuda de cámara le estaba llevando en ese mismo instante todo lo necesario para afeitarse; eso parecía indicar que no lo haría.

—Bueno... —Le tendió la toalla que acababa de doblar—. No le entretengo más.

—Gracias. —A pesar de llevar los brazos llenos, el ayuda de cámara se inclinó todo lo que pudo para hacerle una reverencia.

Sylvia lo observó mientras desaparecía por las escaleras. Había sido el sirviente de Sebastián mientras estaba en el ejército, ¿cierto? Él sabría mejor que nadie el estado anímico en el que se encontraba. Preguntarle sobre ello era terriblemente tentador, pero algo en su mirada le había hecho morderse la lengua. No podía estar completamente segura, pero tenía la sensación de que Milsom no desvelaría los secretos de su señor, y mucho menos a ella.

* * *

Sebastián echó la cabeza hacia atrás para facilitar la tarea a Milsom, que deslizó una navaja de afeitar a lo largo de su garganta en un movimiento calculado.

—Estás muy callado esta mañana —refunfuñó Sebastián.

—¿Lo estoy, milord?

—¿No estarás conspirando con mi hermana otra vez?

Milsom bajó las cejas con desaprobación.

—Diría que no, señor. —Pasó de nuevo la cuchilla por su rostro—. Jamás he hecho tal cosa.

—Ah, ¿no? ¿Entonces cómo lo llamarías?

—No sé qué decirle. —Milsom reflexionó unos segundos—. Milady me incordió hasta sonsacarme el nombre de la mujer que le dio el mechón de pelo. —Arrastró la navaja por el filo de la mandíbula de Sebastián—. No creo que exista alguien capaz de hacerle frente cuando tiene una idea en la cabeza.

Sebastián frunció el ceño.

—Puede que no.

—Resistí todo lo que pude.

—¿Tan horrible fue?

—No se hace una idea, milord. —Milsom hizo una mueca al recordarlo.

—Déjame adivinar: sollozó.

—Muchísimo.

Sebastián podía llegar a empatizar con él. Había aprendido por las malas que Julia podía llegar a ser una auténtica pesadilla si no se salía con la suya. Sin embargo, pensaba que su ayuda de cámara estaba hecho de un material más fuerte.

—Tu problema es que no tienes ni idea de cómo actuar ante las artimañas femeninas.

—Supongo que no. —Se alejó para examinar su obra—. Nunca he tenido que hacerlo. —En apariencia satisfecho con la calidad del afeitado de su señor, se giró hacia el tocador y se entretuvo limpiando—. Hablando de damas, esta mañana he visto a la suya.

A Sebastián le dio un vuelco el traicionero corazón. Frunció el ceño.

—No es «mi dama».

—Estaba lista para el paseo con milady.

—Ah, ¿sí? —Sebastián se levantó y fue hasta el lavamanos. Se había levantado y ya estaba vestido, pero su intención no era unirse a ellas. De hecho, montar a caballo por la hacienda, exponiendo su rostro desfigurado bajo la despiadada luz del sol de la mañana era lo último que le apetecía hacer.

Además, pensó mientras se lavaba el rostro con agua helada y lo secaba con brusquedad con una toalla, no tenía interés alguno en retomar la relación con la

señorita Stafford.

—Estaba increíblemente hermosa, si me permite decirlo —señaló Milsom desde su sitio al otro lado del tocador.

Sebastián le lanzó una mirada feroz.

—No, no te permito decirlo.

El ayuda de cámara se encogió de hombros.

—Es probable que la señorita Stafford y milady no hayan salido aún. Creo que podría alcanzarlas si…

—¡Deja de ser impertinente! —gruñó Sebastián—. Ya es bastante insoportable tener que oír esa clase de comentarios de boca de mi hermana. No voy a tolerar que vengan también de ti.

—Está bien, milord. Pero como ahora es el conde de Radcliffe…

—Milsom…

—Necesitará una condesa —Milsom se aclaró la garganta con discreción—, y un heredero.

Sebastián se pasó una mano por el pelo.

—Una condesa y un heredero —masculló—. ¡Al diablo con todo!

Salió de la alcoba dando grandes zancadas y atravesó las puertas que llevaban a su salón privado. Era un espacio completamente masculino; con un gigantesco escritorio de madera de caoba pulida; un sofá mullido y butacas; mesas de madera maciza y oscura decoradas con lámparas de aceite de cristal, joyeros con incrustaciones y unas pocas antigüedades orientales que su padre había coleccionado muchos años antes.

Era allí donde solía leer y escribir. Y también a donde Milsom le llevaba todas las comidas. Rara vez veía al resto del personal de Pershing Hall y, más allá de las ocasionales incursiones a la biblioteca o los menos habituales paseos a caballo a la luz de la luna, no abandonaba sus aposentos. Se sentía aislado, sí, pero en absoluto incómodo. Y menos aún comparado con los campamentos en los que había sobrevivido en la India.

Las dependencias del conde de Radcliffe eran espaciosas y lujosas en todos los sentidos. Junto a las habitaciones de la familia, ocupaban una gran parte del ala oeste y estaban conectadas con los de la condesa, que eran igualmente impresionantes, a través de vestidores adyacentes. Estas últimas habían permanecido vacías desde que su madre murió dos décadas atrás.

Dependencias que, si él se casaba, pertenecerían a su propia condesa.

Maldijo a Milsom por sugerirlo, aunque aquel pensamiento le había rondado

por la mente desde la llegada de la señorita Stafford.

Fantasear con ella le había permitido sobrevivir durante el primer año en que regresó a la India. Soñaba con abrazarla. Con besarla. Con casarse con ella. Aquellos sueños se habían desvanecido de un modo muy doloroso, pero ahora, Sylvia volvía a estar a su alcance…

Era rico y tenía un título. Y también podía tenerla a ella, si así lo deseaba. Puede que no de la forma en que lo había imaginado; no como su amada, ni siquiera como su amiga. Pero ¿qué importaban los sentimientos? Si se casaba con ella, Sylvia cumpliría con su deber como esposa y lo consideraría un pequeño precio a pagar a cambio del privilegio de convertirse en condesa de Radcliffe.

Aquella reflexión lo reconfortó un poco.

Inquieto e irascible, merodeó por toda la estancia hasta detenerse en seco frente a una de las ventanas con cortinas de terciopelo que daban al parque. Se le contrajo el estómago por la tensión. Su intuición le avisaba de que no debía bajar la guardia. Ni dejarse llevar por la curiosidad ni por ningún anhelo.

Como era de esperar, aquel sensato consejo no surtió efecto alguno.

Apoyó el hombro en el marco de la ventana, cruzó los brazos por debajo del pecho, y contempló, con aire sombrío, la extensión de campo que tenía delante en dirección a la imponente construcción de piedra donde se encontraban los establos de Pershing Hall.

No había ni rastro de la señorita Stafford ni de su hermana; no obstante, conocía a Julia a la perfección y sospechaba que quería demostrar algo, y si su suposición era correcta, guiaría a su invitada por el único camino que no se veía con claridad desde las ventanas de sus aposentos.

No se equivocó.

Un poco después, atisbó en la distancia dos caballos serpenteando por el estrecho sendero ecuestre. Los jinetes aún estaban demasiado lejos para distinguirlos, pero reconoció la yegua gris moteada de su hermana y el lustroso y oscuro pelaje cobrizo de *Ares*, la montura dócil que le había recomendado a Sylvia.

Esperó con impaciencia a que las dos mujeres entraran en su campo de visión. No se hicieron de rogar. Una arboleda bloqueó temporalmente el camino y un destello del sol le impidió ver durante unos segundos. Hasta que, de repente, aparecieron.

Allí estaba ella.

Sebastián expulsó el aire de sus pulmones con lentitud.

Encaramada en lo alto del lomo de *Ares*, vestía un traje de montar de color azul

oscuro que se amoldaba a cada una de sus curvas. Tenía las mejillas sonrojadas debido al esfuerzo, y lucía una expresión extrañamente seria bajo la visera de un elegante sombrero. *Ares* se movía de lado a lado; parecía alterado por el viento, que agitaba las ramas de un árbol que sobresalía del sendero. No obstante, la joven lo controlaba con habilidad. Su postura era impecable. E, incluso a lo lejos, se apreciaba lo relajadas que descansaban sus manos enguantadas en las riendas.

Siempre había sido una extraordinaria amazona. Fue testigo de ello en Londres, en las pocas ocasiones en las que se había encontrado con ella «por casualidad», en el paseo matinal de Sylvia por Hyde Park. Su montura de aquel entonces también había sido un caballo de pelaje cobrizo. Sebastián recordaba cómo, bajo la brillante luz del sol, los reflejos de su pelo resplandecían en combinación con el pelaje del animal.

Cambió el peso del cuerpo, y apoyó el hombro con más firmeza contra el marco de la ventana mientras observaba cómo la señorita Stafford instaba a *Ares* a cabalgar a la par que la yegua moteada. Le dijo algo a Julia —Sebastián se moría por saber qué era—, y luego se inclinó y le acarició con suavidad el cuello a *Ares*.

Dios mío, solo mirarla lo atormentaba. Tanto como hacía tres años. Un dolor angustiante lo recorría por completo.

Y también se sentía incómodo, mucho más que la primera vez que la vio en la puerta de sus aposentos. Ignoraba el motivo; a no ser que tuviera algo que ver con cómo iba vestida. El elegante traje azul que llevaba era impactantemente diferente al vestido gris y sin forma del día anterior.

Aquello lo sobresaltó.

Se percató de que ya no parecía una institutriz; se asemejaba muchísimo a la joven que conoció en Londres.

Y, sin embargo, percibía un cambio profundo en Sylvia Stafford que era incapaz de identificar. Quizá no era más que la visión distorsionada que tenía de ella tras aquel abandono tan despiadado. O puede que, tras tres larguísimos años, al fin la viera como lo que realmente era: una amante desleal. Una cazafortunas. Una mujer que, a la hora de la verdad, no tendría mucho más sentido del honor del que había tenido su vicioso padre.

Deseaba odiarla con todas sus fuerzas. Pero al mismo tiempo, aunque lo mortificara hasta lo más profundo, quería tomarla y estrecharla entre sus brazos y cubrir esos suaves labios con los suyos.

Solo pensar en ello resultaba ridículo.

Con el aspecto desfigurado que tenía ahora, ¿cómo se suponía que iba a

atreverse a tocarla? Ella se apartaría de él con horror. Se desmayaría o saldría corriendo mientras gritaba. Aunque no se la imaginaba haciendo tales cosas; siempre le había parecido que era valiente. Pero era humana, una mujer de carne y hueso. No sería capaz de disimular la repulsión, y él la vería reflejada en su rostro cuando tratara de acariciarla.

Sebastián se alejó de la ventana, disgustado. ¿Qué diablos hacía considerando todo aquello? No iba a casarse con la señorita Stafford. No la convertiría en su condesa. La sugerencia de Milsom y Julia era una fantasía ridícula, y no merecía la pena reflexionar sobre ello.

Por otra parte, pensó con amargura mientras se sentaba ante el escritorio, ¿cómo demonios pretendían que la convenciera para casarse con él? Y aunque lo consiguiera, si era tan interesada como él sospechaba, ¿qué creían que ocurriría luego? ¿Sus cicatrices dejarían de horrorizarla por arte de magia? ¿Le permitiría besarla con agrado? ¿Y compartiría el lecho con él? Era una auténtica locura. Si aún conservaba el más mínimo sentido común, lo más inteligente sería olvidarse de todo aquello.

Abrió el tintero y sumergió con brusquedad la punta de acero de la pluma en el líquido negro. Tenía que escribir un artículo para una nueva revista de filosofía de Edimburgo. Además de libros que leer. Notas que organizar. Más trabajo del que necesitaba para mantenerse ocupado durante el resto del día e incluso la noche. Ya había desperdiciado suficiente tiempo pensando en Sylvia Stafford. Decidió sacarla de su mente.

Aquella decisión no duró más que hasta la mañana siguiente.

Capítulo 5

Tras tres días en Pershing Hall sin rastro de Sebastián, Sylvia tomó una decisión. Se la comunicó a lady Harker aquella misma noche en la cena cuando el sirviente uniformado que les había servido el primer plato se retiró. Las dos se quedaron a solas, sentadas en relativa intimidad en un extremo de la larga mesa de caoba pulida que dominaba el enorme comedor.

—Creo que será lo mejor —dijo Sylvia.

Lady Harker la observó con perplejidad.

—Pero no lo comprendo. ¿Es por mi culpa? ¿He hecho algo malo? Soy consciente de que he sido un poco controladora, aun así…

—No es eso.

—¿Y por qué considera regresar a Londres tan pronto? ¿No está disfrutando de la estancia?

Sylvia suspiró. Estaba disfrutando muchísimo de su tiempo en la hacienda. Incluso demasiado. No se celebraban bailes o fiestas en Pershing Hall, ni visitaban las residencias vecinas, pero cada mañana paseaba a caballo junto a lady Harker, y en lo que llevaba de vida no había tenido el privilegio de cabalgar una montura tan espectacular como *Ares*. Había desayunado en la cama, pasado tardes tranquilas bordando un bastidor en el salón e incluso se había dado un baño caliente larguísimo en una bañera gigantesca.

Era una clase de lujo que no había experimentado en años; tendría que estar hecha de piedra para no apreciarlo. Pero no había ido hasta allí para pensar en su propio deleite, sino para ayudar a Sebastián.

—Es todo estupendo —le aseguró—. Pero llevo aquí tres días y solo he visto a lord Radcliffe una vez.

La cuchara sopera de lady Harker se detuvo en el aire a medio camino entre el cuenco y su boca.

—¿Así que está preocupada por eso? —se carcajeó—. Tres días no es nada; mi hermano ha llegado a ignorarme durante visitas enteras. Si no lo buscara en sus aposentos, creo que ni le vería.

—Pero es usted su hermana. Yo no soy más que una simple invitada, y además mujer. No puedo ir a importunarlo a su alcoba.

—Claro que no; sería de lo más inapropiado. —Lady Harker se tragó una cucharada de sopa—. Tendré que idear una forma de hacerlo salir.

Sylvia reflexionó sobre sus palabras mientras se centraba en su propio cuenco. Era una deliciosa y cremosa sopa de espárragos cocinada a la perfección. Un lujo más, pensó con amargura. Era mejor que no se acostumbrara a todo aquello.

—Lady Harker —lo intentó de nuevo—, si lord Radcliffe no desea verme, lo mejor para mí es regresar a Londres. No veo cómo puedo ser de utilidad si me quedo. Mi llegada no ha hecho otra cosa que disgustarlo aún más, y si está preocupada por su estado anímico, no deberíamos seguir enfureciéndolo más.

—Siempre está de mal humor. De hecho, no me ha dedicado ni una sola palabra amable desde que regresó de la India. —Julia volvió a reírse, aunque sonó algo tensa—. Mi hermano Edmund solía decir que pasó demasiado tiempo en la guerra. Que se había olvidado de hablar con gente civilizada y que ya solo sabía dar órdenes a los soldados. Pero con usted ha sido un poco más respetuoso.

Sylvia esbozó mueca llena de sarcasmo.

—Fue bastante desagradable conmigo cuando llegué.

—No hablo de ese momento. —Lady Harker hizo un gesto de desdén con la mano—. Aunque a decir verdad me hubiera gustado que se comportara mejor. De hecho, pensé que lo haría. ¿Por qué otro motivo si no habría aceptado salir y unirse a nosotras? Jamás lo hace cuando vengo a Pershing. Tenía la esperanza de que...

Sylvia alzó las cejas con expresión amable, en un gesto de interrogación.

—¿La esperanza de qué?

—Siendo sincera, no lo sé. —Frunció el ceño—. Pensé que reaccionaría. —Acarició el tallo de la copa de vino—. ¿Cómo era en el pasado?

Sylvia sintió una notable punzada de tristeza, pero la ignoró.

No era la primera vez que se sentía desconsolada desde su llegada. Dadas las circunstancias era lo natural.

—Oh, muy parecido... si no recuerdo mal.

—¿Igual que ahora? —Lady Harker estaba horrorizada—. ¡Es difícil de creer!

—Bueno, quizás era un poco más agradable. —Cedió Sylvia. No quiso ahondar

en el tema. La compañía de Julia era agradable y la había hecho sentir muy a gusto en Pershing Hall, pero no dejaba de ser una chismosa, por muy buenas intenciones que tuviera. Lo último que Sylvia deseaba es que lo que sentía por el conde se comentara en sociedad.

—No entiendo qué vio en él —comento—. A no ser que... ¿llevaba uniforme cuando lo conoció?

Sylvia dibujó una media sonrisa desconcertada.

—Sí, diría que sí.

—Ah, eso lo explica todo. Lucinda Cavendish afirma que no hay dama capaz de resistirse a un hombre uniformado, por mucho que lo intente. Y si el caballero en cuestión es un oficial de caballería, ¡entonces una está perdida!

Lady Harker se terminó la sopa y dejó la cuchara al lado del cuenco vacío. Al instante, dos sirvientes entraron en el comedor y sustituyeron la sopa de espárragos por *vol-au-vents* de pollo, chuletas de cordero con pepino y una guarnición de espinacas, brócoli y champiñones estofados.

Sylvia se sirvió un poco de cada, mientras se preguntaba cómo iba a conformarse con la comida sencilla que comía en la casa de los Dinwiddy tras degustar aquella cocina de alto nivel. Tarde o temprano regresaría a Cheapside, y temía experimentar de nuevo la misma sensación de abatimiento e insatisfacción que arrasó con ella la primera vez que entró a formar parte del servicio.

Aunque ya estaba habituada a ello, no olvidaba que el período de adaptación en casa de los Dinwiddy no había sido fácil. Llegó tras la muerte de su padre, aún vestida de negro, y cuando el ama de llaves, la señora Poole, la guio hasta la minúscula habitación asignada para ella, sufrió un duro golpe. No tenía comparación alguna con los lujosos aposentos de Newell Park. La cena de aquella primera noche también la decepcionó, pues no le dieron más que un trozo frío de pastel de carne de cordero. Los Dinwiddy la trataban muy bien, era la primera en reconocerlo, pero por muy amables que fueran, Sylvia era una simple institutriz, y no le ofrecían la carne de su elección. Ni mucho menos le permitían hospedarse en una de sus mejores habitaciones.

—¿Trabajará en el bordado tras la cena? —le preguntó Julia.

Sylvia se limpió la comisura de los labios con la servilleta.

—Eso creo. A no ser que me necesite para algo.

—No, no. Le prometí a Harker que le escribiría. Es una tarea tediosa; aborrezco escribir cartas. —Se llevó la copa de vino a los labios—. Seguro que también quiere escribir a sus amigos. Deme las cartas cuando las tenga y le diré a Craddock

que las envie a la vez que la mía.

—Se lo agradezco, pero no es necesario.

—¿No lo es? ¿Por qué no?

—Ya no mantengo correspondencia con nadie.

La mirada de Julia se volvió compasiva de repente.

—¿De verdad que no?

Sylvia sintió de nuevo aquella punzada de tristeza. Aquella vez no le resultó tan fácil deshacerse de ella.

—No tiene importancia —dijo, forzando otra sonrisa—. Prefiero seguir con el bordado. Soy muy aplicada, puede que termine el patrón que me dio antes de regresar a Londres.

Aquello pareció contentar a la mujer, además de distraerla. Empezó a alabar los maravillosos patrones que había encontrado en un número de la revista *Ladies' Treasury* unos meses atrás. Cuando se detuvo para recuperar el aliento, parecía haber olvidado por completo la patética situación de Sylvia.

Ella misma creía haberlo olvidado. Sin embargo, más tarde, tras pasar varias horas en el salón bordando en silencio mientras lady Harker atendía su correspondencia, los efectos de su desdicha la embargaron en todo su esplendor. Se excusó y se retiró a dormir, y mientras subía la impresionante escalera, con una sola vela de cera de abeja iluminando su camino, le vino a la mente lo que sentía al hacer lo mismo en Newel Park.

Hundió los hombros bajo el peso de su vestido de noche de seda. Tenía frío y estaba agotada. Quería irse a casa. Pero no a Cheapside, no al ático de los Dinwiddy. Quería irse a su verdadero hogar. Deseaba despertarse a la mañana siguiente en su cama de siempre, con aquel familiar dosel de seda rosa, y descubrir que los dos últimos años no habían sido nada más que una horripilante pesadilla. En cuanto a padre...

Se tragó una nueva y repentina oleada de lágrimas.

Padre se había ido para siempre.

Ahora solo se tenía a ella misma.

Y por esa razón no la ayudaría en nada dejarse arrastrar por la melancolía, se dijo con convicción. Se limpió con un movimiento rápido una lágrima que le corría por la mejilla, enderezó la espalda y siguió caminando por el oscuro pasillo que llevaba a su habitación.

Cuando oyó el crujido de madera del suelo, ya era demasiado tarde. Percibió el sutil cambio en la atmósfera: solo podía estar provocado por la presencia de otra

persona. Levantó aún más la vela y la llama titiló con descontrol.

—¿Hay alguien ahí?

El conde emergió de la oscuridad.

Sylvia contuvo el aliento.

—Oh —susurró—. Es usted.

Se cernió sobre ella; llevaba el pelo oscuro alborotado y la corbata sin anudar. No parecía feliz de verla; nunca le había parecido tan siniestro y amenazante. Pero tal y como se sentía en aquel momento, le resultó la visión más preciada del mundo. El corazón le latía acelerado, y tras unos segundos en los que el aire se cargó de tensión, hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para no arrojarse a sus brazos y sollozar sobre sus anchos hombros hasta olvidar todo lo que la angustiaba.

—¿Se ha perdido, señorita Stafford?

—No, milord.

—Lleva sin moverse bastante tiempo.

—Ah, ¿sí? —Bajó la vela. Se moría de vergüenza al pensar que la había estado observando—. Le pido disculpas, no me había dado cuenta. —Se sonrojó—. Me temo que estaba soñando despierta.

—Sin duda.

—Sí, iba a... iba a acostarme —confesó—. Pero lady Harker no se ha retirado todavía. Está en el salón, por si la está buscando.

—No busco a mi hermana.

—¿No? —Sylvia se preguntó si tenía el hábito de merodear de noche por los oscuros pasillos de Pershing Hall. Si era así, lo sentía muchísimo por los desafortunados sirvientes que se lo encontraran. Sebastián podía llegar a ser muy amenazador si se lo proponía.

¿Era la razón por la que se aventuraba a salir por la noche? ¿Para evitar cualquier interacción? ¿O simplemente estaba muy inquieto tras pasar tantísimo tiempo encerrado en sus aposentos?

No parecía inquieto. Llevaba los oscuros pantalones arrugados y el chaleco abotonado a mitad. Diría que estaba exhausto, como si no hubiera dormido durante tres días seguidos.

Le examinó el rostro.

—Se encuentra bien, ¿verdad?

Sebastián clavó sus ojos en ella, y las pronunciadas cicatrices de su rostro parecieron menos severas bajo el suave brillo de la vela. En aquel momento, cayó

en la cuenta de que todavía no lo había visto a plena luz.

—¿Que si me encuentro bien? —repitió el conde, en un tono monótono.

Un escalofrío de temor le recorrió la columna al oír aquella profunda voz desprovista de emoción. Pisaba sobre terreno peligroso, lo sabía.

—Quiero decir… ¿no siente ningún tipo de dolor, cierto?

Sebastián frunció el ceño.

—No. ¿Acaso debería?

Lo miró sin saber qué hacer. ¿Qué iba a decirle? ¿Que lady Harker le había contado lo infeliz que era tras regresar de la guerra? ¿Que sabía que guardaba un revólver cerca de la cama? No era ni el momento ni el lugar, claramente, pero si pretendía ser de utilidad durante su breve estancia en Pershing, debía abordar el tema. No podía hablar eternamente con eufemismos y acertijos; no les llevaría a ninguna parte.

—No, por supuesto que no. No pretendía… —se le quebró la voz—. Perdóneme. Es solo que no le he vuelto a ver desde mi llegada y pensaba que…

Sebastián frunció todavía más el ceño.

—Es la invitada de mi hermana, no la mía.

—Sí, ya lo sé. Pero me gustaría que al menos cenara con nosotras alguna vez.

—¿Con qué propósito?

La joven dejó escapar un suave suspiro de exasperación.

—Bueno, tiene que cenar igual. Y así… puede ver a más gente.

—Como a usted.

Sylvia sintió que se sonrojaba mucho más, pero no apartó los ojos de los de él.

—Como a mí.

—Entiendo. —La miró durante unos instantes como si fuera un enigma desesperante que no conseguía resolver—. Mi hermana debe de ser una anfitriona terrible si ya anhela mi compañía en tan solo tres días.

Sylvia se puso rígida por la elección de palabras.

—No diría que «anhelo su compañía», milord.

Su disgusto solo parecía divertirlo. Esbozó una leve sonrisa irónica.

—Dígame, ¿qué le ha parecido Pershing Hall hasta ahora?

—Es estupendo, gracias —le contestó con toda la dignidad que fue capaz de reunir.

—Confío en que mi hermana la ha hecho sentir cómoda.

—Así es, mucho.

—¿Y es todo de su agrado?

No podía pasarse por alto la inseguridad que tiñó la pregunta. Los ojos azules de Sylvia se llenaron de confusión por un instante. ¿De verdad le importaba lo que pensara ella de su hogar ancestral? En el pasado lo habría creído, pero ya no era aquella joven ingenua. Los sentimientos hacía mucho que habían desaparecido y dejado paso al sentido común.

Y el sentido común le decía que Sebastián no buscaba más que algún tipo de validación. Algo que lo convenciera de que era posible alcanzar la felicidad en Pershing Hall sin necesidad de recurrir a medidas desesperadas.

—¿Cómo podría no estarlo? Es todo precioso. Si fuera mi casa, jamás desearía marcharme.

Sebastián pareció sobresaltarse durante unos segundos. Y luego endureció la expresión.

—Se ha hecho tarde —dijo con dureza—. Ya la he importunado lo suficiente.

—Oh, pero no...

Antes de que pudiera terminar de hablar, el conde ya había desaparecido en la oscuridad del pasillo sin una reverencia y sin excusarse. Sylvia se quedó mirando hacia el lugar por el que se había marchado, totalmente desconcertada. ¿Qué había dicho para ofenderlo tanto?

Capítulo 6

Sebastián no se sentía orgulloso de espiar a la señorita Stafford. Era una debilidad y él detestaba todo lo que lo hacía sentirse frágil. Sin embargo, no podía resistir el impulso de observarla; sobre todo cuando ella no podía verlo. Así que, cada mañana, antes de acomodarse en el escritorio de su salón privado, se detenía ante la ventana que daba al sendero por el que había visto a Sylvia pasear a caballo, y se inclinaba sobre el marco de la ventana, medio oculto por las gruesas cortinas, para contemplarla.

Ojalá pudiera haberlo dejado ahí.

En vez de eso, se había comportado como un grandísimo estúpido cuando salió de sus aposentos dos noches antes y se la encontró en las escaleras. Se escondió entre las sombras, con la única intención de admirarla, pero Sylvia se detuvo en el centro del vestíbulo, visiblemente disgustada. Y fue hacia ella, como el maldito idiota que era, y confirmó todas sus sospechas.

«Si fuera mi casa, jamás desearía marcharme».

Lo habría tomado como un simple cumplido si lo hubiera dicho cualquier otra persona, pero viniendo de ella, el significado cambiaba por completo. Para él era una clara insinuación de que deseaba vivir en Pershing Hall. De que quería que la convirtiese en la siguiente condesa de Radcliffe.

¿Creía que iba a olvidar con tanta facilidad la crueldad con la que lo había descartado cuando no era más que el segundo hijo de un conde? ¿Que sucumbiría tan fácilmente a sus artimañas? ¿Que no le quedaba ni una pizca de dignidad?

Era probable que tuviese razón, pensó Sebastián con amargura. Porque si conservara algo de orgullo, no estaría mirando por la ventana en ese justo instante, esperando a que apareciera en su paseo matinal.

Era una estupidez, todas las mañanas eran iguales. Siempre vestía el mismo traje de montar azul, que tenía un efecto magnífico que resaltaba su figura. Siempre

lucía un gesto serio y solemne, como si supiera que él la observaba y le negara a propósito el placer de verla sonreír.

Sus ojos volaron hacia el mechón que sostenía en la mano. La cinta se había desteñido y los extremos estaban deshilachados, pero la sedosidad del cabello seguía intacta. Lo acarició con el pulgar, melancólico, y retomó la siniestra labor de vigilancia.

A la misma hora de siempre, la yegua gris de su hermana apareció en la distancia. Tras ella iba *Ares,* y bajo el sol de la mañana su pelaje cobrizo parecía de un color rojo brillante.

Pero eso no era todo: las acompañaba otro caballo.

Sebastián se puso rígido. No había vivido demasiado tiempo en Pershing Hall durante los últimos quince años, pero no era necesario ser un residente permanente de Hertfordshire para reconocer a Thomas Rotherham. Era hijo del vizconde Rotherham, el segundo terrateniente más importante de la región. Y se le consideraba un auténtico adonis por aquella zona. Era alto, moreno y de cabello dorado. Las mujeres de Aspley Heath habían suspirado por él desde que a Sebastián le alcanzaba la memoria.

¿Cómo diablos sabía que Julia y la señorita Stafford pasearían a caballo aquella mañana?

Apretó el puño cuando los tres entraron en su campo de visión. Sylvia atrajo su mirada como un imán: iba vestida exactamente igual que las otras veces, y la expresión de su precioso rostro era tan seria y solemne como siempre. Cuando la miró, ella volvió la cabeza para dirigirse a Rotherham. El velo de tul del sombrerito revoleteó alrededor de sus enormes ojos azules. Y entonces sonrío.

El corazón de Sebastián dejó de latir.

Era justo la sonrisa que utilizaba con otros hombres en Londres. Y le había provocado celos en el pasado; aunque fuera consciente de su carácter bondadoso y cortés, de que se reía con facilidad y de que siempre tenía una palabra amable para cada persona. Era la razón por la que muchos caballeros se habían enamorado de ella. Poseía un encanto especial que conseguía que hasta los tipos más reservados se expresaran con ella y que hacía sentir a gusto incluso a los caballeros más inquietos. En pocas palabras, su compañía era agradable. «Tiene un gran corazón», oyó tartamudear a un agradecido joven lord después de que la señorita Stafford compartiera un baile con él.

Nunca sospechó que era ella quién incitaba a aquellos hombres. No se le había pasado por la cabeza, ni por un segundo, que le gustara coquetear.

Pero ya no se iba a dejar engañar.

* * *

Aquella misma mañana, más tarde, Sylvia se paseaba a lo largo de la gigantesca galería de arte. Situada en la parte de atrás de la hacienda, era un espacio muy iluminado gracias a los diez enormes ventanales que ocupaban toda la pared opuesta. El sol del mediodía se filtraba y bañaba la colección de retratos que parecían remontarse en el tiempo hasta la época de la dinastía Tudor. A pesar de la brumosa luz solar, era una estancia helada, y en los sombríos espacios entre los ventanales aún se notaba más el frío. Mientras avanzaba de una obra a la siguiente, se ajustó el chal de cachemira sobre los hombros con firmeza.

No había un orden aparente entre los retratos. Al menos, no cronológico. Vio un Van Dyck del siglo XVII junto a un retrato de una dama angelical de cabellos rubios que diría que pertenecía a la obra de Thomas Gainsborough. Al lado, colgaba un retrato relativamente moderno de un hermoso caballero joven que, estudiado de cerca, solo podía ser el hermano mayor de Sebastián.

Igual que él, el hombre era alto, esbelto y de hombros anchos, con las facciones fuertemente esculpidas y con el cabello tan negro como un cuervo. Pero el parecido entre los dos acababa ahí. Sebastián era serio y amenazante, mientras que el retrato que tenía ante ella mostraba a un caballero jovial y desenfadado. Alguien que sabía a la perfección que era el heredero de un título y de una gran fortuna y no tenía que preocuparse por nada más en el mundo.

—Es mi hermano Edmund.

Sylvia soltó un gritito ahogado, atemorizada, y al darse la vuelta vio a Sebastián de pie al otro lado de la galería, entre las sombras.

—¡Lord Radcliffe! —Sylvia se llevó una mano al corazón, que le palpitaba con fuerza—. Me ha asustado.

—La galería de arte es un lugar aterrador. ¿Nadie se lo ha dicho? Se rumorea que generaciones de fantasmas Conrad deambulan por aquí. —Caminó hasta ella, y se detuvo tan cerca que Sylvia podía apreciar la rigidez de sus hombros y la línea dura e inflexible de su mandíbula.

—¿Dónde está mi hermana?

Por instinto, la joven dio un paso hacia atrás para alejarse de él.

—Lady Harker está en la habitación, descansando.

—Entonces merodea por mi casa, a solas.

—Solo por la galería de arte, no sabía que no lo tenía permitido.

Se aproximó aún más a ella, y se detuvo a su lado para contemplar el cuadro que estaba observando.

—Mi hermano no tenía más que treinta y tres años cuando le hicieron ese retrato.

Ella se centró de nuevo en la pintura, tratando de ignorar la creciente sensación de incomodidad que provocaba que se le acelerase el pulso. Sebastián estaba enfadado; muy enfadado. El aire a su alrededor crepitaba. Fingió que no lo percibía.

—Veo el parecido con usted —dijo—. Pero lady Harker no se parece a ninguno de los dos.

—Julia heredó los rasgos de mi madre. Mire. —Señaló en dirección al retrato que Sylvia había confundido con un Gainsborough.

La joven dio un paso hacia él para examinarlo con más detalle. La madre de Sebastián fue sin duda una persona bondadosa. Sonreía con serenidad y un pequeño *spaniel* marrón y negro descansaba en su regazo.

—Era muy hermosa —susurró Sylvia. Paseó la mirada por las líneas y los ángulos del rostro de la difunta lady Radcliffe—. Tiene razón, su hermana se parece a ella. —Le lanzó una rápida mirada a Sebastián—. Y usted también.

El conde soltó una risotada burlona.

Sylvia alzó una ceja.

—Hablo muy en serio. —Le señaló la expresión de determinación que lucía lady Radcliffe—. Fíjese bien.

—Tiene una imaginación desbordante.

—No tengo imaginación alguna —confesó con sinceridad—. Soy una persona muy racional. Es mi punto débil.

—¿Se considera racional? —Se volvió para mirarla, con los labios apretados en una fina y furiosa línea—. A juzgar por su comportamiento, juraría que es más bien lo contrario.

Se quedó mirándolo, atónita.

—¿Disculpe?

—No me malinterprete. Si quiere flirtear con caballeros en Cheapside, no es asunto mío. Sin embargo, ahora es una invitada en mi casa y está bajo mi protección. Y no pienso permitir que un vecino de mi hacienda juegue con la reputación de una dama, aunque sea una mera institutriz.

A Sylvia se le revolvió el estómago. Durante unos segundos, no pudo hacer nada más que mirarlo fijamente; le ofendían tantas cosas en lo que acababa de decir que

no sabía ni por dónde empezar.

—¿Su vecino? —Se oyó repetir débilmente.

—Thomas Rotherham.

Sylvia apretó la suave tela del chal para evitar que le temblaran las manos.

—¿De qué me acusa exactamente?

—No la acuso de nada. Es solo una advertencia. Si sonríe y coquetea con Rotherham sepa que no obtendrá una petición de matrimonio por su parte.

A Sylvia le ardieron las mejillas.

—Me está ofendiendo.

—Le hablo con claridad, por cortesía. Rotherham debe saber que usted es institutriz. Si espera que se comporte como un caballero, se equivoca por completo.

—No espero nada del señor Rotherham. ¿Por qué debería hacerlo? Ni siquiera lo conozco. Nos han presentado, pero ha sido breve y dudo que volvamos a vernos.

—Encontrará alguna razón para regresar. —Predijo Sebastián, con el semblante lúgubre.

—Lo dudo mucho. Y si lo hace, no será por mí. Es amigo de lady Harker, no mío. Además, no hemos intercambiado más de cinco palabras.

—No es eso lo que me preocupa.

—¿Y qué es, entonces? —exigió saber Sylvia—. ¿A qué viene todo esto? No he hecho nada inapropiado.

—No trate de negarlo. La he visto con él esta mañana mientras paseaban a caballo a las afueras del parque. —Hizo una pausa—. Vi cómo le sonreía.

Si no le resultara tan indignante, estallaría en carcajadas.

—¿Ese es el gran crimen que he cometido? ¿Sonreírle a un caballero?

—Intentar seducirlo, más bien.

—No sea ridículo.

—No tiene la menor idea del efecto que causa al sonreír —puntualizó Sebastián —. O es probable que sí lo sepa. Y lo utilice a su favor como hace con el resto de sus encantos.

Sylvia se quedó sin palabras. Así que eso era lo que pensaba de ella. La tomaba por una seductora, por una de esas mujeres manipuladoras que engañaban a hombres inocentes y los obligaban a casarse. Era denigrante y absurdo. Santo cielo, ¿era eso lo que creía que había hecho con él en Londres?

Se le heló la sangre al comprenderlo.

Tomó una bocanada de aire para tranquilizarse, esforzándose al máximo por mantener la calma y no ceder ante la vergüenza paralizante que le suponía enfrentarse a su comportamiento del pasado.

—Me está juzgando mal, milord —dijo, incapaz de disimular el temblor de su voz—. Puede que tenga motivos, pero solo porque fui una insensata en el pasado no significa que vaya a serlo de nuevo. De hecho, no ha vuelto a suceder.

El rostro de Sebastián se ensombreció. Dio un paso hacia ella.

—Una insensata —repitió el conde—. ¿Es así como lo llama?

—No. Fui una estúpida. Una inmadura. No intento justificarlo, forma parte del pasado y no puedo hacer que desaparezca por mucho que lo desee.

—No me refiero a eso. Hablo de lo que ha sucedido hoy, de cómo se ha comportado con Rotherham. El pasado no tiene nada que ver.

—Si usted lo dice... Y, sin embargo, se ha formado una idea integra de mí a raíz de nuestra antigua relación.

—¿Cuándo coincidimos durante un tiempo muy breve en Londres? —Esbozó una sonrisa amarga que se transformó en una mueca de desprecio—. Me impresiona que lo recuerde. Son cosas del pasado.

Sylvia comprendió que quería herirla. Que lo que pretendía con casi cada una de las palabras pronunciadas desde que entró en la galería era hacerle daño.

—No me creo que lo haya olvidado —dijo.

—Es libre de pensar lo que quiera.

—Como mínimo, debe recordar que una vez fuimos amigos. Que...

—Lo único que recuerdo de «nuestra antigua relación» —la interrumpió con frialdad—, es que tuve la fortuna de escapar.

Aquellas palabras le atravesaron el corazón con la precisión de un cirujano.

—Sí, supongo que tuvo suerte.

Se alejó de él. De pronto, no había nada en el mundo que deseara más que regresar a Londres, a la habitación del ático de la humilde casa de los Dinwiddy, donde se sentía segura y protegida. Al menos allí sabía a lo que atenerse. Pero huir no solucionaría nada, y mucho menos con tantas cosas pendientes entre ellos. Por otra parte, ¿cómo volvería? Era lady Harker quien debía pedir el carruaje. Eso o tendría que hallar el modo de llegar hasta la estación de Apsley Heath. Una vez allí podría comprar un pasaje para el próximo tren dirección a Londres.

No era imposible. De hecho, si empezaba a planificarlo de inmediato podría irse a la mañana siguiente.

Mientras tanto, tendría que contentarse con poner algo de distancia entre los

ellos.

—Señorita Stafford —dijo Sebastián.

La imaginación le jugó una mala pasada, pues percibió una nota de arrepentimiento en su profunda voz. No era más que su traicionero corazón que solo oía lo que deseaba. Dios sabía que no era la primera vez que Sebastián la embaucaba.

Lo ignoró y cruzó la galería hacia uno de los gigantescos y amplios ventanales que llegaban hasta el suelo. Estaba enmarcado por unas cortinas muy pesadas, que permanecían abiertas y dejaban a la vista el austero jardín de la parte norte de la hacienda. Aunque el día era gélido, el sol brillaba con intensidad. Se adentró en los rayos de sol y su mirada se perdió a lo lejos, más allá del parque.

Quizá Sebastián ya se hubiera ido; una parte de ella deseaba que fuera así. Sin embargo, seguía allí. Caminó hacia ella y se colocó a su lado. Su enorme figura proyectaba una oscura sombra en la esquina iluminada por el sol.

Sylvia se abrazó a sí misma; tenía frío y se sentía completamente desprotegida bajo el recatado vestido de seda negra. ¿Por qué no se iba? ¿Por qué no la dejaba en paz? En aquel momento lo odiaba. Odiaba que permaneciera junto a ella y la obligara a estar junto a él cuando sabía que se sentía vulnerable.

Al mismo tiempo, había algo insoportablemente íntimo en el hecho de que los dos estuvieran allí, tan cerca el uno del otro. No era más que una ilusión, lo sabía, pero sintió la necesidad de hablar.

—Siempre me he preguntado en qué momento se torció todo entre nosotros —habló con tranquilidad—. Puede que solo estuviera divirtiéndose a mi costa. O puede que... puede que fuera por algo de lo que escribí en mis cartas.

—¿Cómo dice?

—Siempre he sospechado que es lo segundo —admitió— pero me negaba a creerlo. Y ahora parece que le debo una disculpa, milord. Cuando le escribí de aquella forma, tenía la impresión de que usted y yo... que nosotros... sentíamos cierto afecto el uno por el otro. —Tragó saliva, obligándose a mirarlo. Sebastián tenía los ojos fijos en ella, con el rostro pálido y sin moverse. Las cicatrices se apreciaban con claridad—. Lamento si mi actitud le resultó ofensiva o escandalosa. Espero que las haya destruido. Si no es así, le agradecería que me las devolviera.

Sylvia jamás había pronunciado unas palabras tan humillantes. Se imaginaba lo sonrojada que debía estar. Le dio la espalda y fijó la vista en unos árboles lejanos. Al rato, lo oyó carraspear.

—¿Qué había en esas cartas para que me escandalizara tanto, según usted? —le preguntó.

La mujer soltó una risotada atragantada y desprovista de humor.

—Oh, ¿por dónde empiezo?

—La escucho.

—A ver... ¿Puede que fuera porque las rocié con mi perfume? ¿O porque siempre me despedía mandándole mil besos?

Sebastián permaneció en silencio durante una eternidad.

Una eternidad durante la que Sylvia deseó no haber ido a Pershing Hall. Apoyó la frente en el marco de la ventana, cerrando los ojos, muerta de la vergüenza.

—No fue por ninguna de las dos —dijo Sebastián con voz áspera.

—Oh, comprendo. —Fue incapaz de decir nada más. Porque ahora ya sabía a ciencia cierta porqué sentía aversión hacia ella. En el fondo siempre lo había sospechado. ¡Fue la maldita primera carta! Con razón la consideraba una seductora sin escrúpulos con ansias de casarse. Se obligó a mirarlo de nuevo—. Jamás debí escribir aquello.

Sebastián no dijo nada. Se limitó a mirarla, con el rostro pálido y tan inmóvil como antes.

—Hace tres años de eso —exclamó—. Era muy ingenua. Muy estúpida. Y pensé que... Bueno, ya no importa. Escribirle fue una idiotez; lo mejor sería olvidarlo. Me avergüenza muchísimo pensar en ello. —Exhaló de forma entrecortada.

Ya está. Se había acabado. Siempre había querido averiguar el motivo por el que terminó el romance entre los dos y ahora lo sabía.

Ya podía dejarlo marchar.

—Voy a quedarme sentada un rato —dijo, mientras se hundía en el alféizar de la ventana—. ¿Podría dejarme a solas para aclarar mis ideas?

Sin embargo, no lo hizo. En vez de irse, se sentó a su lado, aparentemente ajeno al hecho de que se estaba exponiendo a la potente luz del sol del mediodía, revelando las horribles cicatrices.

—¿Todavía conserva las cartas? —le preguntó.

—No.

Pensó en las laboriosas horas que había pasado escribiéndolas. Toda la esperanza y cariño que había puesto en cada línea.

—Bueno... —De repente le entraron ganas de llorar—. Supongo que no merecía la pena guardarlas.

Sebastián no respondió.

Empezaba a sentir que conversaba con ella misma. ¿Para qué se había sentado a su lado si no le iba a dirigir la palabra? ¿Iba a limitarse a mirarla fijamente hasta que le brotaran lágrimas de los ojos?

¿O era posible que ya hubiera hablado demasiado? ¿Hablar le suponía un esfuerzo? La cicatriz que le había dejado el corte con el sable le había dañado la mitad del rostro y le llegaba hasta la parte que asomaba por encima de la corbata negra. Hasta ese momento, no había visto lo espantosa que era, ni había apreciado su gravedad. ¿También le había dañado la garganta? ¿Por eso su voz sonaba siempre tan áspera y afónica?

—¿Por qué no tuvo más cuidado? —le preguntó.

Sebastián se sonrojó de un modo casi imperceptible.

—Fue una de las últimas cosas que le dije, ¿recuerda? «Prométame que tendrá cuidado» —repitió las palabras que escribió tanto tiempo atrás—. Pues claro que no lo recuerda, para usted son cosas del pasado. Algo irrelevante y que olvidó hace mucho tiempo. Pero ojalá... Oh, ojalá se hubiese mantenido a salvo.

—Todo el mundo que me mira desearía lo mismo —dijo—. Sé que mi rostro resulta muy desagradable.

—No me refiero a eso. Quiero decir que... Ojalá nadie le hubiera hecho daño. No importa lo que pasara entre nosotros... La simple imagen de vislumbrarlo sufriendo me resulta insoportable.

Sebastián guardó silencio una vez más, pero Sylvia vio que un músculo palpitaba en su mandíbula. Aquel tema lo incomodaba. Quizá no debería haberlo mencionado. O debería haber fingido que su aspecto era el mismo de siempre. Que nada había cambiado.

—Y sus cicatrices no me resultan desagradables —le dijo antes de poder detenerse a sí misma—, siendo sincera, la primera vez que le vi así, en la puerta de sus aposentos, me preocupó más su estado de semi desnudez que cualquier otra cosa. —Se dio la vuelta y se asomó a la ventana, sintiendo el peso de su mirada sobre ella—. ¿Lo del mechón es cierto? ¿Aún lo guarda?

Sebastián no contestó.

Sylvia vio a un sirviente en la lejanía, cruzando el jardín. Debía ser el jardinero, pensó distraída. Pershing Hall era una hacienda enorme; tendría cientos de sirvientes.

—Su hermana lo malinterpretó todo. Julia pensó que conservaba el mechón porque yo le importo. Intenté explicarle que muchos soldados tienen amuletos de ese tipo, pero ella se negó a creerlo. «Si el mechón le proporciona consuelo,

imagínate lo que haría en persona». Eso me dijo. —Le lanzó otra mirada fugaz—. Se preocupa muchísimo por usted.

—Es un maldito incordio.

Sylvia esbozó una inesperada media sonrisa.

—Estaba dispuesta a contratar a un detective privado para buscarme.

—Por todos los dioses.

—Por suerte, hay mucha gente que todavía se acuerda de mi desdichado destino tras el escándalo. Lady Harker pudo localizarme en Cheapside. ¡Qué desgracia!

—Donde es la institutriz de dos niñas pequeñas.

—Clara y Cora. Las niñas más adorables que conocerá. —Se le ensanchó la sonrisa, y aparecieron sus dos hoyuelos, que rara vez mostraba. Sebastián bajó los ojos hasta sus labios, con expresión de asombro—. Les he enseñado a actuar. —continuó—. Clara, la mayor, sabe tocar una balada al piano y Cora, su hermana pequeña, la acompaña cantando. No lo hacen a la perfección, lo admito, pero es entrañable. Han progresado mucho y estoy orgullosa de ellas.

—Nunca mostró interés por los niños —recalcó Sebastián, cortante.

La sonrisa de Sylvia se desvaneció. Hubo un tiempo en el que deseó tener hijos. Con él.

—Y eso es apropiado para mi nueva vida —dijo.

—¿Su padre no le dejó nada para el futuro?

—No, nada. Después de su muerte me enteré de que estaba ahogado en deudas: debía dinero a amigos e incluso a prestamistas. Lo apostó todo en aquella última partida. Creo que me habría apostado a mí también si se le hubiese ocurrido a tiempo.

—¿Y sus parientes?

—Les escribí cuando pasó todo. Solo me respondió la hermana de padre, una mujer a la que no conozco. Tiene doce hijos, por increíble que parezca. Siete de ellos aún muy pequeños. Me invitó a su casa en Northumberland. Creo que quería una sirvienta a la que no tuviera que pagarle. Una esclava. En aquel momento decidí que, si tenía que trabajar, recibiría una paga por ello.

—Así que ahora enseña a las hijas de un comerciante a tocar y a cantar. —Sebastián apretó el puño al lado de la cadera—. ¿Y ha vuelto a cantar?

—Les canto nanas a las niñas cuando no pueden dormir.

—No hablo de eso.

—Sé lo quiere decir. —Sylvia volvió a mirar por la ventana—. La respuesta es no, milord. Ya no canto. No de la misma forma en que lo hacía antes de que

muriera padre. No se celebran veladas musicales en la casa de los Dinwiddy y ya no tengo a Penélope Mainwaring para acompañarme al piano. A excepción de las nanas, no canto nada. Ni cuando estoy a solas.

—Aquí hay una sala de música.

—¿De veras?

—Si Julia la acompaña, quizá pueda cantar como solía hacer.

Sylvia clavó de nuevo la vista en él, dolorosamente consciente de que la mirada de Sebastián no había flaqueado ni una sola vez. Sin embargo, se percató de que la expresión arrogante y burlona que había mantenido durante la conversación se había esfumado. Se preguntó a dónde había ido y cuando regresaría.

—¿Esta noche?

—Cualquier noche.

Arrugó el ceño con preocupación.

—¿Significa eso que le parece bien que me quede? Después de lo que me dijo, supuse que...

—Perdí los estribos —admitió Sebastián—.Y no es la primera vez que me sucede.

No era una disculpa, pero Sylvia sospechaba que era lo más cercano a una que obtendría de él. Pese a eso, no le bastaba.

—Sus palabras me hirieron.

Sebastián no pudo disimular la mueca de dolor.

—Señorita Stafford, yo...

—¿Creía que soy inmune al dolor? —preguntó—. ¿Que por ser una sirvienta no siento un pinchazo justo «aquí» —se puso la mano sobre el corazón— cada vez que me habla como si me odiara?

La expresión de Sebastián se oscureció con agonía. Las palabras de ella pesaron en el silencio que se instaló entre los dos.

—No la odio —dijo Sebastián al fin—. Jamás la he odiado.

A Sylvia le tembló el labio inferior. Le dio la espalda, parpadeando para alejar el torrente de lágrimas.

—¿De verdad? —dijo con la voz entrecortada.

—Sí —repitió. Y luego con más firmeza—: Sí. —Se inclinó más hacia ella, aplastando sus pesadas faldas bajo sus piernas. La joven sintió su cálido aliento contra el pelo—. He hablado con mucha crueldad, no ha estado bien.

—No me lo merecía.

—No, no lo merecía. Jamás debí dirigirme a usted como lo hice. Y si me

perdona...

Una pequeña chispa de esperanza se encendió en el pecho de Sylvia.

—¿Me está pidiendo disculpas?

—Así es. —Endureció el tono de voz—. No quiero que se vaya.

Aquellas palabras provocaron un rubor en las mejillas de Sylvia. Cerró los ojos por unos instantes. Y después se volvió para encararlo.

—Creí que había cometido un error al venir —confesó—. Pero existe una manera de dejar nuestro desafortunado pasado atrás y empezar de nuevo. Como amigos. Ya lo fuimos una vez, ¿recuerda? Antes de aquella estúpida carta.

Sebastián le dirigió otra larga y penetrante mirada.

—Sí que lo éramos, señorita Stafford —admitió—. Y espero de todo corazón que volvamos a serlo.

Capítulo 7

Un rato después, Julia se encontró a Sylvia y Sebastián en la galería de arte. Estaba de muy buen humor, como resultado de un «descanso reparador» según ella, pero Sebastián sabía que en realidad era por haberlo descubierto a solas con la señorita Stafford. Su hermana nunca se ponía tan contenta como cuando pensaba que sus planes estaban dando sus frutos.

Julia intentó convencerlo de que se uniera a ellas para tomar el té. Apenas le prestó atención; su mente era un caos. Se excusó, y se despidió con tanta amabilidad que su hermana se quedó atónita. Pocos minutos después, se encontraba a salvo en su salón privado, acomodado frente a la chimenea con una copa enorme de brandi entre las manos. Observó las llamas, absorto.

La señorita Stafford le había enviado cartas.

Cartas perfumadas y selladas con mil besos.

¿Podía ser cierto? Una mujer astuta se inventaría aquel cuento para convencerlo de que se había preocupado por él durante todo ese tiempo. Una historia muy oportuna ahora que él era el conde de Radcliffe.

Pero la señorita Stafford no había mentido; lo supo con claridad. Estaba profundamente avergonzada. Diablos, estaba dolida. Pero no era una mentirosa. Al parecer, nunca lo había sido.

Darse cuenta de ello era abrumador.

Sin embargo, seguía sin explicar todo el resto.

¿Qué diablos escribió en aquella carta? Aquellas misteriosas palabras eran, según ella, las causantes de que él pusiera fin al romance. ¿Qué demonios podía ser?

No había recibido correspondencia de Sylvia Stafford. Ni una sola carta.

Había tardado un año en aceptar que no iba a recibir noticias de ella; que Sylvia jamás había tenido intención de escribirle. Le costó asumir que lo más probable es

que lo que hubo entre los dos no hubiera existido más que en su imaginación febril y romántica. Y aun con todo, se había agarrado con uñas y dientes al condenado mechón de pelo, el único símbolo de calidez y esperanza que tuvo en medio del mísero infierno que fue la guerra.

Sin embargo, sí que le había escrito.

Ahora estaba allí, y creía que era él quien la había abandonado a ella. «Me dijo que me equivocaba. Que ella no te importaba lo más mínimo». Eso le dijo Julia.

¡Por todos los diablos!

Tomó un largo trago de brandi, y en su mente apareció la expresión del rostro de Sylvia cuando lo encaró y le pidió que le devolviera las cartas. Ajena por completo al efecto devastador que sus palabras provocaban en él, se centró en pedirle disculpas por haberle escrito.

Le había pedido disculpas. A él.

Sebastián no sabía si reír o echarse a llorar. Optó por mascullar un juramento larguísimo y particularmente elocuente.

Milsom silbó en señal de apreciación al entrar en el salón.

—¿A qué se debe su enfado?

—A nada. —Sebastián se terminó la copa y empezó a servirse otra.

—¿A nada, milord? —Milsom dejó escapar un resoplido de incredulidad—. Creo que la última vez que le oí blasfemar así fue mientras aquel médico borracho le cosía la herida del rostro a las afueras de Jhansi.

Sebastián dejó caer la cabeza contra el respaldo del sillón con un gruñido.

—Ahora no.

El ayuda de cámara no se desalentó.

—Esta mañana salió de aquí de buen humor —dijo—. El lacayo dice que buscaba a la señorita Stafford.

—Ese hombre puede irse directo al infierno, y tú con él. No os incumbe a ninguno.

—Ah —dijo con intención—. Una pelea de enamorados, ¿es eso?

Sebastián no lo negó. Bebió otro trago.

—Si de verdad deseas saberlo, Sylvia afirma haberme enviado cartas.

Milsom se detuvo en seco.

—Así que después de todo sí que le escribió.

Sebastián se quedó mirando pensativo la copa medio vacía.

—Eso parece.

Una amplia sonrisa apareció en el rostro afilado del ayuda de cámara.

—Se lo dije. Las cartas se extraviarían y como no estábamos en un sitio fijo…

—No se extraviaron por el servicio postal.

—¿Cómo dice? Entonces por qué no… —Un leve golpeteo en la puerta interrumpió las palabras de Milsom.

Esta vez Sebastián maldijo en voz bien alta.

—Debe de ser mi hermana.

En efecto, cuando Milsom atendió la llamada de la puerta, fue la cabeza de Julia la que se asomó dentro.

—¿Podría entrar un momentito? —preguntó.

Sebastián dudaba de que hubiera forma alguna de detenerla. Con un autoritario gesto de la mano, señaló el sillón frente al suyo.

El rostro de Julia se iluminó con intensidad. Entró corriendo en la estancia y se instaló en el borde del sillón que Sebastián le había indicado.

—¿Y bien? —exigió saber.

Milsom se retiró al dormitorio con discreción, cerrando las puertas tras él.

Sebastián presionó el pañuelo en el lado desfigurado del rostro mientras levantaba la copa para darle un nuevo sorbo a la bebida.

—Pensaba que estabais tomando el té.

—¡Hace una hora de eso! —Dirigió una mirada de desaprobación hacia la botella de brandi medio vacía que estaba en la mesa de al lado de su hermano—. No me extraña que hayas perdido la noción del tiempo, no deberías beber tanto. Padre nunca lo hizo.

—Nuestro padre bebía lo que necesitaba para poder sobrevivir al día. —Tomó un nuevo trago de brandi—. Igual que hago yo.

—Bueno, el día a día de padre no era tan estresante como el tuyo.

—Así es.

—Pero sigue sin gustarme que bebas. Y menos aún teniendo en cuenta los progresos con la señorita Stafford. Podrías arruinar tu oportunidad con ella si estás ebrio.

Con solo dos copas no estaba ebrio en absoluto, pero Sebastián no se lo discutió.

—¿Dónde está la señorita Stafford?

—Me está esperando abajo en el salón. Se supone que he ido a por la pintura y los lienzos. Vamos a bajar paseando hasta el puente. ¿Vienes con nosotras?

—No.

—¿Ni siquiera para ver a la señorita Stafford? Prometo que os daré vuestro

espacio. Ni notareis mi presencia.

Sebastián frunció el ceño con la mirada perdida en el fuego. Lo cierto es que nada le gustaría más que verla. Por desgracia, si saliera en un día tan soleado, ella también lo vería a él. Ya era lo suficientemente malo que se hubiera expuesto bajo la luz del ventanal de la galería de arte. Solo Dios podía saber lo que pensaría de él ahora que había visto bien su rostro.

—En otra ocasión, tal vez —respondió distraído.

Esperó a que su hermana se marchara, pero Julia no se movió; permaneció mirándolo con la misma expresión esperanzada.

—¿De verdad te has sentado a su lado en la galería de arte?

—Tú misma lo has visto.

—¿Y has sido amable con ella todo el tiempo?

Respiró entrecortadamente. Maldición, no había sido amable con ella. Se había comportado como un bruto, como una bestia. Pensaba tener motivos para hacerlo, pero ahora, tras lo que le había dicho Sylvia, ya no estaba seguro de nada. Vació hasta la última gota de la copa y la dejó en la mesa.

—¿Qué hacía Thomas Rotherham aquí esta mañana? —preguntó con brusquedad.

La sonrisa de Julia se apagó.

—Nada, ¿por qué? Solo nos acompañaba en nuestro paseo.

—¿Y cómo se ha enterado de qué ibais a montar a caballo?

Durante unos pequeñísimos segundos pareció que Julia preparaba una mentira elaborada. Pero después bajó los hombros.

—Envié una nota a Moreton Grange —confesó—. Y lo invité a acompañarnos.

Sebastián se pasó una mano por el rostro. Empezaba a palpitarle la cabeza.

—¿Puedo preguntar el motivo?

—Creí que... si lo veías con ella... —El arrepentimiento se reflejaba en sus ojos —. Que eso te pondría celoso.

Las llamas crepitaron en la chimenea.

—Y ha funcionado, ¿no es así? Habéis reconectado. —A Julia se le quebró la voz por la incertidumbre—, y os habéis reconciliado, ¿cierto? La señorita Stafford no me ha contado nada, pero, si no ¿por qué estabais sentados tan cerca el uno del otro en la galería? ¡Y sin carabina!

Sebastián se quedó mirándola de forma implacable.

—Estoy a un paso de escribirle a Harker y contarle todo lo que has estado haciendo.

Julia se encogió de hombros con indiferencia.

—Puedes hacerlo, a Harker no le importan mis asuntos de casamentera. Y menos aún si lo hago para ayudar a mi propio hermano.

—Ah, ¿no?

Sebastián bajó su profunda voz hasta convertirla en un rugido amenazador.

—Si fueras mi esposa, te golpearía hasta que me suplicaras por tu vida.

A Julia se le desencajó la mandíbula y su expresión se transformó en una mueca de consternación casi cómica.

—¡Jamás serías capaz de golpear a tu propia esposa!

—¡Y además te encerraría en tus aposentos! —añadió Sebastián para reforzar la idea.

—No te creo —dijo—. No serías capaz de hacerle daño a una mujer.

Sebastián rememoró la mirada de desolación en los ojos de la señorita Stafford cuando le dijo que tuvo la fortuna de escapar de ella.

—¿Eso crees?

—Sí —dijo Julia—. Y no entiendo por qué estás tan furioso conmigo; todo lo que he hecho ha sido en tu propio beneficio. La semana pasada Sylvia quería regresar a Cheapside. Y lo habría hecho, si no te hubiera engañado para obligarte a salir de tus aposentos.

—Supongo que ha decidido quedarse.

—No me ha dicho nada —admitió Julia—. Pero tengo fe en que así sea. Quizá si le dijeras que quieres que lo haga…

Sebastián enterró los dedos en los pliegues de la corbata y comenzó a aflojarla.

—Ya lo he hecho.

—¿De verdad? —Julia entrelazó las manos a la altura del pecho—. Oh, Sebastián. Estaba tan segura de que deseabas verla… y estaba convencida de que tenía que convencerla de venir, costara lo que costase. Aunque me viera obligada a decirle alguna que otra mentira piadosa.

Sebastián se quedó paralizado, en estado de alerta.

—¿De qué hablas?

—Bueno, ya sabes…

Sebastián apartó la mano de la corbata.

—No, no lo sé. Por favor, ilumíname.

Julia fingió estar ocupadísima alisando una arruga invisible en la falda de su vestido rosa de flores de muselina.

—Nada relevante. Algo de lo más común.

—¿Qué mentiras, Julia? —insistió Sebastián.

—Bueno... —dudó—. Le dije que me encontraba en un estado delicado.

Sebastián la miró con desaprobación.

—¿Por qué diablos le dijiste eso?

—Porque si de verdad estuviera en estado de buena esperanza, Harker me cuidaría como hacen las gallinas con sus polluelos. —Levantó la mirada hacia el rostro de Sebastián, y le dedicó una mirada vergonzosa—. Le dije que mi marido estaba preocupado por cómo podría alterarme la situación de Pershing, que eso podría afectar al bebé.

—«La situación»— repitió Sebastián.

—Lo entendió a la primera. Y accedió a acompañarme a Hertfordshire.

—¿De qué «situación» hablamos?

Julia negó con la cabeza.

—Mejor no te lo digo, no te va a gustar.

—¿Qué le dijiste? —rugió Sebastián.

—¡No tienes que gritarme! Sé que no debería haberlo hecho, pero era la única forma de que viniera. Entiende que...

—Voy a contar hasta cinco y si no me contestas para entonces, te lanzaré por aquella ventana.

Julia se levantó de un salto, y se escondió con rapidez tras el sillón mientras Sebastián empezaba a contar.

—¡Le dije que tenía miedo de que hicieras alguna estupidez! —reveló Julia al fin.

Sebastián se levantó al instante, y se cernió sobre ella.

—¡¿Qué le dijiste qué?!

—Y que hace un año que guardas el revólver cerca de la cama y que... —soltó un fuerte grito mientras su hermano se abalanzaba sobre ella. Huyó hacia la puerta, fuera de su alcance.

—¡Tuve que hacerlo! —chilló—. ¡Y no lo lamento! —Y después salió corriendo del salón lo más rápido que pudo.

Capítulo 8

Era más de la una de la madrugada. Sylvia no necesitaba mirar el reloj para saberlo. Llevaba horas dando vueltas y vueltas en la cama, estaba demasiado nerviosa para volver a quedarse dormida. Al acostarse, tras sollozar durante un rato, había conseguido dormitar un poco, pero se despertó sintiéndose igual de desolada y abatida que cuando se retiró a sus aposentos. Pero llorar era una estupidez. Ya estaba todo solucionado, ¿no era así? Sebastián le había dicho que no la odiaba. Que jamás la había odiado. Y hasta le aseguró que tenía la esperanza de que fueran amigos de nuevo.

A pesar de todo, no las había acompañado a pasear. Ni había cenado con ellas. Y en cuanto a aquello de ir a la sala de música a oírla cantar...

Qué tonta había sido al creer que lo haría. Si hubiera pensado con la cabeza en vez hacerle caso al corazón, se habría dado cuenta al instante de que toda la amabilidad de la galería solo era un intento de ser cortés. Nada más. Era evidente que Sebastián no quería verla más de lo necesario. Sin duda lo había incomodado al hablarle de las cartas.

Sylvia se tumbó sobre la espalda y clavó los ojos en el dosel de la cama. La idea de regresar a Cheapside a la mañana siguiente le cruzó por la mente. No sería huir, y no podrían acusarla de ser una cobarde; después de todo había logrado resistir una semana entera en Pershing Hall. Una semana horrible y maravillosa en la que se había enfrentado a todos los recuerdos de su vida anterior. Pero todos tenían su propio límite, y ella estaba segurísima de haber alcanzado el suyo. Temía que, si se quedaba más tiempo, ya nunca podría volver a ser feliz de verdad.

Se colocó sobre un costado y siguió dando vueltas durante otro buen cuarto de hora. Hasta que se apartó las mantas de encima y se sentó en la cama. Harta ya de estar acostada llena de angustia y visto que no podía dormir, iría a buscar algo para leer. Se levantó y se puso una bata, atándola con firmeza alrededor de su cintura.

La trenza se le había deshecho durante la noche y el pelo ahora le caía suelto sobre los hombros. No le dio importancia, todo el mundo dormía. La casa llevaba horas envuelta en un silencio sepulcral.

Encendió una vela, salió de la habitación sin hacer ruido y comenzó a bajar las escaleras.

La biblioteca de Pershing Hall era una estancia oscura y desordenada de carácter masculino, que olía ligeramente a tabaco de pipa y a abrillantador de muebles de aceite de limón y a cera de abeja. No había vuelto a entrar desde el primer día, pues lady Harker prefería tomar los aperitivos en el salón, un lugar mucho más luminoso y femenino. No obstante, durante el ratito del té de aquella primera tarde, no pasó por alto la deslumbrante variedad de libros que contenía. Estaba segura de que encontraría algo interesante para leer.

Sylvia dejó la vela en una mesa con incrustaciones que había junto a una estantería. Arrojaba un halo de luz pequeño, que alumbraba justo lo suficiente para poder ver los títulos grabados en los lomos de los libros. Escudriñó los estantes, paseando los ojos con rapidez entre tomos académicos y políticos, volúmenes sobre la Grecia clásica y un curioso ejemplar sobre agricultura. Ya pensaba que iba a tener que conformarse con la historia de Héctor y Aquiles o algo similar cuando, en el estante de arriba y totalmente fuera de su alcance, vislumbró un ejemplar encuadernado de una novela de Charles Dickens.

Era *David Copperfield*. Recordaba haberlo leído hacía años cuando se publicó por primera vez en un volumen serial. Le había resultado muy entretenido. Examinó el resto de la estancia en busca de una escalera y la encontró reclinada contra una estantería varias filas más allá. Fue a por ella y la apoyó con cuidado en los estantes que tenía delante, colocó un pie en el primer escalón para probar la estabilidad y empezó a subir.

La endeble escalera crujió bajó su peso, pero no hizo caso. Ella pesaba poco y el libro estaba cerca, no tardaría más que unos pocos segundos. Continuó hacia arriba, agarrándose a una balda a medida que avanzaba.

Los techos de Pershing Hall eran horriblemente altos. No se había fijado hasta el momento en el que comenzó a ascender. Extendió la mano libre, estirando el brazo todo lo que pudo para tratar de llegar al libro deseado. Más decidida que nunca, subió hasta el último peldaño de la escalera. Alargó de nuevo el brazo hacia el libro, esforzándose al máximo por rozar el borde con la punta de los dedos.

La escalera se tambaleó.

Sylvia gritó, alarmada. Con agilidad, puso un pie en el estante de debajo para no caerse. Justo a tiempo, pues la escalera cedió bajo ella, antes de estrellarse con un gran estruendo contra el suelo.

Se quedó colgando de la estantería como un mono.

El corazón le latía a toda velocidad, y las palmas de las manos, aferradas a una balda, le sudaban. Tomó una gran bocanada de aire para calmarse: fueran cuales fuesen las circunstancias, nunca se dejaba llevar por el pánico. De inmediato supo que solo tenía una opción: bajar poco a poco, tanteando el camino estante a estante.

Se atrevió a echar una mirada fugaz hacia abajo. El suelo parecía estar muy muy lejos. No les tenía un excesivo miedo a las alturas, pero sí sentía un profundo respeto por la fragilidad del cuerpo humano. Cuatro años antes, se torció el tobillo al saltar por encima de una cerca. Había tardado semanas enteras en recuperarse. Si le sucedía algo similar en Pershing Hall no le quedaría más remedio que quedarse más tiempo.

Volvió a mirar hacia abajo, examinando el estante que había justo debajo. No estaba demasiado lejos; solo tenía que avanzar despacio y con cuidado…

Una inesperada corriente de aire provocó que la llama de la vela titilara.

—¡No te atrevas a apagarte! —la amenazó. Ya iba a ser bastante complicado descender esos malditos estantes. Hacerlo completamente a oscuras sería casi imposible.

En ese momento una luz iluminó la habitación. Volvió la cabeza, aferrándose a la esperanza de que fuera un lacayo o una de las criadas.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

—¿Señorita Stafford? —La voz profunda de Sebastián resonó desde la puerta de la biblioteca.

Al oírla, Sylvia cerró los ojos con horror.

—Oh, Dios —gruñó—. Lo que me faltaba.

* * *

Sebastián estaba habituado a decidir con rapidez bajo presión. Pero ante la visión de Sylvia Stafford colgada de la estantería y corriendo peligro, una sensación de desaliento lo invadió durante una fracción de segundo. Iba ataviada con solo una finísima bata que llevaba encima de un camisón igual de fino, y ambos dobladillos se le habían subido hasta dejar al descubierto los torneados tobillos y los delicados pies metidos en unas pantuflas. Y por si eso no fuera suficiente para poner su

mundo patas arriba, llevaba suelto el cabello castaño oscuro. Se derramaba a su alrededor creando un completo y maravilloso desastre. Le llegaba casi a la cintura, a esa impresionante y estilizada cintura, libre del corsé. Por el amor de Dios, podría abarcar su cintura con ambas manos.

Y todo apuntaba a que se vería obligado a hacerlo.

—No se mueva —le ordenó mientras caminaba a grandes zancadas hacia ella.

La señorita Stafford miró en su dirección. Se había sonrojado intensamente.

—Trataba de alcanzar un libro del estante de arriba cuando la escalera se desplomó.

—Eso no importa —dijo, cortante. Dejó el candelabro que llevaba en una mesa cercana y sin vacilar, arrastró una pesada silla de madera hasta colocarla con firmeza sobre el suelo enmoquetado que había bajo ella. Se subió de un salto a la silla, que soportó su peso con facilidad, y se estiró para tomarla de la cintura. Al hundir los dedos en su carne, sintió el trémulo suspiro que dejó escapar Sylvia. Estaba demasiado arriba, y aunque él fuera muy alto, apenas alcanzaba a agarrarla con seguridad.

—Si pone una mano en mi hombro, la bajaré.

Se soltó del estante con lentitud, y extendió una mano hacia el hombro de Sebastián.

—No llego.

—No se preocupe, solo deje que…

Antes de que pudiera terminar la frase, el pie de la señorita Stafford resbaló hasta el estante inferior. Se precipitó, gritando asustada, y cayó directa a los brazos de Sebastián. No había corrido un peligro real. Sin embargo, se lanzó hacia el cuello del hombre, rodeándolo con los brazos y aferrándose a él con desesperación.

—La tengo. —La tranquilizó Sebastián. Se bajó de la silla y la dejó poco a poco en el suelo, siendo plenamente consciente del doloroso roce de cada centímetro de su cuerpo contra el suyo hasta que los pies de la joven tocaron el suelo.

Debía haberla soltado entonces, pero sintió que a Sylvia le temblaban un poco las piernas. O al menos eso fue lo que se dijo a sí mismo. Pudo haberlo imaginado. De cualquier modo, no encontró la fuerza de voluntad para dejarla marchar.

Y al parecer, por algún motivo, ella tampoco quería separarse de él.

En su lugar, lo miró a los ojos, un poco aturdida.

—Qué humillante —susurró.

Hacía años que Sebastián no se reía. Lo cierto era que había tenido pocos

motivos para hacerlo. Pero tras las palabras de Sylvia, sintió una chispa de diversión.

—Y que lo diga.

Sylvia sonrió como respuesta. Por un momento, trató de reprimir la risa. Pero justo después, dándose por vencida, inclinó la cabeza hacia su pecho y estalló en carcajadas.

Fue un sonido bajito y alegre que le calentó el alma. Sin pensarlo, apartó las manos de su cadera y la abrazó, acercándola más a él. Apoyó el rostro ligeramente sobre su pelo. Era como estar sobre una nube, su cabello era tan sedoso y grueso como el mechón que siempre llevaba con él.

—Vaya espectáculo he montado —exclamó entre risas—. Temo haber parecido una perturbada.

A Sebastián le atronaba el corazón en el pecho, y la sangre le ardía en las venas. Al menos su cuerpo no había olvidado cómo responder ante su cercanía. Su mente, por otro lado, no era más que caos y confusión. Tenía preguntas. Preocupaciones. Y una de ellas era que justo en ese momento se estaba aprovechando de una mujer soltera bajo su propio techo, una mujer que además era su invitada.

—Tonterías —dijo—. Ha sido divertido.

Se separó de él, retiró los brazos de su cuello y los apoyó en su pecho con delicadeza.

—No se está riendo.

—Me rio por dentro —exclamó. Y al decirlo, aquella sonrisa con hoyuelos apareció. Pero Sebastián no sonrió. No podía. Le dolía demasiado el corazón. Y, de repente, lo asaltó la horrible idea de lo monstruoso que debía parecerle en ese momento; estaban demasiado cerca el uno del otro.

La sonrisa de la señorita Stafford se desvaneció con lentitud. Se movió para liberarse de su agarre y él dejó que lo hiciera. Se alejó, y se dedicó a adecentar la arrugada bata.

—No debí haberme aventurado fuera de la habitación.

—¿Por qué no? Es una invitada, no una prisionera.

—Apuesto a que ningún invitado se ha visto nunca en una situación parecida.

—No —admitió Sebastián—. Al menos que yo sepa. —La observó mientras se recolocaba el cinturón de tela de la bata. Lo ató con esmero alrededor de la cintura.

—Eso creía yo —dijo. Se alisó de nuevo la bata antes de caminar hacia el

antiguo globo terráqueo que descansaba en un hueco entre dos estanterías.

—Este incidente se suma a la estúpida carta que le escribí.

Se quedó paralizado. Aquellas palabras lo sorprendieron con la guardia baja.

—Al parecer —pronunció deslizando el dedo por el globo y dándole un lento e intencionado giro en la estructura de madera—, tengo un talento especial para ponerme en ridículo cuando usted está involucrado.

Sebastián apretó el puño al lado de la cadera. ¿Era eso lo que creía? ¿Que se sentía superior a ella y la tomaba por una idiota?

Deseó más que nunca saber qué decía aquella condenada carta. En la galería de arte estuvo a punto de confesarle que jamás la había recibido. Ni esa ni ninguna otra. Pero algo lo frenó. No fue desconfianza, pues ahora estaba casi seguro de que ella le había escrito. Pese a ello, si Sylvia hubiese sabido, o sospechado, que él jamás había recibido carta alguna, ¿se habría abierto con él de la misma forma y le habría contado tanto sobre el contenido de las misivas perdidas?

Lo dudaba.

Y entonces jamás lo habría sabido. Era doloroso, no podía negarlo. De hecho, pensar en el año de tormento que pasó en la India con el corazón destrozado, preguntándose por qué no le escribía, qué había dicho o hecho para perder su afecto —o aún peor, preguntándose si alguna vez sintió algo por él— fue lo que lo mantuvo en vela la mayor parte de la noche. ¡Lo que hubiera dado por conocer la existencia de aquellas cartas! ¡Cartas perfumadas y selladas con mil besos! Pero ¿dónde estaban? ¿Qué demonios sucedió con ellas?

Se pasó una mano por el pelo negro, que ya estaba despeinado.

—Supongo que se acabó ya lo de dejar el desafortunado pasado atrás.

—Lo siento —dijo Sylvia en voz baja—. No debí haberlo mencionado, pero... —Se le quebró la voz—. Soy incapaz de olvidarlo.

—Yo tampoco puedo.

Sylvia apartó los ojos del globo terráqueo y los clavó en Sebastián.

—Entonces diría que no queda nada por decir, ¿verdad?

Endureció la expresión con determinación. Por supuesto que había más cosas por decir, por Dios, y Sebastián supo que ahora dependía de él. Dio una zancada decidida hacia ella y se detuvo. El corazón le latía desbocado en el pecho. Tenía la sensación de estar de pie en el borde de un gran precipicio, no veía lo que había en el fondo; era un salto de fe. Pero no le quedaba más opción que precipitarse al vacío.

—Jamás recibí ninguna de sus cartas.



Capítulo 9

Sylvia dejó caer la mano que seguía sobre el globo terráqueo. Se volvió con rapidez.

—¿Qué acaba de decir?

El conde tenía una expresión grave en el rostro.

—Jamás recibí ni una sola carta. De hecho, hasta que lo mencionó esta mañana, estaba convencido de que había decidido no escribirme. Es la razón por la que no me comporté demasiado bien con usted al principio.

Se quedó mirándolo con incredulidad.

—Está de broma —dijo—. Sabía lo de mis cartas. Hablamos sobre ellas.

—Solo usted. Yo me limité a alentarla a seguir la conversación. Egoísta por mi parte, lo admito. Debí decirle la verdad en cuanto me percaté, pero... —Se le rompió la voz y emitió un sonido de frustración entre dientes—. Quería saber qué decían las cartas, y pensé que no me confesaría nada si creía que no las había leído.

Desesperada, repasó frenéticamente la charla que mantuvieron sentados en el alféizar de la ventana. Santo cielo, ¿qué le había dicho?

—¿No le llegó ninguna? —preguntó con voz tenue—. ¿Ni una sola?

—No. Y todas las que le envié a usted se devolvieron sin abrir.

—¿Me escribió? —A Sylvia le flaquearon las rodillas.

Sebastián acudió a su lado al instante. Le rodeó la cintura con su fuerte brazo, envolviéndola con un aroma a bergamota especiada, sábanas almidonadas y loción masculina.

—Acompáñeme —dijo—. Será mejor que nos sentemos.

Sylvia le permitió que la guiara hasta el enorme sofá acolchado de terciopelo que había junto a la chimenea. Mantuvo la mano en su espalda mientras ella se sentaba, contemplando con una atención inusual cómo se envolvía más con la bata. Fue un gesto inconsciente, pues la modestia era lo último que se le pasaba

por la cabeza. Cuando Sebastián se hundió a su lado, Sylvia apenas pensó en lo inapropiado que era que estuviesen tan cerca el uno del otro.

—¿Qué quiere decir con «todas las que le envié»? —preguntó.

—Me refiero a las cartas que le escribí desde la India —dijo—. Me las devolvieron sin abrir. Todas ellas.

Le dio un vuelco el corazón.

—Así que me escribió —suspiró.

—Muchas veces. —La expresión sombría de su rostro reflejó un breve destello de la misma angustia que sentía ella—. Y al parecer usted también.

—Muy a menudo.

—Y selló las cartas con mil besos.

¡Cielos! Sylvia apartó la mirada de él.

—¿Le dije eso? —Cerró los ojos cuando sintió el torrente de humillación—. Lo lamento. Me da vueltas la cabeza.

—Es mucho que asimilar.

—Tiene razón. Pero no puedo... —Sylvia intentó poner sus sentimientos en palabras, pero estaba desconcertada—. Cuando no me respondió, pensé que... que...

—Sé lo que pensó; lo mismo que yo. Supongo que fue lo que él quería que creyésemos.

—Que nos odiábamos el uno al otro.

—Todavía peor. Que nos habíamos olvidado el uno del otro.

Sylvia se cubrió la cara con las manos, esforzándose con desesperación por encontrarle un sentido a todo.

—Espere. —Consiguió juntar sus caóticos pensamientos para preguntarle—: ¿A quién se refiere con «él»?

—A su padre, claramente.

Sylvia dejó de respirar.

—Imposible.

No era cierto. No podía serlo. Si Sebastián hubiese llegado a conocerlo mejor, jamás sugeriría tal cosa.

—Padre no habría interferido.

—¿Eso cree?

—No tenía motivos para hacerlo —dijo—. Fue él quien me dio permiso para escribirle.

Durante un pequeño instante, Sebastián fue incapaz de esconder su asombro. Y

después su semblante ocultó todas sus emociones.

—Ah, ¿sí? —dijo Sebastián. Su voz desprendía ira.

—Pues sí —contestó Sylvia atropelladamente, levantándose para defender a su padre—. Vio lo angustiada que estaba cuando regresó a la India. Me dijo que no me preocupara. Que regresaría en un abrir y cerrar de ojos. Incluso me dejaba leer el periódico cada mañana durante el desayuno, para ver si decían algo sobre usted y así poder quedarme tranquila.

Sebastián se quedó paralizado.

—¿Buscaba noticias sobre mí en el periódico?

Un leve rubor provocado por la vergüenza apareció en las mejillas de la mujer.

—Por supuesto que lo hacía. Buscaba su nombre cada día, me aterrorizaba la idea de que resultara herido o muriera. Y entonces, cuando usted no se comunicó conmigo, pensé que había sucedido lo que más me temía. Hasta más adelante no se me ocurrió pensar que quizá no quisiera escribirme. —Sylvia expulsó el aire con lentitud—. O eso creí.

La contempló durante un rato larguísimo; en su rostro se reflejaron una sucesión de emociones muy confusas.

—Todavía me resulta difícil imaginar que él lo permitiera.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Sabía que éramos amigos. Y no era un insensible. Era comprensivo, sabía lo mucho que un soldado necesita las cartas que recibe desde casa. —Y tras una pausa, añadió—: A estas alturas ya ha debido de darse cuenta de que padre no era muy estricto.

—Por experiencia —dijo Sebastián con sarcasmo—, hasta el tipo más desastroso se convierte en alguien estricto cuando se trata de su propia hija.

Sylvia juntó las cejas con recelo. Llevó los ojos hacia su regazo, tratando de dar con la mejor forma de explicarle a Sebastián que padre no tenía nada que ver con aquello. Debió haber un error con el correo, pensó, o puede que fuera la ineficacia del servicio postal en la India. Pero cuantas más vueltas le daba, menos segura estaba.

Padre era una persona ruin. Las deudas lo asfixiaban, hasta el punto en el que no vio más opción que quitarse la vida; tenía razones indiscutibles para querer que acabara en un buen matrimonio. En concreto, podría tener en mente a alguno de sus pretendientes más adinerados, como lord Goddard. Si sospechaba que Sylvia podría llegar a casarse con un simple soldado, pobre en comparación con el resto, puede que hubiese decidido intervenir para evitar que se llevara a término lo que él consideraba una unión indeseable.

Sin embargo, si padre se había opuesto al romance creciente entre ellos, ¿por qué rayos le había dado permiso para mantener correspondencia con él? A no ser que...

A no ser que supiera que prohibírselo rotundamente provocaría que decidiera actuar por su propia cuenta y hacer lo que le viniera en gana.

No. Había sido una muchísima mejor estrategia hacerle creer que el caballero que ella había elegido la había abandonado con crueldad. Que se había reído a su costa durante la temporada londinense.

Negó con la cabeza, sin querer creérselo. Padre había sido un egoísta. Y un desconsiderado. Pero un engaño como aquel cruzaba todos los límites.

—Jamás habría sido capaz de hacer algo así —insistió, intentando convencerse tanto a sí misma como a Sebastián—. No a mí.

El conde no parecía en absoluto convencido.

—¿Alguna vez mostró algún indicio de oponerse a que la cortejara?

Se encogió de hombros con impotencia.

—Como es natural me interrogó, pero fue razonable y, al final, me dijo que confiaba en mí y que hiciera lo que deseara.

—Qué amable por su parte —dijo Sebastián—. ¿Nunca se le pasó por la cabeza que pudo haber leído las cartas?

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? No tuvo ocasión para ello.

Sebastián entornó los ojos.

—¿Ni siquiera cuando las llevó al servicio postal?

Sylvia tuvo la horrible sensación de que la pregunta no era lo que parecía. Aun así, la respondió con total sinceridad, sin importarle lo que pasase después.

—Mi padre no llevó las cartas, lo hice yo.

* * *

Sebastián dio un paso atrás en absoluta consternación.

—¿Usted misma?

Sylvia le dedicó una mirada desconcertada.

—Sí. —Tomó una pausa—. Bueno, mi doncella, más bien.

Fue la doncella. A Sebastián lo recorrió una tangible oleada de alivio. Sin pensarlo, se pasó la mano por el lado desfigurado del rostro.

La mujer lo miró con preocupación.

—¿Le duele mucho?

Dejó caer la mano de inmediato. Estaban sentados peligrosamente cerca. Tan

cerca que ella podía ver las cicatrices, incluso a la luz de la vela. Sintió una vergüenza intensa.

—No demasiado.

—Lady Harker me dijo que le habían prescrito láudano, pero que se niega a tomarlo.

—Ah. No me sorprende. Mi hermana me ha puesto al corriente de lo que le contó para convencerla de venir. No todo es cierto.

—¿Cómo?

—Para empezar, quizá le interese saber que Julia no se encuentra en «un estado delicado», como ella misma lo llama. Por otro lado, no tengo un revolver al lado de la cama. Ni estoy contemplando volarme los sesos.

La señorita Stafford se mostró estupefacta durante unos segundos.

—Por todos los cielos —dijo. Y después, muy lentamente, sonrió. Era una sonrisa genuina, con hoyuelos incluidos—. Y pensar que al principio creí que Julia estaba un poco loca.

—¿Solo un poco?

—Aunque supo exactamente qué decir para traerme hasta aquí. Estaba preocupada por si hacía usted algo estúpido. E incluso me dijo que le encontró sollozando mientras aferraba el mechón de mi pelo en la mano. ¡Qué crédula soy!

El semblante de Sebastián se tornó de un rojo pálido. ¡Maldita fuera su hermana! ¿De verdad le había dicho aquello a Sylvia Stafford? No es que no fuera cierto, pues lo había sorprendido haciendo justo eso último. Pero sollozaba tras despertarse de una pesadilla muy concreta sobre el levantamiento. Y tenía el mechón entre las manos porque siempre lo calmaba en los momentos más angustiosos.

—Julia no debió haberle mentido —dijo Sebastián—. Y menos aún sobre algo como aquello.

—Su hermana haría lo que fuera por ayudarlo. Tiene mucha suerte.

—¿Suerte? —Torció una comisura del labio al recordar cómo salió Julia huyendo de su habitación aquella tarde—. Cuando me contó lo que había hecho, por poco la estrangulo.

—Me alegro de que se lo dijera —afirmó la señorita Stafford—. Y también me alegra que no sea todo tan terrible como me lo describió.

—¿Fue la única razón por la que accedió a venir? ¿Para evitar que pusiese fin a mi existencia?

—En gran parte. Aunque no estoy segura de qué podría haber hecho yo para

frenarlo. Además, se ha pasado la mayor parte de mi visita evitándome. —Trazó con los dedos las líneas del cojín bordado que tenía al lado—. ¿Por qué no ha cenado con nosotras hoy?

El instinto minado de Sebastián le envió una señal de alerta, que descartó como una falsa alarma.

—Porque debía terminar un artículo para la sociedad filosófica. —Era solo una mentira a medias, pues había pasado la mayor parte de la tarde trabajando en aquel maldito artículo—. ¿Por qué? ¿Qué siniestro motivo pensaba que ocultaba?

—Creía que no deseaba estar en mi compañía.

—Una suposición absurda.

—¿Lo es? ¿Tras todo el desprecio que me ha mostrado desde que mi llegada?

Sebastián pestañeó.

—¿La he tratado con desprecio?

—Lo sabe muy bien.

—Si es así le pido disculpas.

¿Qué más podía decirle? ¿Que intentaba castigarla por haberlo rechazado? ¿Que deseaba humillarla? ¿Que quería que supiera lo poco que había significado para él y demostrarle que ahora aún le importaba menos?

Pero en el proceso se había comportado de un modo más que ofensivo. Y había sido cruel a propósito. Además de un inmaduro y terriblemente descortés.

Se avergonzaba de sí mismo.

—Señorita Stafford, sé que le he dado razones para pensar lo contrario —asumió la culpa—, pero no quiero que se vaya de Pershing Hall. Todavía no. Hablaba en serio cuando le dije que esperaba que volviéramos a ser amigos.

Sylvia reflexionó sobre sus palabras durante un instante.

—Bueno, supongo que si me quedo el resto del mes...

—¿Cómo que «si» se queda? —Sebastián estaba incrédulo e indignado a la vez —. ¿Qué quiere decir con eso?

—No tiene sentido que siga aquí si va a continuar evitándome. Le pido que nos acompañe de vez en cuando, es mi condición para no marcharme.

—¿Acaso no lo he hecho ya?

—Me temo que no basta con encuentros en la tenebrosa y oscura biblioteca o en la galería de arte en penumbra.

Sebastián no necesitó que explicara nada más. Quería verlo a plena luz del día. Quería verlo al descubierto, contemplar toda su monstruosidad. La perspectiva lo deprimió. ¿Eso era lo que tenía que hacer para mantenerla allí? ¿Para recuperar su

corazón? Su voz se tiñó de amargura por la injusticia de todo aquello.

—Lo que me pide es justo lo que la alejará de mí.

Los ojos de la joven se llenaron de compasión.

—Está siendo injusto conmigo.

—¿Eso cree? Cuando regresé de la India, hasta mi propia hermana gritó y se desmayó.

—Yo no soy ella, milord.

—Soy muy consciente de ello.

Sylvia se sonrojó aún más.

—Ya, bueno... Me parece que se preocupa en exceso por su apariencia.

Sebastián se puso rígido. Tenía razón. Nunca había sido vanidoso, pero ahora le disgustaba su aspecto. Las cicatrices del lado derecho de su rostro eran gruesas, anchas y profundas. Se había quedado ciego de un ojo, que lucía blanquecino, le faltaba un trozo de oreja y tenía una comisura del labio caída. Un monstruo, pensó desolado la primera vez que observó su apariencia en el hospital. La reacción de su hermana al verlo fue la confirmación de sus peores miedos.

—¿A usted no le pasaría? —preguntó.

Ella lo examinó en profundidad. Deslizó la mirada azul por todo su rostro, asimilando cada cicatriz con una solemnidad inquebrantable que lo estremeció y lo hizo sentirse expuesto.

—Quizá —dijo—. Pero para una mujer es diferente.

—Ah, ¿sí?

—Lo es —insistió Sylvia—. La belleza es lo que determina el valor de una mujer. Mientras que en el caso de un hombre... A un caballero se le valora por otras cosas. Por su inteligencia. Por su valentía. Por su habilidad con las armas e incluso con el juego. Me atrevería a decir que casi todos los que ven sus cicatrices las consideran una señal de coraje. Así las veo yo. Y en general creo que soy una persona sensata, a pesar de los acontecimientos recientes que demuestran lo contrario.

«Una señal de coraje». De haberlo dicho cualquier otra persona, se habría burlado de aquella chorrada. Pero aquellas palabras pronunciadas por Sylvia Stafford le enviaron un sobrecogedor escalofrío de calidez por todo el cuerpo. Carraspeó.

—Asumo que se refiere a cuando ha intentado escalar la estantería.

—Entre otras cosas.

Sebastián estaba en mangas de camisa. Sylvia llevaba la ropa de dormir.

Resultaba escandaloso que estuvieran los dos juntos de ese modo. Y a solas. Ambos con poca ropa y pasadas las dos de la madrugada. Un caballero le aconsejaría que se retirara. La informaría de que la interacción que mantenían dañaría irreparablemente su reputación. Qué lástima que no se sintiera muy caballeroso en aquel momento.

—Muy bien —claudicó—, si se queda el resto del mes, haré lo que desee.

—¿Nos acompañará al aire libre? —le preguntó—. ¿Bajo el sol?

El corazón le latía a un ritmo frenético. ¿Qué diantres le estaba prometiendo?

—Sí. A la luz del día.

—Y también vendrá a cenar. Como un buen anfitrión.

—Iré a cenar —repitió sin emoción. Por todos los demonios. Se pasó de nuevo la mano por la parte desfigurada del rostro, maldiciendo la necesidad de tener aquella conversación—. ¿Tan deprimentes han sido las cenas sin mí?

—En absoluto. Es solo que…

—Ya, ya. Lo sé; tengo que hacer un esfuerzo. Y lo haré, pero, por desgracia… —Le costó horrores confesarlo incluso mientras salía de sus labios—. No puedo tomar nada acompañado.

—Eso no es cierto. Tomó el té con nosotras el día de mi llegada.

—Una ridícula farsa —admitió con desdén—. Permití que mi hermana me sirviera una taza, pero no me la bebí.

La señorita Stafford le examinó el rostro.

—¿Por qué no?

Le resultaría fácil inventarse una excusa, y a decir verdad, era muy tentador. Pero las altas horas de la noche y la intimidad de la conversación lo impulsaron a ser sincero.

—Esta cicatriz de aquí. —Recorrió con el dedo la cicatriz que iba desde el ojo hasta más abajo del lateral del labio—, me ha insensibilizado casi toda la mitad del rostro. No del todo, pero sí lo suficiente como para que comer y beber en compañía de alguien más resulte… desagradable.

Sylvia juntó las cejas oscuras. Sebastián vio en la profundidad de sus ojos azules cómo asimilaba la información con lentitud.

—Oh, Sebastián.

Era la primera vez que lo llamaba por el nombre de pila. Era sorprendentemente íntimo. Se le encogió el pecho con un estallido de placer que rozaba el dolor.

¿Era consciente de lo que acababa de hacer? No se lo parecía. Y no tenía intención alguna de hacérselo saber.

—No sienta lástima por mí.

—No es lástima. —Sylvia llevó una mano a su mejilla.

Y en aquel momento advirtió las lágrimas que le brotaban de los ojos.

—Por favor, no.

—No puedo evitarlo.

—Sí puede —le aseguró. Al menos eso esperaba él. Las lágrimas silenciosas y de decoro no le afectaban igual que el llanto dramático de su hermana pequeña. Si Sylvia no se recomponía pronto, temía hacer algo fatalmente ridículo. Algo absurdo y romántico como rodearla con los brazos y abrirle su corazón.

—Lo siento —dijo—. No soy de llanto fácil. Pero es todo muy abrumador. —Se enjugó las últimas lágrimas con la manga—. Supongo que cree que no tengo derecho a llorar por usted.

—¿Y quién tiene derecho a hacerlo? ¿Julia?

—¿No hay nadie más?

Aquella ocurrencia tan disparatada le habría provocado una carcajada en el pasado. Sin embargo, en aquel momento, no le hizo ninguna gracia.

—¿Se refiere a una mujer?

Sylvia asintió con la cabeza con rapidez. La luz de la vela le iluminaba el pelo, y su cabello castaño emitía destellos rojos y dorados.

—No hay ninguna mujer en mi vida —dijo—. He estado aquí solo durante el último año, solo con el servicio como compañía. Y con Milsom, por supuesto.

—Era su sirviente mientras estuvo en la India, ¿cierto?

—Así es.

—¿Él cuidó de usted cuando le hirieron?

—Si por cuidar se refiere a importunarme y atormentarme, entonces sí. Me cuidó. Incluso tanto que a veces tenía que contenerme para no asesinarle.

Lo miró con una tímida sonrisa en los labios antes de que su expresión se tornara seria de nuevo.

—¿Puedo tocarle el rostro? —pronunció en un susurro apenas audible.

Sebastián se paralizó. ¿Había oído bien? Seguramente la había entendido mal.

—¿Cómo dice?

—Me gustaría acariciarle el rostro. —Se sonrojó—. Si le parece bien.

El corazón le martilleaba con fuerza en el pecho.

—Por supuesto —respondió Sebastián con lentitud—. Pero ¿por qué?

—¿Acaso importa?

Sebastián respiró entrecortadamente.

—No —dijo. Y era verdad. Una parte de él había anhelado sus caricias desde que la vio a las puertas de sus aposentos. Deseaba sentir su roce tanto como extrañaba el sonido de su voz de terciopelo—. En absoluto.

Sylvia se acercó despacio; estaba tan cerca que lo rozó con las piernas, y los voluminosos pliegues de su camisón cayeron sobre sus botas. Levantó una estilizada mano hacia su rostro, pero se detuvo medio segundo antes de tocarlo.

—¿Le haré daño?

—No. —Su voz era un susurro ronco.

Y después acarició con mucha suavidad la cicatriz del lado de su ojo derecho con las puntas de los dedos. Su tacto era cálido y delicado y desgarradoramente tierno. Sebastián trató de concentrarse en su respiración. Una tarea imposible cuando la joven empezó a trazar el camino de la cicatriz por la mejilla.

El rostro de Sylvia, iluminado por la luz parpadeante de las velas, estaba a muy poca distancia del suyo. Podía apreciar hasta el menor cambio en su expresión. El ligero movimiento de las cejas oscuras, el estremecimiento de los labios entreabiertos, el rubor rosa que crecía en sus mejillas. Olía a violetas. Siempre había olido a violetas. Era un toque sutil, que se le pegaba a la piel y al pelo, y se mezclaba con su esencia personal para crear una fragancia que era a la vez dulce y perturbadoramente primitiva. La esencia le llegó hasta un lugar muy profundo del pecho.

¿Era así como olían las cartas?

Una furia ardiente lo atravesó como una puñalada. ¡Maldito fuera Roderick Stafford! ¿Por su culpa había tenido que soportar tanto sufrimiento durante los últimos años? Si era así, Sebastián deseaba con afán que ese miserable estuviese pudriéndose en el infierno.

—¿Le duele aquí? —le preguntó, con la mano suspendida junto a su oreja.

—No.

—Ha puesto cara de angustia.

—¿Sí? Le pido disculpas. —Se esforzó para que no pareciera que sus dulces caricias lo estaban sacudiendo hasta la médula—. Puede continuar.

Se acercó más aún, deslizando los dedos por el surco de su oreja.

—Fue mucho más que un corte de sable —apreció con el ceño fruncido—. Esta de aquí —dibujó despacio la línea que bajaba de la oreja hasta la mandíbula—, y aquí... —Llevó los dedos hasta el ojo y recorrió la gruesa cicatriz que llegaba hasta la comisura de sus labios—. ¿Cuál fue primero?

—La del rostro. Me cortó la oreja y por poco me desgarra la garganta.

—¿Quién lo hizo? ¿Fue el mismo soldado?

—Un rebelde cipayo. Sí, creo que sí. Afortunadamente, el primer golpe me dejó aturdido y apenas sentí el segundo.

—¿Iba a caballo?

Sylvia ya no se contentaba con acariciarle las cicatrices con la punta de los dedos, y ahora su mano derecha descansaba a lo largo de la mejilla de Sebastián. Sintió una punzada de dolor, pues rememoró el modo en que le acarició el rostro en el jardín de los Mainwaring. Un recuerdo que le había ayudado a sobrevivir durante tres largos años. Un recuerdo que palidecía al lado de la realidad.

—Sí.

—¿Cuándo ocurrió?

—En el asalto de Jhansi, en el 58.

Sylvia rozó con el pulgar la comisura derecha de su labio.

—¿Y esto puede sentirlo? —preguntó con dulzura.

Sebastián tragó con fuerza.

—Sí.

Acarició con el dedo el borde superior del labio.

—¿Y esto?

—Sylvia…

—Era usted muy especial para mí —susurró.

Un profundo temblor hizo vibrar el cuerpo de Sebastián. Bajó la cabeza, cerrando los ojos y embebiéndose de sus palabras como un hombre al que hubieran privado de agua durante mucho tiempo.

—Ahora voy a besarle aquí —pronunció—. Se percibía un ligero temblor en la voz de Sylvia—. Justo aquí. —Se inclinó hacia delante y presionó los labios en la cicatriz de la mejilla de Sebastián.

Dejó escapar el aire, tembloroso.

—Y aquí —susurró, besando el rabillo de su ojo herido—. Y aquí también, creo. —Posó los labios sobre el lóbulo irregular de la oreja de Sebastián.

El conde se había mantenido quieto como una estatua mientras ella lo acariciaba, pero su último hilo de autocontrol se rompió cuando Sylvia, acercándolo más a ella con suavidad, repartió un reguero de besos por la cicatriz de su mejilla. Con un rugido, le rodeo la cintura con el brazo, hundió los dedos de la mano que tenía libre en su pelo e inclinó los labios para capturar los de ella.

Fue un beso feroz, exigente; repleto de un amargo anhelo que había estado retenido tres años. Sylvia entreabrió los labios, concediéndole acceso por

completo. Después se derritió en sus brazos, con una mano apoyada todavía en su mejilla; la otra fue a parar a su cuello, y enredó los dedos en su cabello oscuro.

La besó una y otra y otra vez, explorando sus labios carnosos y saboreando los suaves e íntimos recovecos de su boca. El lado desfigurado de la boca de Sebastián no cooperaba del todo. Él era consciente de que ella debía notar la rareza de sus labios mientras la besaba, pero no dio muestras de que lo hiciera. En su lugar, se mostraba abierta y cálida y complaciente, ofreciéndole toda su dulzura. Y que Dios lo ayudase, porque la tomó toda para sí. Y siguió besándola hasta que no quedó ni un solo pensamiento coherente en su cabeza. Hasta que el deseo de tenerla apenas le permitía respirar.

Sylvia no se opuso a la pasión, pero lo apaciguaba con sus caricias, respondiendo al calor de sus labios con suaves y delicados besos. Besos que le comunicaban que no había prisa alguna. Sylvia era suya. Siempre lo había sido.

—Sylvia —dijo con voz ronca cuando se detuvo para tomar aire—. Perdóneme, no pretendía…

Le acarició la mandíbula con ternura.

—No pasa nada.

Sebastián se perdió en las caricias.

—Santo cielo, temía estar soñando.

—¿Ha soñado conmigo alguna vez? —Se maravilló Sylvia.

—Más de las que puedo contar —confesó Sebastián—. Era el único modo de tenerla.

—Estaba convencida de que me había olvidado.

—Jamás.

—Yo tampoco le olvidé —susurró.

Sintió los brazos de la mujer alrededor del cuello, y la apretó con más fuerza contra él, recostándola sobre su amplio pecho.

—La he deseado tantísimo —dijo con voz ronca, antes de inclinar la cabeza y adueñarse de su boca de nuevo.

Era evidente que había enloquecido, pensó distraído. Pero si él había perdido la cordura, entonces ella también. Respondía a sus avances con una pasión desmesurada. No se parecían en absoluto a los delicados besos que compartieron en el jardín de los Mainwaring. No; estos besos eran excitantes e íntimos. Como un hombre que besa a su amante antes de dejarse ir entre las sábanas.

Sylvia se separó, sin aliento.

—Sebastián…

El conde gruñó por lo bajo, frustrado al comprender lo que quería decirle.

—Lo sé. Si seguimos así mucho tiempo seremos incapaces de detenernos.

Sylvia deslizó la mano por su cuello y le acunó la mejilla con suavidad. Sebastián cerró los ojos brevemente ante el toque de sus dedos, que rasparon su barba incipiente.

—Le importo, ¿no es así? —preguntó Sylvia.

Un sonido ahogado de aprobación surgió de sus labios, a medio camino entre una risa y un gemido.

—Santo cielo, muchísimo.

Se separó de él para mirarlo. Examinó su rostro con los ojos azules.

—¿Lo dice de corazón?

Sebastián sintió una sacudida de remordimiento. Se había comportado fatal con ella desde que llegó a Pershing Hall, era lógico que dudara de sus palabras.

—Sí. —Tomó una de sus manos y se la llevó a los labios.

—Voy a cuidar de usted —prometió.

Y juraba por Dios que lo haría. Iba a dedicar su vida entera a cuidar de Sylvia Stafford. No le faltaría de nada mientras viviera.

—Cuidar de mí —repitió ella.

—Se lo daré todo. Vestidos. Joyas. Un carruaje. Lo que su corazón desee.

Lo miró fijamente, llena de confusión.

—No lo entiendo —dijo—. Debería saber que no puedo aceptar tales cosas.

—Sí que puede —le aseguró Sebastián—. Le daré mucho más. Mi intención es consentirla sin mesura.

Sylvia negó con la cabeza.

—Sebastián...

El conde bajó la mirada hasta sus labios entreabiertos. Parecía que iba a añadir algo más. Otra objeción, sin duda. Atrapó su boca antes de que pudiera hablar, besándola con ferocidad.

Durante un instante interminable, Sylvia se rindió a su tierna invasión. Suavizó los labios bajo los suyos, acogiéndolo con dulzura. Después aparto su rostro de él, y se apoyó contra su pecho de piedra.

—En el pasado no era igual.

Sebastián le besó la comisura de los labios.

—No —dijo, acurrucándose contra ella. Había una ligera diversión en su voz—. Entonces no me habría atrevido a ser tan descarado.

—Porque era una joven de la alta sociedad.

Se quedó inmóvil con los labios en su mejilla.

—Pero ahora no soy más que una institutriz. Una sirviente de nivel superior, según tus propias palabras.

Levantó la cabeza para mirarla. Santo cielo, ¿de verdad creía aquello? ¿Podía llegar a pensar, aunque fuera por un segundo, que la había besado con tanta pasión porque la consideraba alguien inferior?

—Sylvia... —Se aproximó para intentar convencerla.

Ella se retiró, y apoyó las manos en su pecho para mantenerlo a distancia.

—Y tampoco me llamaba Sylvia.

Lo aplastó la sensación creciente de que algo había cambiado. Un cambio sutil que no lograba identificar.

—Ni tú a mí Sebastián —señaló.

—Sí que lo hacía —puntualizó—. En cada una de las cartas.

¡Al diablo con eso! Las malditas cartas otra vez. Blasfemó entre dientes y la liberó del abrazo. Ella se movió de inmediato hacia el extremo opuesto del sofá. La bata estaba arrugada y tenía el pelo desperdigado por todo su alrededor en una maravillosa maraña castaña. Estaba hecha un desastre.

—Ya le he dicho que no recibí ninguna carta.

—Pero eso no significa que no existan.

—Si las escribió o no...

—¿No me cree? —Estaba horrorizada.

—Sylvia, escúcheme...

—¿Por qué iba a mentir sobre algo tan humillante? —Sus ojos azules destellearon con dolor, que pasó a convertirse en ira, muy a su pesar.

Sebastián se pasó la mano por el pelo con frustración.

La conversación se le estaba escapando de las manos con rapidez.

—No lo sé — soltó—. Porque ahora soy el conde y he heredado la fortuna de mi padre.

La joven entreabrió los labios en una exclamación muda.

—¿Es eso lo que piensa?

—No —dijo con rapidez—. Quiero decir que... fue lo que pensé cuando llegó aquí, pero yo... —Se le rompió la voz y soltó una maldición—. Diablos, Sylvia. Un hombre es incapaz de pensar con claridad bajo estas circunstancias. Si me da cinco segundos para...

—Por favor, llámeme señorita Stafford.

—¿Cómo?

—Preferiría que dejase de llamarme por mi nombre de pila. No quiero tener esa familiaridad con alguien que cree que soy una mentirosa.

Sebastián frunció el ceño.

—Es un poco tarde para preocuparse por el exceso de familiaridad.

Apartó la mirada de él, y el rubor le tiñó las mejillas.

—Y nunca he dicho que mintiera.

Sylvia se alisó la bata alrededor del cuerpo.

—No pasa nada —dijo—. En realidad, me alegro. Es un alivio saber lo que piensa de mí. Ojalá lo hubiera sabido antes de partir desde Londres.

Sebastián clavó los ojos en ella.

—Lo dice como si se arrepintiera de venir.

—Por supuesto que lo hago —dijo—. Jamás debí aceptar la invitación de su hermana. Hay que dejar el pasado atrás.

La verdad de aquella afirmación lo golpeó en el estómago.

—¿Y lo de esta noche? ¿Lo que acaba de suceder entre nosotros justo ahora?

—¿Por qué debería arrepentirme?

—Discúlpeme —añadió con rigidez— ¿pero no acaba de insinuar que soy el tipo de caballero que se aprovecha de sus sirvientas?

—¿Aprovecharse? No. Pero debo admitir que hay una diferencia abismal entre los besos que compartimos cuando era la señorita Stafford de Newell Park y los que acabamos de compartir ahora que soy una simple institutriz en Cheapside.

—Han pasado tres años. Los dos hemos madurado. Y no estamos en un jardín mientras se celebra un abarrotado baile en Londres. Es lógico que la intensidad del encuentro... —Esbozó una mueca, avergonzado por el rumbo que había tomado la conversación—. No tiene nada que ver con que sea institutriz.

—¿No?

—No, ¡maldita sea!

—No es necesario que pierda los estribos.

—Estoy calmado. Trato de decirle que no le he faltado al respeto. Si lamenta lo que ha sucedido entre nosotros...

—No lo lamento. He sido yo quien lo ha besado, por si no lo recuerda. No lo tenía planeado, pero ahora que lo pienso... Igual, en cierto modo, es una manera perfecta de ponerle fin.

Una cascada de agua helada no podría haber sido más efectiva.

—Ponerle fin —repitió—. ¿Tras lo que acabamos de compartir? No opino igual.

La joven le dedicó una mirada gélida.

—Pero no depende de usted ¿o sí?

—Diablos, claro que sí—gruñó—. Si cree que voy a dejarla marchar después de esto...

Sylvia se puso de pie de inmediato.

—Es mi decisión y solo mía —replicó—. Soy una mujer de veinticinco años. Una mujer independiente. Hago lo que me place.

Sebastián se levantó y se cernió sobre ella.

—¿De veras? ¿Entonces supongo que se dedica a besar a caballeros con los que no está casada? ¿Con los que ni siquiera está prometida?

Un rubor ardiente se apoderó del rostro de Sylvia.

—¿Y qué si es así? No le incumbe.

Sebastián tenía una expresión fulminante en el rostro. ¿Había alguien más? ¿Cómo no iba a ser así? Siempre había tenido admiradores. Y habían estado separados durante tres años. Era estúpido asumir que no existía nadie más.

—Sus acciones de esta noche han hecho que me concierna —sentenció con frialdad—. Mi honor como caballero...

—¿Y qué sucede con mi honor?

Apretó la mandíbula. No sabía por qué estaba perdiendo el control. ¿Eran celos? ¿Frustración? Desde que volvió a ver a Sylvia Stafford su mente estaba sumida en el caos. Su sola presencia era abrumadora, pero acariciarla y besarla le había hecho perder la cordura. Estaba confuso. ¡Al demonio con todo! ¡¿Había habido otros hombres?! No podía quitarse ese pensamiento de la mente.

—Supongo que piensa que no hay necesidad alguna de tratar a una institutriz con honor o dignidad o... respeto. —Su voz se quebró por la emoción y se separó de él. Cuando habló de nuevo, le temblaba la voz por el llanto—. ¿Cómo puede llegar a pensar que besaría a cualquiera? Solo porque me lancé a sus labios aquella noche en el jardín, y hoy he vuelto a hacerlo... Supongo que cree que soy una seductora sin escrúpulos.

Sebastián soltó una maldición por lo bajo. En una zancada, ya estaba detrás de ella. Le rodeó el brazo con la mano.

—Comienza a ser tan desesperante como mi hermana —bufó. Su tono hostil se rebajaba por el apretón suave y tranquilizador de sus dedos—. Por supuesto que no creo eso. ¿Por quién me ha tomado?

Sylvia negó con la cabeza.

—Ya no estoy segura de nada. Soy incapaz de pensar.

—Está agotada, eso es todo. Los dos lo estamos. —La volvió para encararla. Verla con los ojos llorosos le destrozó el corazón. Deslizó la mano por su brazo, tratando de calmar sus caóticos nervios—. No hay necesidad de hablar más por esta noche —dijo—. Pero por la mañana, usted y yo hablaremos sobre muchísimas cosas. Vamos a llegar a un acuerdo.

Sylvia dejó de mirarlo. Su pequeño y esbelto cuerpo estaba rígido y firme.

—Por ahora, le sugiero que se vaya a la cama. Y le sentará bien tomarse una copa de jerez antes, si le apetece.

Le lanzó una mirada fugaz.

—¿Por qué tiene que ser tan coherente? Su hermana dijo que era un bruto y un déspota. Le suplico que me intimide. Amenáceme. Lánceme un jarrón de porcelana a la cabeza. Haga lo que sea para que pueda odiarlo.

—¿Preferiría odiarme? —Se quedó incrédulo.

—Así es. Sería más sencillo. Menos confuso que... —Señaló en un gesto vago que parecía abarcar Pershing Hall—, que esto.

—No dice más que tonterías. —Le dio otro apretón en el brazo.— Venga conmigo. Le encenderé una vela nueva para que pueda volver a su habitación. Por la mañana se sentirá mejor.

Sylvia asintió a regañadientes.

—Muy bien.

Sebastián le soltó el brazo y fue en busca de fósforos. El candelabro con el que había entrado todavía parpadeaba con intensidad, pese a que las velas se habían derretido. Proyectaba un leve brillo a su alrededor, dejando el resto de la biblioteca en completa penumbra. La vela de Sylvia hacía mucho que se había apagado. La cambió por una nueva, encendió la mecha y se la tendió.

—Los sirvientes deberían estar durmiendo —dijo mientras Sylvia tomaba la vela de su mano—. Aun así, es mejor que salgamos por separado.

—Estoy de acuerdo.

—Usted primero. Me quedaré aquí unos minutos.

Sylvia inclinó la cabeza en su dirección.

—Buenas noches, milord.

Milord. ¿Así que iban a volver a tratarse así? Suspiró.

—Dulces sueños, señorita Stafford. Espero con ansia retomar la conversación a una hora más razonable.

Capítulo 10

Cuando Sebastián regresó a su habitación, encontró a Milsom despierto, esperándolo. Durante los años que pasaron en la India, el leal sirviente había perfeccionado el arte de dormir durante cortos intervalos de tiempo, y lograba despertarse con el mínimo ruido o señal de movimiento. Como en aquel momento. Salió del vestidor con las cejas alzadas y una expresión bastante impertinente en el rostro.

Sebastián se quitó la camisa, dejando a la vista su espalda y pecho desnudos, plagados de cicatrices. Lanzó la prenda sin ningún cuidado a los pies de la cama.

—¿Y bien?

Milsom recogió la camisa.

—¿Milord?

—Deja de mirarme con esa arrogancia insoportable.

—Eso hago, ¿señor?

—Si tienes algo que decir, dilo ya. —Hizo una pausa—. A no ser que esté relacionado con la señorita Stafford y conmigo. En ese caso, agradecería que mantuvieses la boca cerrada.

Milsom lo miró con diversión.

—No pronunciaré ni una palabra sobre ese asunto, milord.

—Sabia decisión. —Sebastián se sentó para deshacerse de las botas.

—Pero permítame decirle que esta tarde me tomé la libertad de indagar sobre las cartas.

—¡¿Qué?! —El conde puso los ojos en blanco—. ¿Qué has hecho?

—Le pregunté a la señorita Craddock.

—¿La doncella de mi hermana? ¿Qué demonios sabe ella de todo esto?

—No mucho. Y lo que me dijo no es ningún secreto; fue una pérdida de tiempo.

—Continúa.

Milsom se agachó y recogió las botas de Sebastián.

—Según me ha contado, lady Harker se enteró del paradero de la señorita Stafford por una tal señorita Cavendish, quien a su vez lo supo a través de una tal lady Ponsonby. La anterior doncella de la señorita Stafford trabaja para esta última. Responde al nombre de Harriet Button.

Sebastián se puso en alerta al instante.

—Por lo visto —siguió Milsom—, la señorita Button estuvo empleada por la señorita Stafford durante muchos años y confiaba mucho en ella. Sir Roderick Stafford también la tenía en alta estima.

—¿Y cómo descubrió Craddock toda esta información tan fascinante?

—Al parecer lady Harker le pide a la señorita Craddock que le lea el correo cada mañana mientras ella —Milsom carraspeó con discreción—, se baña.

Sebastián hizo una mueca. Muy propio de Julia. Nunca había sido una gran lectora. Y le gustaba que cualquiera dispuesto a hacerlo la colmara de atenciones.

—¿Entonces Craddock le leyó la carta de la señorita Cavendish?

—Así es.

Sebastián se levantó y empezó a desabrocharse los botones del pantalón.

—Tienes razón. No sirve de nada.

—Se lo he dicho, milord.

—Sin embargo... —Sebastián se quitó el pantalón—. Necesito que vayas a Londres mañana a primera hora.

—¿Para hablar con la señorita Button?

—Exacto.

—Pensé que ella podría ser de utilidad, milord.

—Bien hecho —dijo Sebastián. En ropa interior, caminó hasta el lavamanos del vestidor.

—Era Button la encargada de enviar las cartas.

Milsom, que doblaba el pantalón y la camisa de su señor sobre el brazo, se detuvo a mitad.

—¿Cree que manipuló el correo?

—Pues eso parece. —Sebastián vertió una jarra de agua fría en la palangana. Sumergió la cabeza y aguantó unos segundos antes de levantarla y encontrarse al hombre a su lado, ofreciéndole una toalla. Se la arrebató de las manos y empezó a secarse la cara y el pelo.

—Sospecho que las cartas jamás llegaron a enviarse. Me gustaría saber el

porqué.

—Para mí el motivo es evidente, señor.

—Y para mí también —estuvo de acuerdo Sebastián—. Pero la señorita Stafford no creerá que su padre estuvo implicado en todo esto sin ninguna prueba. Es leal; incluso con aquellos que no lo merecen.

—¿Quiere que busque pruebas que inculpen a sir Roderick?

—Quiero que descubras la verdad. Sea cual sea.

—Haré todo lo que esté en mi mano, milord.

—Deberías llevarte algo de dinero —agregó Sebastián—. Los antiguos sirvientes de sir Roderick Stafford no tendrán reparos en aceptar un soborno. Me atrevería a decir que lo esperarán. Y, ¿Milsom?

—¿Sí, señor?

—Llega hasta el fondo de todo, sin importar el precio.

* * *

Unas seis horas después, Sylvia estaba en el desierto andén de la estación de Apsley Heath, aferrando con fuerza la maleta entre las manos enguantadas. Vestía el mismo vestido oscuro que llevó en el viaje de ida desde Londres, la misma capa abotonada alrededor del cuello y el mismo sombrero de seda en la cabeza, ajustado bajo la barbilla en una lazada simple pero firme.

Había resultado sorprendentemente sencillo encontrar a alguien dispuesto a llevarla hasta la estación. Le bastó con bajar a la cocina al amanecer y preguntar por la cocinera. La señora Croft era una mujer con un gran instinto maternal. Una mujer bondadosa. Un simple vistazo a los ojos hinchados de Sylvia y al rostro empapado de lágrimas, y llamó de inmediato a un mozo de avanzada edad que estaba en el establo.

—John —le había ordenado—. Será mejor que prepares el carruaje. Esta jovencita de aquí necesita llegar a tiempo al próximo tren que salga de Apsley Heath.

—Sí, señora —le había contestado él.

Y a los pocos minutos Sylvia estaba sentada detrás del viejo sirviente en un pequeñísimo y destartalado carruaje de un solo caballo precipitándose veloz hacia el pueblo vecino. No le hizo preguntas, gracias a Dios. Solo habló al llegar a la estación para desearle un buen viaje. Y tras aquello, se despidió con un gesto de la gorra y desapareció.

Estaba sola de nuevo.

Sola y extremadamente decepcionada consigo misma.

La noche anterior estuvo a un paso de caer en la misma trampa en la que habían sucumbido incontables mujeres antes que ella. Casi permitió que su reputación quedase arruinada. Y no por un libertino o canalla cualquiera aprovechándose de una institutriz ingenua; algo que ya hubiera sido bastante horrible de por sí. Sino por Sebastián Conrad. El caballero que le rompió el corazón tres años atrás.

Y lo peor era que ni siquiera podía culparlo. Era ella quien había propiciado el encuentro desde el principio.

¿Qué creía que ocurriría cuando le acariciara el rostro y le besara las cicatrices? ¡Prácticamente se había arrojado a sus brazos! Era natural que reaccionara; apostaría lo que fuera a que, si cualquier otra mujer —lo mismo daba si era duquesa o ayudante de cocina— se hubiera insinuado de ese modo habría provocado en él la misma respuesta apasionada. Sebastián no era más que un hombre, después de todo. Y ella se había mostrado lista y dispuesta ante él. ¡Y además iba en camisón! Bien podría morirse de la vergüenza.

Caminó una y otra vez de un lado a otro del andén, apretando tan fuerte con los dedos el asa de la maleta que sintió un calambre bajo los guantes. El viento soplaba con fuerza y las ráfagas heladas revolvían la tierra y el hollín, ensuciando el dobladillo de su sencilla falda. Pero apenas se percató del frío o de que se le manchaba el vestido. Tampoco notó la afluencia de gente que comenzaba a deambular por allí; viajeros que, como ella, esperaban al primer tren rumbo a Londres. Estaba demasiado inquieta y alterada.

«Pero por la mañana, usted y yo hablaremos sobre muchísimas cosas. Vamos a llegar a un acuerdo», le había dicho Sebastián.

¡Qué desfachatez! ¿Cómo podía haber pensado que se convertiría en su amante? Como si estuviera tan locamente enamorada de él para conformarse con tenerlo de cualquier forma. ¿Y para que iba a exponerse al escándalo y a esa humillación? ¿Para tener el dudoso honor de ser la amante de un conde?

¿Llegar a un acuerdo? ¡Qué se había creído!

Si dejaba las cosas como estaban, nadie se enteraría jamás de que su reputación había corrido peligro durante su desafortunado viaje a Hertfordshire. Sin embargo, si accedía a ser la amante de Sebastián, no solo estaría acabada, sino que también arriesgaría su sustento. Los Dinwiddy no permitirían que una mujer arruinada se hiciera cargo de sus hijas. Se desharían de ella sin darle ninguna referencia.

¿Y qué sucedería si se quedaba embarazada?

Se le revolvió el estómago solo de pensarlo.

Sería una vergüenza. Todos sus conocidos la repudiarían. Nadie que se considerara decente querría tener nada que ver con ella. Y lo peor de todo, dependería al completo de la buena voluntad de Sebastián. Tendría el poder de echarla a la calle cuando le viniera en gana. Y teniendo en cuenta sus cambios de humor, eso podría ocurrir en cualquier momento.

Se convenció a sí misma de que las consecuencias de una relación como aquella serían funestas. Eso podía llegar a entenderlo. Lo que no comprendía es porqué, a pesar de saber que saldría perdiendo con ese intercambio, sentía tanto dolor al pensar en Sebastián. Y tenía la terrible tentación de regresar a Pershing Hall y vivir a su lado del modo en que él la aceptara o durante el tiempo en el que estuviera dispuesto a tenerla a su lado.

«Eres tan insensata como padre», pensó con desagrado. «Estás sopesando desperdiciar tu vida solo por unos cuantos momentos de emoción, unos pocos momentos de placer».

Había tardado años en sanar su corazón roto la primera vez que Sebastián se lo destrozó. Años en construirse una nueva vida para ella misma. No podía volver a pasar por ello. Y no lo haría. Porque esta vez sería peor, muchísimo peor. Porque entonces Sebastián solo la cortejó y le dio unos castos besos. En cambio, la noche anterior, la había aplastado contra su pecho en un feroz y posesivo abrazo. Se había extasiado con sus labios. Y le había dicho que la deseaba.

El calor le inundó el rostro al recordarlo. Inclinó la cabeza, escondiendo el rubor de la vista ajena tras la protección de la visera del sombrero.

Unos minutos después, el rugido de la locomotora la sobresaltó, sacándola de su autoflagelación. Una sensación de resignación se le instaló en el corazón cuando el tren entró traqueteando en la estación. Se detuvo al lado del andén con un chirrido de metal, y un puñado de pasajeros desembarcaron. Sylvia esperó junto al resto de viajeros mientras los botones subían el equipaje. No tardaron demasiado; Apsley Heath no era un destino muy popular, y menos a esas horas del día.

—¡Todos a bordo! —gritó el conductor.

Sylvia agarró con más fuerza la maleta y se dirigió al vagón de segunda clase. «No hay nada más que pueda hacer», pensó con tristeza. Cualquier futuro al lado de Sebastián era imposible. Y la nueva información acerca de las cartas no cambiaba nada. Ahora eran dos personas diferentes, de dos mundos diferentes. Lo mejor era que ella regresara al lugar que pertenecía y continuara con su vida como institutriz. Era lo correcto. Y lo menos arriesgado.

Cuando llegó su turno de embarcar, un mozo se acercó y la ayudó a subir, tomándola del codo. Se lo agradeció y tras eso, lanzó una última mirada angustiosa al paisaje de Hertforshire y entró en el tren que la llevaría de regreso a Londres y la alejaría de la vida de Sebastián para siempre.

* * *

Sebastián durmió hasta el mediodía, pues se había pasado la mayor parte de la noche levantado. Cuando se despertó, Milsom ya se había ido.

Igual que Sylvia Stafford.

—Una sirvienta fue a su habitación a las diez y media para llevarle el desayuno —explicó Julia— pero estaba vacía y sus cosas no estaban. Le ordené a Craddock que averiguara si alguien la había visto y, no te lo vas a creer, descubrió que uno de los mozos de cuadra la llevó a la estación de tren en un carruaje. ¡Al amanecer!

Estaba sentado frente al tocador caoba, tratando de hacerse el nudo de la corbata cuando su hermana había irrumpido en la habitación. Ahora la corbata colgaba suelta alrededor de su cuello, olvidada, y la escuchaba en silencio, estupefacto.

—Ya estará a muchas horas de aquí. Y solo ha dejado esta nota en la almohada como explicación, en la que escribió... —Julia soltó un gritito cuando se la arrancó de las manos.

La desdobló y leyó las palabras de Sylvia con desesperación en la voz.

Mi querida lady Harker:

Regreso a Londres. Perdóneme por no haberme despedido de forma apropiada. Anoche me di cuenta de que era un error haber venido y tomé la decisión de marcharme a primera hora del día siguiente. Mi vida ahora está en Londres. Como institutriz. Hay que dejar el pasado atrás, por mucho que cueste. Lo único que se obtiene al intentar revivirlo es dolor. Espero que pueda entenderlo, y le pido que por favor acepte mis disculpas por cualquier inconveniente que pueda haberles causado.

Cordialmente,
Sylvia Stafford

La leyó de nuevo, profundamente afectado. «Hay que dejar el pasado atrás». Lo mismo que le dijo la noche anterior en la biblioteca. ¿En aquel momento ya sabía que iba a abandonarlo? ¿Alguna vez había tenido la más mínima intención de

quedarse? ¿De planear un futuro juntos? Era cierto que todavía no le había pedido matrimonio. La vio demasiado disgustada. Pero no había duda de que le había dejado claras sus intenciones.

¿Le atraía mucho más ser institutriz que convertirse en su condesa? ¿Y tan monstruoso le resultaba para escapar de él a escondidas con la primera luz del alba?

Por todos los dioses, se sentía como un completo imbécil.

Julia revoloteaba por el vestidor, retorciéndose las manos. Todavía llevaba el pelo recogido en una trenza para dormir y vestía un camisón estampado con muchos detalles y abotonado hasta la garganta.

—Termina de vestirte; puedes preparar un caballo e ir tras ella. Puede que aún la alcances si...

—No voy a ir a buscarla.

Se quedó mirándolo con los ojos como platos, consternada, mientras su hermano se colocaba frente al espejo y se deshacía de la corbata.

—¿Cómo? ¡Pensaba que deseabas que se quedara! ¿Y por qué no te estás vistiendo? Oh, ¿dónde está Milsom? ¡Milsom!

—Ha salido a atender un recado.

—¡Entonces te ayudo yo! ¿Dónde tienes la levita? ¿Y una corbata limpia? Debes darte prisa. Insisto.

—No voy a ir a Londres —dijo Sebastián con brusquedad—. No he salido de la hacienda desde que volví de la India. Y tú sabes muy bien por qué.

Julia se sonrojó.

—Lo sé, pero ahora tienes motivos para hacerlo, si vas podrías conquistar a la señorita Stafford.

Sebastián observó su reflejo en el espejo del vestidor. Con la luz del día, era difícil creer que Sylvia hubiera llenado de besos aquel rostro repleto de cicatrices. De hecho, cuanto más lo pensaba, más le parecía que la noche anterior no había sido más que un sueño esperanzador y desesperado.

—No voy a ir a Londres —repitió.

Julia se dirigió hacia la puerta.

—Entonces iré yo...

La sujetó de la muñeca.

—No vas a hacer tal cosa —sentenció con una calma peligrosa.

Los ojos de Julia se llenaron de lágrimas de frustración.

—¡Alguien tiene que ir a por ella! Debéis casaros. ¿Y por qué razón rechazaría

tal proposición? Sin duda cualquier cosa es preferible a trabajar de institutriz en Cheapside.

Sebastián se estremeció visiblemente.

—¿Qué le has dicho?

—Nada. —No, pensó con amargura. Lo único que había hecho era besarla. Estrecharla entre sus brazos. Decirle que le importaba muchísimo. ¡Por todos los santos! Se había lanzado sobre ella y había jadeado y gruñido como un animal salvaje. ¿Cómo diablos imaginaba que reaccionaría? Había salido huyendo de la biblioteca con lágrimas en los ojos, maldita sea. Probablemente sentía repulsión hacia él.

—¡Has tenido que hacer algo o sino seguiría aquí! Y sé que no le asustan tus cicatrices. Parecía un poco triste, sin duda, pero... —Julia abrió la boca—. ¡Oh, no! ¿Ha sido por mi culpa? ¿Por algo que he dicho? Pero ¿qué ha podido ser?

—¿Tal vez insinuar que podría volarme los sesos en cualquier momento, igual que hizo su padre?

Julia retiró la mano de un tirón, dramatizando mientras se frotaba la muñeca.

—¿Crees que fue porque mencioné que quería que fuera mi hermana? ¿Y que se casara contigo para ayudarte a salir del estado de melancolía en el que te encuentras?

Sebastián gruñó.

—Dios bendito.

—Tengo que admitir que aquello pareció alarmarla. Aunque la tranquilicé de inmediato y le dije que no era más que una fantasía egoísta. —Julia juntó las cejas —. ¿Crees que hay otra persona? Dijo que no estaba casada, pero no dijo nada acerca de no tener un pretendiente. Y está más guapa que nunca. Es una razón de peso para que vayas a por ella a Cheapside. Pongo la mano en el fuego por que, si sabe que la convertirás en condesa, dejará plantado a quien sea que la esté cortejando.

Sebastián escondió el rostro entre las manos. ¡De nuevo la sombra de otros hombres! Sus admiradores habían cortado todo lazo con ella tras el suicidio de su padre. No dejaba de repetírselo desde que se separaron la noche anterior. Sin embargo, solo porque los caballeros de la alta sociedad hubieran rechazado una relación con ella no significaba que se hubiera resignado a una vida solitaria de solterona. Ahora era institutriz, cierto. Pero era preciosa y de buena cuna. Sin duda tendría una larga cola de pretendientes desde Cheapside hasta Mayfair. Abogados. Doctores. Comerciantes. Maestros. Sebastián se los imaginó a todos

en fila en su mente; magníficos y elegantes, con voces suaves y amables.

—Fuera —bramó.

—Pero la señorita Stafford…

—¡Fuera! —Su voz retumbó en la estancia. Y cuando su hermana se escabulló del vestidor y de sus aposentos dando un portazo, sintió el mortificante picor de las lágrimas asomando a sus ojos. Se tragó entre espasmos la amarga oleada de dolor y miseria contenidos durante tanto tiempo. La ausencia de Sylvia Stafford. La muerte de su padre y de su hermano. La pérdida de sus amigos y compañeros en la India. Su rostro desfigurado. El dolor físico y la angustia mental.

Rebuscó en el bolsillo hasta localizar el mechón y lo apretó con ímpetu, como si fuera un salvavidas y él estuviera a punto de ahogarse. Siempre había tenido el poder de traerlo de vuelta desde el abismo. Pero ahora, mientras lo sujetaba contra su mejilla, no sintió nada. Nada en absoluto.

Se dio cuenta de que no era más que un símbolo. Un sustituto sin vida y sin alma de la Sylvia Stafford real.

Y ahora la Sylvia Stafford real se había ido para siempre.

Capítulo 11

Sebastián estaba a solas en el salón, frente a la chimenea, repantigado en una butaca acolchada de caoba. Con la mirada fija en el fuego, balanceaba entre los dedos una copa de brandi llena a la mitad. Entre las cenizas negras estaban los restos de la nota que Sylvia había dejado antes de marcharse a Londres. Ya no recordaba exactamente qué decía. Desde que la leyó por última vez, había bebido más de lo que su cuerpo podía soportar.

Y eso era una forma suave de decirlo.

No había salido de sus aposentos en los últimos tres días. Solo en esas horas había bebido mucho más que durante toda su carrera como oficial de caballería. Más incluso que en aquellos primeros meses tras su vuelta, después de que le destrozaran el rostro y descubriera que su padre y su hermano estaban ambos muertos. Pero continuó bebiendo hasta que sintió como si le hubieran partido la cabeza en dos con un hacha. Hasta que el doloroso recuerdo de Sylvia Stafford se adormeció y los vapores fuertes del alcohol borraron su sabor y su aroma.

No tenía ni idea de lo que había estado haciendo su hermana durante todo ese tiempo, ni tampoco le importaba. Había crecido en Pershing Hall y tenía amigos en la zona. ¿Quizá había salido a hacer algunas llamadas? ¿Estaba cotilleando con los vecinos? ¿O tal vez había ido a buscar alguna otra dama de su pasado para llevarla hasta Hertfordshire?

Pero no existía nadie más.

Solo había entregado su corazón una vez.

Tampoco es que se hubiera pasado treinta y dos años viviendo como un monje, aunque ciertamente eso podría decirse de los últimos dos. Jamás había mantenido una amante. Como oficial de caballería, apenas estaba en Inglaterra y cuando regresaba era por períodos breves de tiempo. Había tenido el típico escarceo con una bailarina de ópera cuando alcanzó la mayoría de edad; era una exuberante

pelirroja de dudosa reputación que dejaba bien claro que los favores que le concedía dependían por completo de los regalos que recibiera por su parte. Tras aquello, había seguido los pasos de los otros oficiales: alguna noche esporádica con una complaciente viuda o visitas puntuales a algún burdel, aunque no disfrutaba con las sórdidas mujeres que acompañaban al ejército y se ocupaban de la mayoría de los soldados.

Y luego, tres años después, regresó a Inglaterra en plena temporada londinense. Llegó a la ciudad acompañado de otro oficial, el hijo pequeño de la célebre anfitriona de la alta sociedad Marianne Fellowes, condesa de Denholm. Recibió una invitación para la noche siguiente. Una velada musical, según lady Denholm.

«Nada demasiado formal, coronel Conrad, pero me gusta entretener a los oficiales cuando están en la ciudad», le dijo.

El capitán Fellowes se mostró un poco avergonzado ante esas palabras, pero lo animó y le aseguró cuando estuvieron solos que la noche no sería una completa pérdida de tiempo.

«Mi madre siempre se las arregla para encontrar a una o dos intérpretes notables entre todas las jovencitas insulsas que maltratan el arpa y cantan a voz en grito canciones de amor en italiano», lo tranquilizó el oficial.

Sebastián llegó cuando la velada ya iba por la mitad. Fue vestido con el uniforme y era consciente de que eso le hacía parecer mucho más corpulento e intimidante. No estuvo de humor para conversaciones protocolarias sobre la India; había ido por simple cortesía hacia la madre del capitán Fellowes, nada más. Se sentó al fondo de la sala, con el rostro sombrío, y oyó la pequeña selección de cantantes y músicos; la mayoría eran —como cabía esperar— jovencitas ansiosas por exhibir su escaso talento.

Pero cuando la última de ellas terminó de tocar el piano y se inclinó ante el pequeño grupo reunido, un caballero que estaba por delante se puso en pie.

—Lady Denholm —dijo dirigiéndose a la anfitriona—. ¿Por qué no convence a la señorita Stafford para que nos deleite con su voz?

La mujer intercambió unas breves carcajadas con algunos caballeros del público. Admiradores de la señorita Stafford, asumió Sebastián.

No se equivocó.

No la había visto hasta entonces. Estaba sentada en el extremo derecho, muy por delante de él, y oculta entre los voluptuosos vestidos de noche de las damas de su alrededor. Se levantó, claramente incómoda por toda la atención, pero sin mostrarse remilgada ni con falsa modestia. Llevaba la abundante melena de pelo

castaño recogida hábilmente con horquillas con joyas incrustadas, y tenía los ojos más azules que Sebastián hubiese visto jamás. Se dio la vuelta y esbozó una sonrisa frente a la multitud. Fue una sonrisa genuina que reveló dos hoyuelos cautivadores, a pesar del rubor de su rostro.

Y Sebastián cayó bajo su hechizo. No porque fuera la mujer más preciosa que hubiese visto en su vida, aunque era bastante hermosa, sino por la calidez y la luz que desprendía. Dedicó a sus admiradores un reproche afable y luego, tras intercambiar unas palabras con la anfitriona, se acercó al piano.

—¿Quién quiere acompañarme? —preguntó.

Sin molestarse en esperar a que apareciera otro voluntario, una joven con el cabello de ébano emergió de entre la multitud y se deslizó en la banqueta del piano. Penélope Mainwaring, se enteró más tarde. Un diamante de primera y amiga íntima de Sylvia.

—¿Qué vas a cantar, Sylvia? —preguntó con hastío en la voz, coqueta—. ¿Una balada? ¿Una canción popular? ¿Una de marineros?

Todos estallaron en carcajadas con la última sugerencia.

—Cantaré una canción tradicional irlandesa —contestó Sylvia—. *Créeme, si todos esos preciados encantos.* No es muy larga; sé que todos estamos deseando cenar.

Los caballeros protestaron y el más animado le pidió una larga canción de amor. El vizconde Goddard. Un delgado y algo pálido aristócrata cuya elegante silueta hacía que Sebastián pareciese una bestia descomunal.

Pero en aquel momento no sintió celos. No la conocía lo suficiente como para estar celoso. Tan solo estaba embrujado e hipnotizado por ella.

Y entonces empezó a cantar:

Créeme, si todos esos preciados encantos
que hoy contemplo con amor.
Mañana se escurriesen entre mis manos
como si fuesen un tenue fulgor.
Mi mirada no perdería la pasión ni la devoción
aunque se evaporara la brujería.
En tus preciadas ruinas los deseos de mi corazón
se enredarían florecientes todavía.

Tenía una voz susurrante y aterciopelada; alegre y seductora. Le había lanzado un

anzuelo hasta lo más hondo del pecho y había empezado a tirar despacio y de forma implacable. Sebastián estaba inclinado en el asiento, con los ojos fijos en ella. Sylvia paseaba la mirada por toda la estancia, sin centrarse en nadie en particular, mientras cantaba:

Cuando la juventud y la belleza te pertenecen
y el rostro aún no ha sido marcado.
Ahí la verdad más profunda del alma no aparece,
pues el tiempo lo vuelve todo más preciado.
No, el corazón que ama de verdad no conoce olvido.
Solo amor que hasta el fin se prueba
igual de fiel y leal que el girasol ha permanecido,
tanto en el ocaso como cuando el sol se eleva.

Cuando la canción terminó, Sebastián se acercó a lady Delholm y le pidió que se la presentara. Y entonces, durante los dos meses que siguieron, se las ingenió para estar siempre en el mismo lugar que Sylvia Stafford. Bailes y cenas de sociedad, paseos por los jardines Cremorne, obras de teatro, meriendas en el parque, e incluso visitas a la maldita biblioteca ambulante.

No porque le hubiese llevado dos meses darse cuenta de lo sentía por ella.

Supo que estaba enamorado durante las dos primeras semanas. El resto del tiempo lo pasó tratando de averiguar si sus sentimientos eran correspondidos.

No se atrevió a dar un paso más hasta aquella última noche en el jardín de los Mainwaring. Primero le pidió un mechón de pelo. Luego la besó. Ella le enmarcó el rostro entre sus pequeñas manos, y por poco lo deja sin aliento al devolverle el beso.

«—Me pregunto a cuántas más habrá besado en jardines bajo la luz de la luna —le preguntó.

—Solo a usted, señorita Stafford —le respondió Sebastián Conrad con total sinceridad—. Solo a usted».

Poco después, regresaron juntos a la sala de baile. Sebastián estaba en un estado total de euforia, que se esfumó cuando los asaltó el vizconde Goddard a quien, al parecer, Sylvia le había prometido el siguiente vals. Sebastián apoyó la espalda contra la pared en un rincón y los observó, resistiendo la casi insoportable urgencia de agarrar a Goddard del pescuezo y zarandearlo como a un cachorro insolente.

A la mañana siguiente, Sebastián partió hacia Marsella y allí embarcó en la ruta marítima que lo llevaría hasta la India.

Cuando llegó, sus obligaciones lo mantenían ocupado desde que amanecía, y muchas veces hasta bien entrada la noche. Las contiendas, ya fueran de mayor o menor envergadura, lo dejaban exhausto y casi siempre acababa herido. Los horrores de la rebelión lo destrozaban mentalmente, pero Sylvia Stafford casi nunca salía de su cabeza. Una tarde, cuando estaban acampados a las afueras de una ciudad o hacinados en algún cuartel infestado de alimañas, se decidió a escribirle. Las primeras cartas eran respetuosas, pero luego su desesperación fue en aumento.

Al no recibir respuesta, pensó que Goddard había conseguido conquistarla.

Se atormentaba imaginándolos juntos, rememorando las veces que los había visto bailar o pasear por el parque. Comprendió que Sylvia nunca había estado interesada en un gigantesco oficial de caballería. Que lo más probable era que le hubiera impuesto su presencia y ella tenía tan buenos modales que no se atrevía a pedirle que la dejara en paz.

Pero ese no había sido el caso.

Sylvia le había escrito. Y hasta había estado pendiente del periódico, preocupada por si resultaba herido o caía en batalla. Y durante todo ese tiempo, ella creía que él le estaba siendo desleal y que había ignorado todas sus cartas. Y eso no era lo peor; pensaba que estaba tan ofendido por lo que le había escrito que se había apartado de ella con disgusto.

Pero no tenía ni la más mínima idea de qué podría haber en aquella carta que fuera tan ofensivo. Nada de lo que dijera o hiciera sería suficiente para ahuyentarlo. Estaba obsesionado con ella.

Y pese a ello, cuando hablaron en la galería de arte, Sylvia parecía muy convencida de que su relación había terminado a causa de algo que aparecía en la primera misiva. ¿Pero qué diantres era? ¿Y por qué demonios pensaba que era suficiente para que se alejara de ella? A no ser que…

A no ser que le hubiera confesado algún desliz con otro hombre.

Una sacudida de náuseas lo recorrió de arriba abajo. ¡Por Dios bendito! ¿Así que se trataba de eso? ¿Le confesó algo sobre Goddard o sobre algún otro hombre? ¿Le habían robado un beso? ¿O incluso había llegado más allá con alguien?

La mera idea era devastadora.

Sin embargo, tenía todo el sentido del mundo.

Le dijo que había sido una ingenua y una estúpida. Se disculpó por haberse

dejado llevar por la emoción. Y añadió que le avergonzaba muchísimo pensar en ello.

Sebastián apretó el puño hasta que le dolió la mano. No dejaba de repetirse a sí mismo que ya no tenía importancia. Ella no lo quería. Ni siquiera si estar con él suponía convertirse en condesa. Prefería seguir siendo institutriz antes que pasar un segundo más a su lado.

Sin duda era por sus cicatrices; era incapaz de pasar por alto el horror de lo que le había pasado a su rostro. Sentía repugnancia hacia él.

«Era usted muy especial para mí», le había susurrado mientras le acariciaba el cuello.

Esa sola frase se había reproducido en su cabeza una y otra vez durante los últimos dos días. Lo había conmovido tantísimo que no tuvo más remedio que tomarla entre los brazos y besarla con pasión. Y ahora, tras la dolorosa partida de Sylvia a Londres comprendía el verdadero significado de las palabras.

«Era usted muy especial para mí».

Lo había dicho en pasado. Se habría percatado al instante de no haber estado tan desatado por la dulzura de sus caricias y el embriagador aroma de su cálida piel con olor a violeta.

En pasado, pensó Sebastián con amargura, porque los sentimientos de Sylvia hacia él eran cosa del pasado.

Pese a todo, tendría que informarla si Milsom daba con alguna prueba que demostrara que sir Roderick tenía algo que ver con el sabotaje de las cartas. Necesitaba saber la verdad sobre todo lo que pasó tanto como él mismo.

Por supuesto, no volvería a verla. No insistiría en un lugar donde su presencia no era bienvenida. Y viajar a Londres estaba fuera de la ecuación. Le bastaba con imaginar la reacción de los miembros de la alta sociedad al ver su rostro para acabar con toda su valentía.

No. No regresaría a la ciudad. Cuando Milsom le contara lo que descubriera, se lo transmitiría a Sylvia por carta. Una última carta que le explicara todo lo que sabía acerca de lo sucedido tres años atrás.

Sería un final de lo más adecuado para toda esta tormentosa historia.

* * *

Sebastián se despertó al oír a Milsom merodeando por la habitación. Estaba haciendo un ruido de mil demonios; golpeaba la jarra contra la palangana, agitaba uno contra otro los instrumentos de afeitar y sacudía las camisas sin necesidad

alguna.

—¡Silencio, maldita sea! —gruñó Sebastián—. ¡Y cierra las condenadas cortinas! ¿Tratas de dejarme ciego de ambos ojos?

Sin inmutarse, Milsom le llevó una bandeja en la que no había más que un vaso repleto de un líquido parduzco. Lo reconoció de inmediato: era uno de los horribles brebajes característicos de su ayuda de cámara, que prometían acabar con las consecuencias de una noche de exceso con la bebida. Con un exabrupto lleno de furia, se lo bebió de un trago y soltó el vaso vacío con ímpetu en la mano de Milsom.

Una hora después, ya estaba en pie; se había bañado, vestido y, por primera vez en tres días, afeitado. Milsom lo había conseguido, aunque Sebastián no había dejado de mirarlo con expresión de arrogancia durante todo el proceso.

—¡Quítamela! —le ordenó Sebastián mientras le anudaba la corbata.

—¿Milord?

—Has pasado tres días en Londres. A no ser que estuvieras todo el tiempo borracho como una cuba en una taberna o inconsciente en un burdel, espero que le hayas interrogado a Harriet Button.

—En efecto, aunque no estaba completamente seguro de que quisiera saberlo. Lady Harker me ha informado de que la señorita Stafford se marchó hace tres días. Y que desde entonces usted ha estado encerrado en sus aposentos. —Se aclaró la garganta—. «Acabando con las existencias de la bodega», creo que fueron sus palabras exactas.

—Pretendo escribirle a la señorita Stafford —respondió Sebastián con frialdad. Clavó los ojos en los de Milsom a través del espejo del tocador—. Y para ello me gustaría tener la historia completa. Si has averiguado algo, te pido por favor que me lo cuentes antes de que yo mismo te obligue hacerlo.

Milsom se mostraba inmune ante las amenazas.

—Como quiera, señor. —Se mantuvo ocupado recogiendo los instrumentos de afeitar—. Logré hablar con la señorita Button. Aunque no fue sencillo.

—Por eso ha tardado tres días.

—Exacto, señor. Casi nunca se separa de lady Ponsoby. Las observé de cerca durante los dos primeros días, esperando la oportunidad idónea para acercarme, pero hasta ayer no salió por su cuenta. Visitó a un boticario en la calle Bond. La abordé y hablé con ella. Al principio mi estrategia no fue bien recibida.

—Confío en que el dinero que te di fuera de ayuda.

—De una ayuda inmensa.

—¿Y bien? —apremió Sebastián—. ¿Qué te dijo esa condenada mujer?

—Me contó que era cierto que la señorita Stafford le escribía. Dos veces por semana durante más de medio año. Una vez por semana a partir de entonces. Le escribió casi unas cien cartas en total.

Sebastián dejó las manos quietas en la corbata. Respiro profundamente.

—Continúa.

—La señorita Button tenía instrucciones estrictas de quemar cualquier carta dirigida a usted. Las órdenes provenían del mismo sir Roderick Stafford.

Sebastián se esperaba algo por el estilo. No cabía duda de que se destruyeron, ya fuera la doncella quien lo hiciera o el propio sir Roderick. Aun así, la enormidad de aquella ofensa lo sacudió por dentro. Todas aquellas valiosas cartas. Perfumadas. Selladas con mil besos. Cartas que él había ansiado con muchísima desesperación.

—Entonces las quemó —dijo Sebastián con calma—. Quemó casi unas malditas cien cartas.

—La doncella le era muy leal a sir Roderick —contestó Milsom—, aunque solo hasta cierto punto.

Sebastián detectó un ligero dejo de satisfacción en su voz. Levantó la mirada de golpe, fijando de nuevo los ojos en los de Milsom a través del espejo.

—¿Qué diablos significa eso?

—La señorita Button ya va teniendo una edad, milord —dijo el ayuda de cámara—. Está preocupada por su inminente jubilación. Una doncella no gana lo suficiente para ahorrar, ya entiende lo que quiero decir. Y ella se ha visto obligada a utilizar otros métodos para conseguir fondos y así poder retirarse en una casita de campo en Hampshire.

—¿Otros métodos?

—Chantaje. Al parecer, hace mucho que tiene el hábito de guardar cartas de amor y otras notas incriminatorias de la gente para la que trabaja, y las conserva hasta que le son de utilidad.

Sebastián se dio la vuelta con lentitud para encarar a su ayuda de cámara, con una expresión de sorpresa reflejada en su ojo sano.

—Pero no seguirá teniendo las cartas de la señorita Stafford —dijo—, sir Roderick está muerto y su hija no tiene los medios para hacer frente a un chantaje. No obtiene ningún beneficio. Debe saberlo, no me cabe duda.

—Tiene toda la razón, milord. Y por eso accedió a darme esto por unas ínfimas cincuenta libras. —Rebuscó en el bolsillo interior de la levita y sacó un

rectangulito de papel descolorido.

A Sebastián se le secó la boca.

—¿Eso es...?

—Es la única carta que ha guardado. Según tengo entendido, la primera de todas. La señorita Button consideró que era la más valiosa. Que no se haya deshecho de ella en los últimos dos años es una mera casualidad.

—¿La primera carta? —preguntó Sebastián con voz ronca. Extendió la mano y la tomó con una mano que de pronto le temblaba horriblemente.

—La primera. Según afirma la doncella.

Sebastián se quedó absorto contemplando la caligrafía redondeada que componía la dirección de envío. Era la letra de Sylvia Stafford.

—¿La has leído?

—No, milord.

Se llevó el sobre a la nariz e inhaló. Percibió un tenue aroma. Violetas. La apretó entre los dedos.

—Te has superado.

—Gracias, señor. ¿Necesitará algo más?

—No, esto será todo.

Todavía resplandeciente por el triunfo, Milsom hizo una reverencia y salió de la habitación con rapidez.

Sebastián contempló el trozo de papel durante un largo rato. El corazón le latía con intensidad en el pecho y se le había acelerado el pulso. Estaba sellada con una gota de cera de lacre roja derramada que llevaba partida mucho tiempo, sin duda la culpable era aquella doncella chantajista. Sentía terror por abrirla, pero él no era un cobarde. Y no importaba lo que hubiera escrito Sylvia Stafford en el pasado, pues ya no tenía efecto real en el presente, ¿cierto? No eran más que palabras. Palabras inofensivas y sin significado.

Desdobló la carta y comenzó a leer.

* * *

Mi queridísimo Sebastián:

Espero que cuando lea esta carta esté sano y salvo. He rezado para que el viaje hasta la India no haya sido demasiado arduo para usted y para sus hombres. ¿Su nuevo caballo se ha adaptado bien a las condiciones? ¿O ha demostrado ser tan impetuoso como temía? El capitán Fellowes me contó con tristeza que

el último pereció en batalla. Lamenté mucho oírlo y sé que para usted debió de ser todavía más doloroso perder a un compañero tan fiel. Deseo de todo corazón que el nuevo caballo sea tan valiente e incondicional como el anterior.

Como ve, he preguntado por usted, incluso aunque eso haya supuesto humillarme ante el capitán, quien estoy segura de que ahora no me considera más que una jovencita tonta que ha perdido la cabeza por un apuesto oficial de caballería.

He intentado actuar con cautela, pero cada vez es más complicado. Lord Goddard no deja de cortejarme con insistencia y ojalá pudiera decirle la razón por la que debo rechazarlo.

Amor mío, he pensado en usted muy a menudo desde la última vez que nos vimos. Hay muchísimas cosas que desearía haberle dicho aquella noche en el jardín. Pero tuve miedo de hablar de más. «¡No debes confesar tus sentimientos ante un caballero! Pondrá tierra de por medio y se alejará de ti», me advirtió Penélope. Fui una tonta al seguir su consejo. No me atreví a decirle lo que guardaba en mi corazón. Y ahora se ha ido lejos y a pesar de que rezo todos los días para que se mantenga a salvo, soy consciente de que es muy probable que jamás le vuelva a ver. ¿Y si le sucediera algo y nunca descubriera hasta dónde llega mi amor por usted?

Le quiero. Ya está, ya lo he dicho. No me importa haber sido la primera en hacerlo. Le amo. No hay nadie más en mi corazón. Jamás lo ha habido. Y deseo que nos casemos en cuanto regrese. No es necesario que se tome toda una semana de permiso. No tenemos que publicar las amonestaciones matrimoniales en la iglesia; podemos casarnos con una licencia especial y luego me iré usted a la India, donde seré feliz siendo la esposa de un oficial. No entiendo por qué no me pidió matrimonio en el jardín. Creí que iba a hacerlo. Pero el momento nunca llegaba, y temí haber hecho algo mal. ¿Fui una descarada? ¿No debí besarle? Escríbame y dígamelo, Sebastián. Sé que encontrará las palabras adecuadas para tranquilizarme.

No puedo pensar en nada más que en volver a verle. ¿Qué voy a hacer ahora que se ha ido? No soy feliz en ningún sitio. ¿Cómo voy a lucir vestidos preciosos cuando sé que no los verá? ¿O a disfrutar de un baile si no bailo con usted? ¿Qué felicidad me brinda cantar si no está para escucharme?

Mi amor, debe hacer todo lo posible para mantenerse fuera de peligro. No trate de hacer nada heroico. Prefiero que vuelva a casa de una pieza a que le

condecoren con una ridícula medalla o a que le asciendan. Aunque estaría orgullosísima de usted en cualquiera de los dos casos, entienda que no soporto la idea de perderle. Se ha convertido en lo único estable y confiable de mi mundo.

Padre dice que tengo que seguir asistiendo a las fiestas de la ciudad y pasear con el vizconde Goddard por el parque de vez en cuando. Dice que no debe notarse, bajo ningún concepto, que extraño a alguien. Pero es que lo hago. Y con desesperación.

Sello esta carta con mil dulces besos. Cuando vuelva a escribirle, le mandaré mil más. Para usted tengo un suministro inagotable, amor mío. Prométame que tendrá cuidado y que regresará pronto a mi lado.

Por siempre suya,
Sylvia Stafford

Sebastián no sabía cuánto tiempo llevaba allí sentado, leyendo una y otra y otra vez la carta. No sabía cuándo había sacado el mechón del bolsillo y, al recuperar la cordura, vio que lo tenía aferrado en la mano, y lo acariciaba con el pulgar de aquella manera tan familiar.

«Le quiero», había escrito. «Y deseo que nos casemos en cuanto regrese».

Así que pensaba que se había distanciado de ella a causa de esas palabras. Una carta en la que le confesaba los secretos más íntimos de su corazón. Una carta repleta de palabras cariñosas y ternura. Lo había llamado «Amor mío». Y «mi corazón». Era una carta sellada con mil dulces besos, solo para él.

Era un oficial malhumorado y arisco. El segundo hijo de un conde, con una escasa fortuna y una sensibilidad casi inexistente. Y pese a ello Sylvia lo había amado. Y creía que había permanecido indiferente ante su confesión. No, era peor todavía. ¡Creía que se había sentido asqueado ante sus palabras! Maldita fuera Penélope Mainwairing, ella tenía la culpa de todo. «¡No debes confesar tus sentimientos ante un caballero! Pondrá tierra de por medio y se alejará de ti».

Maldijo entre dientes. Y luego llamó a Milsom.

—Busca a mi hermana —dijo con brusquedad—. Y después empieza a hacer el equipaje.

Milsom alzó las cejas.

—¿Partiremos a Londres de inmediato, milord? —Se interesó—. ¿O necesita algo de tiempo para escribirle a la señorita Stafford?

El conde le lanzó una mirada amenazadora.

—No seas insolente —dijo mientras guardaba con cuidado la carta y el mechón en el bolsillo—. Pero la respuesta es sí, maldito seas. Nos iremos cuando lady Harker esté lista. Se acabaron las cartas.



Capítulo 12

Londres, Inglaterra
Primavera 1860

—¿Y entonces qué hizo, señorita Stafford? —preguntó Cora Dinwiddy en un susurro, asombrada.

Sylvia miró a las dos niñitas rubias que tenía delante. Se alegraban de tenerla de vuelta tan pronto. Su madre era una mujer bondadosa, pero la vitalidad desbordante de sus hijas la abrumaba con facilidad. Tan solo un día con ellas a su cargo y tuvo que retirarse a la cama, dejándolas al cuidado de la ya sobrecargada ama de llaves.

—¡Llega justo a tiempo, señorita Stafford! —había exclamado la señorita Poole cuando Sylvia apareció en la puerta tres días antes—. ¡Un mes! Y entonces le dije yo a la señora: «¿Deja que la institutriz se vaya durante todo un mes sin previo aviso? ¿Y qué pasará con la casa mientras yo me dedico a perseguir a esos dos monstruitos?». Pero ya la conoce. Media hora intentando que esas niñas hagan un poco de costura y tiene que retirarse a descansar a causa de una de sus migrañas. ¿Y quién se ocupa de todo? Pues yo. ¡Yo! Pero no, a las señoritas no les apetece coser. ¡No! Quieren que les lea un cuento. Y debo hacerlo justo igual que la señorita Stafford. ¿Alguna vez había oído algo parecido?

Sylvia se encontró a las niñas en el aula, jugando con muñecas en medio de un grandísimo desorden. El viejo piano estaba abierto y los libros de música, esparcidos por todos lados. Por el suelo había multitud de trozos de papel para dibujar arrugados. Y alguna de ellas, sospechaba de Cora, había derramado las acuarelas en la raída alfombra Kidderminster, dejando una inmensa y brillante mancha de color púrpura que haría palidecer hasta la última tendencia en tintes.

Tras reprenderlas brevemente por su mal comportamiento y pedirles con amabilidad que ordenaran el aula para que estuviera lista para las lecciones de la mañana, Sylvia las dejó a solas y subió hasta su diminuta habitación a lavarse y a cambiarse de ropa.

Si la casa no hubiera estado en un absoluto estado de caos, alguien le habría preguntado por qué había vuelto a Londres tan pronto o por qué había ido hasta la casa en un cabriolé. Pero ni una sola persona mencionó nada hasta más entrada la semana. Y no fue la señora Dinwiddy quien preguntó, aunque lamentara que el breve descanso de Sylvia no hubiera sido como esperaba, sino que fueron las propias Clara y Cora las que la interrogaron.

—Sí, señorita Stafford —alentó Clara—. ¿Y entonces qué hizo?

Sylvia escribió con una tiza una única palabra en la pizarra que sostenía sobre el regazo.

«Conde».

La levantó para que pudieran leerlo con detenimiento.

—¿Cómo hay que comportarse ante un conde? —replicó Sylvia—. ¿Clara? ¿Cora? ¿Cuál es el modo apropiado de saludar a un caballero con ese rango?

Cora frunció el ceño, observando la palabra con consternación.

A Clara, la mayor, se iluminó el rostro de pronto.

—¡Con una reverencia!

Sylvia fingió reflexionar sobre la respuesta.

—Sin duda sería lo correcto si estuviésemos en un salón de baile a punto de comenzar a bailar —contestó—, pero era en un salón justo igual al que hay abajo. ¿Es adecuado saludar así a un conde en ese caso?

—Le estrecharía la mano —dijo Cora con audacia—. Y le diría: «¡Encantada de conocerle!».

Sylvia sonrío.

—Eso sería bastante aceptable, cielo, si se tratase de un conocido del mismo rango o de un rango menor. Sin embargo, un conde pertenece a una posición superior. Es un privilegio que nos tienda la mano.

Clara hizo una mueca.

—No quiero estrecharle la mano.

—De hecho —prosiguió Sylvia—, es muy poco probable que nos la ofrezca. En su lugar, hará una reverencia y como respuesta hay inclinar la cabeza de un modo cortés. Eso será suficiente con cualquier persona de rango superior, a menos que... —añadió con un tono solemne— algún día conozcáis a la reina.

Clara y Cora reaccionaron con entusiasmo. Como siempre, Sylvia trató de convertir su emoción en enseñanzas prácticas.

—De pie, niñas —las animó—. Quiero ver vuestras mejores reverencias. Las necesitaréis si alguna vez os encontráis ante Su Majestad.

Las niñas obedecieron, y tras una breve pero apasionada charla para decidir cuál de las reverencias era más bonita y si algún día llegarían a conocer a la reina, volvieron a sus sitios. Y retomaron el interrogatorio.

Gracias a los cotilleos del servicio y a la deslenguada de su madre, Clara y Cora sabían desde el principio que Sylvia tenía una antigua vida como «señorita». Sin embargo, esta era la primera vez que en la casa había pruebas indiscutibles de que en otra época la mismísima institutriz se había codeado con vizcondesas y condes.

Sylvia no tenía ni la más mínima idea de qué les habían contado a las niñas acerca de su viaje a Hertfordshire. No era un secreto en absoluto, pero ella prefería no hablar del tema. Se había marchado de Pershing Hall envuelta en una neblina emocional, llena de pánico y confundida por lo sucedido con Sebastián. En lo que a ella respectaba, era mejor olvidar la experiencia. Con el tiempo esperaba que le doliera un poco menos el corazón. Hasta entonces, había decidido mantenerse tan ocupada que no tendría ni un solo momento libre para dejarse arrastrar por la melancolía.

—No más preguntas, niñas —zanjó con brío—. Ya hemos perdido bastante tiempo hablando de la nobleza—. Borró con un paño la palabra «Conde», que seguía escrita en la pizarra. En su lugar, escribió una serie de números—. Por favor, sacad las pizarras; vamos a tratar un tema mucho más interesante. Aritmética.

* * *

La residencia del conde de Radcliffe en Mayfair estaba a menos de cincuenta kilómetros de Pershing Hall. Era medio día de viaje en carruaje, con alguna parada para cambiar los caballos. Si hubieran ido en tren habrían llegado cuatro veces más rápido, pero Julia no quería desobedecer los deseos de su marido e insistió en viajar de otro modo. Sebastián seguía igual de escéptico ante la idea que tenía Harker en relación con la seguridad de su esposa, pero no se opuso. En su lugar, aprovechó el tiempo adicional para explicarle a su emocionadísima hermana lo que necesitaba que hiciera una vez llegaran a Londres.

—A Harker esto no le hará ni pizca de gracia —dijo Julia mientras movía juguetona los dedos de los pies sobre el calentador que Sebastián le había conseguido la última vez que se detuvieron.

Mientras cambiaban los caballos, se había obligado a salir del carruaje para entrar en la taberna artesanal y pedir una jarra de cerveza. El dueño fijó la mirada, en su rostro, sin apartar los ojos de las cicatrices incluso cuando Sebastián se dirigió a él. Había sido una experiencia sobrecogedora; pero al mismo tiempo resultó liberador. El tabernero lo había observado con una fascinación horrorizada, cierto, pero no parecía tenerle miedo y desde luego no dio muestras de estar en estado de pánico.

Sin embargo, eso no significaba mucho. Sin duda, un rudo tabernero estaba habituado a encontrarse con cosas desagradables. El momento de la verdad llegaría cuando llegasen a la ciudad y Sebastián se viese obligado a interactuar con sus iguales.

—Esperará que regrese a casa —continuó Julia—, y debo explicárselo todo, por supuesto, y me atrevo a decir que lo entenderá. Pero ya conoces a Harker. Ya lo irritó bastante que regresara a Pershing Hall tan pronto. Y cuando le diga que me quedaré contigo en tu casa de la ciudad... —Hizo una mueca—. Sin duda me soltará un sermón.

Sebastián divisaba el paisaje por la ventana del carruaje con la mirada perdida, pero ante esas últimas palabras volvió la cabeza en dirección a su hermana pequeña. Teniendo en cuenta todas sus tonterías, Julia se había mostrado más que feliz de acompañarle en este viaje impulsivo. Hasta le escribió una nota a lord Harker para informarle de que no era necesario que fuera hasta Hertfordshire, pues se reuniría con él en Londres.

Para Sebastián su hermana siempre había sido una condenada molestia. Cuando nació, él ya estaba en Eton. Luego se fue a la universidad y más tarde llegaron las obligaciones del ejército. Rara vez estaba en casa, y como resultado de ello, nunca había llegado a conocerla de verdad. Tampoco se había esforzado en hacerlo. Los breves períodos de tiempo que pasaban juntos durante las vacaciones escolares o cuando estaba de permiso, habían sido desagradables en extremo, repletos de parloteos desmedidos y tonterías juveniles. Su padre y su hermano mayor la habían malcriado, consintiéndola y elogiándola por las mismas cualidades que Sebastián consideraba más insufribles.

Hasta ese momento, no se le había ocurrido pensar en cómo se habría sentido ella al perderlos a ambos al mismo tiempo. Y tras eso tuvo que afrontar que el único hermano que le quedaba regresara de la India tan destrozado que era imposible reconocerlo. Aun así, había continuado visitándolo en Pershing, y había permanecido a su lado a pesar de sus protestas y amenazas, y los libros o

abalorios que alguna vez había lanzado en su dirección.

Y en el gesto más afectuoso de amor fraternal que había recibido jamás, había localizado a Sylvia Stafford para reunirla con él, y sin proponérselo había resuelto un malentendido mantenido durante tres años que podía, de forma literal, cambiar el rumbo de su vida entera.

—Hablaré con Harker —le dijo.

A Julia se le iluminó el rostro.

—¿De veras? Debo decir que es lo más sensato. Quedan pocos miembros en la familia, ya lo sabes. Y lo mejor será que todos se unan a la causa.

Sebastián volvió de nuevo la cabeza y observó por la ventana el paisaje que atravesaban. Hubiese preferido solucionarlo sin involucrar a nadie; lo que sucediera a partir de ahora solo era asunto de Sylvia y suyo. De nadie más.

Pero ahí estaba el quid de la cuestión. Si quería que su plan funcionara, necesitaría el apoyo de su familia y amigos, y en aquel preciso momento escaseaban.

—La tía Araminta y la tía Sophie estarán en la ciudad —dijo Julia, como si le leyera la mente—. Y también María, la hermana mayor de Harker. Y lord y lady Wilding. Ahora mismo no se me ocurren muchos más. —Se acomodó la manta de viaje sobre la falda de volantes—. Haré una lista y les escribiremos. Todos querrán hablar contigo. Ahora eres el conde.

—Así es —sentenció.

* * *

Llegaron al atardecer. El reducido personal les dio la bienvenida, disimulando como mejor pudieron su consternación por la aparición inesperada del conde de Radcliffe. Hacía tres años que Sebastián no pisaba Londres. La última vez que estuvo en la casa de la ciudad su padre seguía siendo el conde y su hermano, el heredero. Sintió una punzada de dolor al contemplarlo todo, pero no había tiempo para la melancolía. Fue hasta la cámara del conde para refrescarse y cambiarse, y permitió que Julia adoptara el papel de señora de la casa.

Geoffrey Randall, el vizconde Harker, llegó dos horas después para cenar con su esposa. Sebastián no se unió a ellos, pero cuando terminaron compartió con Harker una copa de oporto en la biblioteca.

No participó en las negociaciones matrimoniales entre su padre y lord Harker; sin embargo, tenía la gran sospecha de que el difunto conde había querido casar a su única hija con un caballero de carácter serio y austero que pudiera manejar de

cierto modo el comportamiento irrefrenable de su hermana. Para un ojo inexperto, Harker reunía las condiciones necesarias. Tenía treinta y cinco años, quince más que Julia, y era un respetado miembro del parlamento. Pero Sebastián había evaluado el comportamiento de los hombres bajo su cargo durante la última década y, aunque reconocía el mérito de su cuñado, saltaba a la vista que Harker era la última persona sobre la faz de la tierra capaz de controlar a Julia.

Aquel pobre idiota la amaba y se lo consentía todo con una facilidad alarmante. No le extrañaba en absoluto que tuviese la libertad de deambular por la ciudad y que pudiese visitar sin más a una institutriz en Cheapside, además de disponer del tiempo para idear la historia de que él mismo pensaba en quitarse la vida.

Sebastián no tenía ni idea de si su hermana correspondía los sentimientos de su esposo. Cuando era más joven, estaba embelesada con la belleza dorada de Thomas Rotherham; sin embargo, Harker era un hombre de aspecto mediocre, y eso era ser muy generoso. Tenía una continua expresión triste y alicaída en el rostro que hacía pensar en un sabueso melancólico.

—Supongo que tendré que quedarme aquí —dijo Harker, mirando la copa con el ceño fruncido—. Si Julia no quiere venir a casa, no puedo obligarla, ¿cierto?

—La necesito, Harker —respondió Sebastián—. Sin ella aquí...

—Muy bien. Muy bien. Lo comprendo a la perfección—. Harker levantó la cabeza—. Pero no quiero que le grites, Radcliffe.

Sebastián ya había oído antes aquel discurso en concreto; no era la primera vez que Harker lo atosigaba con ese tema.

—Tengo mal humor —admitió—. Ha empeorado desde que volví de la India, pero jamás le haría daño ni a mi hermana ni a ninguna otra mujer.

Aquella afirmación pareció contentar a Harker.

—Lo mejor que puedes hacer es casarte, Radcliffe. Proporciona paz mental. Un hogar. Amor. Esa clase de cosas. Me alegra oír que... —Hizo una pausa, frunciendo el ceño de nuevo—. Pero no quiero adelantarme, la situación que propones es... complicada.

—Doy por hecho que recuerdas el escándalo.

—Naturalmente. Fue una situación muy lamentable. Acusaron a Stafford de todo tipo de cosas después del suicidio. No sé mucho acerca de su hija, pero no me sorprende que la sociedad la repudiara. Todos estaban furiosos con Stafford. —Harker se encogió de hombros y bebió un trago de oporto—. Sin él en escena, su hija era un perfecto chivo expiatorio.

Sebastián abrió y cerró el puño, concentrando la ira que crecía lentamente en él

en esta pequeña e inofensiva acción, aunque realmente le apeteciera darle un puñetazo a la pared de madera. Había estado completamente sola. La habría podido ayudar de haberlo sabido.

—Tenía amigos —dijo—, buenos amigos. Lord y lady Mainwaring...

—¿Has dicho Mainwaring? —Harker levantó la vista de la copa—. Sir Roderick tenía una deuda de un total de veinte mil libras con los Mainwaring. Algún negocio de inversiones, según tengo entendido. No conozco los detalles, pero te puedo asegurar que no quería implicarse más en aquel asunto. No me lo imagino ayudando a la hija de Stafford.

Sebastián bajó la mirada hacia el puño. Nunca le había gustado aquel hombre. Era un barón con aires de duque y hacía negocios como un comerciante. ¿Y qué decir de su hija? Sebastián jamás había conocido a una mujer con una opinión tan elevada de sí misma.

—Por otro lado —prosiguió Harker—, en aquel entonces tenía una hija de la que preocuparse.

—Eso no tendría que haber importado. La señorita Stafford y Penélope Mainwaring eran amigas.

—Ahora es lady Goddard.

—¿Cómo dices?

—La hija de Mainwaring, Penélope. Ahora es lady Goddard. Se casó con el vizconde hace dos años. Poco después del suicido de Stafford, según recuerdo.

—Dios santo, no me lo puedo creer —murmuró Sebastián. Así que aquel era el motivo, ¿cierto? Con una sola palabra de Penélope, Sylvia podría haberse quedado en Londres en la residencia de lord y lady Mainwaring. Pero en su lugar, la joven había aprovechado la oportunidad para deshacerse de ella como si fuera una rival.

—¿Qué sucede? —preguntó Harker.

—Hace tres años, Goddard sentía una devoción absoluta por Sylvia.

—Ah. —Harker asintió con la cabeza—. Entonces el exilio de la señorita Stafford se debe a algo más que a las acciones de su padre. ¿Celos, quizá? Con las damas nunca se sabe. Algunas son tan venenosas como víboras; le hincarían los colmillos tanto un amigo como a un enemigo. Y lady Goddard es una mujer bastante intimidante. Diría que forma parte del grupo al que visitarás mañana.

Sebastián se había preguntado por qué lord Goddard no había acudido en ayuda de Sylvia. Así que era por eso. ¿Había estado Penélope vertiendo veneno en el oído de Goddard? ¿Convenciéndolo de que abandonara a Sylvia y la eligiera a

ella? Habían sido sus amigos. ¡Y ahora ellos vivían en la ciudad, con una buena posición dentro de la sociedad, mientras que Sylvia se contentaba con un puesto de institutriz en Cheapside! Sebastián podría llegar a matarlos si lo provocaban lo más mínimo.

—Ya la honraré con mi presencia más adelante —escupió con frialdad—. Mi hermana y yo tenemos otro asunto del que ocuparnos mañana.

* * *

A la una y media del día siguiente, Sebastián estaba sentado en el salón principal de una pequeña pero respetable casa en Cheapside. Julia estaba a su lado en el excesivamente mullido sofá y frente a ellos, la señora Dinwiddy se movía con nerviosismo en un sillón orejero sin reposabrazos. Era una mujer bajita y regordeta, e iba enfundada en un vestido de seda de color negro cuyas faldas competían en tamaño con las de Julia. Desviaba la mirada constantemente hacia la parte desfigurada del rostro de Sebastián, quien tuvo la tentación de colocar la cabeza un ángulo en el que sus cicatrices no fueran visibles, pero el orgullo le impedía ceder en lo más mínimo. En su lugar, miró a su anfitriona directamente a los ojos.

Había llegado diez minutos antes junto a su hermana, montados en un carruaje con el escudo de armas de los Radcliffe. Otra mujer regordeta, Sebastián asumió que era el ama de llaves, les había abierto la puerta principal. Se había quedado mirando el rostro del hombre, boquiabierta, antes de casi desfallecer cuando le entregó su tarjeta. Tras unas dolorosas e incómodas palabras de cortesía, unos intentos de balbucear «Su Gracia» de modo ininteligible, los guio hasta el salón y llamó a la señora de la casa.

—No sé qué las está entreteniendo. —La señora Dinwiddy soltó una risita nerviosa por tercera vez—. Solo estaban dando un paseo por el campo. Debería... —Su mirada voló de nuevo hacia el rostro de Sebastián—. ¿Debería mandar a alguien a buscarlas?

—No se moleste, señora —la tranquilizó Julia—. Esperaremos con gusto.

—Como desee, milady. —La señora Dinwiddy entrelazó las manos con fuerza en el regazo—. Cuando contratamos a la señorita Stafford jamás imaginé que... —otra risita nerviosa— ¡jamás creí que tendría a una vizcondesa y a un conde sentados en mi propio salón! —Señaló a su alrededor, indicando lo inadecuado de la situación; el sofá, los sillones, los cojines bordados y la gran cantidad de porcelana azul y blanca no estaban a la altura—. Está todo hecho un desastre.

Sebastián se había reunido con gente muy diversa mientras estaba en el ejército y no destacaba especialmente en ello, era demasiado brusco para las convenciones sociales. Pero esa mujer, por muy ridícula y torpe que fuera, había sido amable con Sylvia. La había acogido en su casa y le había dado un empleo. Sebastián sintió un escalofrío al pensar qué habría sido de ella de no haber sido así.

—¿Disculpe, pero... no era consciente de que la señorita Stafford es la hija de un barón? —preguntó Sebastián.

La señora Dinwiddy apretó los labios.

—Con respecto a eso, milord... Cuando la contratamos mencionó que solía moverse entre la alta sociedad, sin embargo, me contó que su padre... —bajó la voz hasta convertirla en un susurro— se quitó la vida. —Miró a Julia—. Un asunto espantoso. No quise presionarla con los detalles.

—Por supuesto que no —coincidió Julia.

—Y aunque hubiese insistido, la señorita Stafford no estaba en condiciones de decir mucho más. Si tan solo hubieran oído su voz al enumerar sus cualificaciones... ¡sonaba tan frágil y débil! Me contó que tenía experiencia en geografía, en pintura y que hablaba un francés aceptable. Pobrecita. No dejaba de temblar. Estaba hundida en la tristeza. ¡Y además no tuvo tiempo de hacer el duelo! El primer año le permití vestir de negro, por supuesto, aunque el señor Dinwiddy no lo aprobara.

Julia se inclinó hacia adelante, dedicándole a la mujer una mirada comprensiva.

—¿La encontró muy apenada?

—Muchísimo. ¡Y estaba tan delgada y demacrada! «Esta joven tiene que engordar», le dije al cocinero. —La señora Dinwiddy sonrió con nostalgia ante el recuerdo—. Es una chica muy agradable. Y tiene muy buena mano con las niñas. Siempre me ha dado lástima que no tuviera a nadie con quién pasar la Navidad y que tampoco recibiera visitas. Pero ella asegura que es feliz así.

Sebastián escuchaba en silencio mientras la señora Dinwiddy describía las condiciones en las que Sylvia acudió a ellos. Lo recorrió la misma furia impotente que sintió cuando Milsom le dijo que la doncella había quemado casi cien cartas. Se percató de que Sylvia no había sido del todo honesta con él. Pero ¿por qué iba a serlo? Para ella no era más que un hombre indigno de confianza que la rechazó con crueldad. ¿Para qué iba a importunarlo contándole que la tristeza la había consumido y paralizado?

—Se mantiene ocupada en todo momento —continuó la mujer—. Ayer, sin ir más lejos, acompañó al mercado a Millie, nuestra ama de llaves. Y anteayer, por

difícil de creer que suene, subió toda la ropa que había para remendar a su habitación y a la mañana siguiente, ¡bajó con todo terminado!

«La melancolía y el trabajo no son compatibles», le había dicho Sylvia. ¿Así que eso es lo que hacía ahora? ¿Mantenerse ocupada a todas horas como una maldita criada para evitar el sufrimiento que le provocaba su nueva situación?

—Debemos convencerla de que se tome un descanso —dijo Julia con firmeza —. Empezaremos por un paseo en carruaje esta tarde. Debe insistirle en ello, señora Dinwiddy.

La mujer asintió con la cabeza, obediente.

—Se lo diré, milady. Había esperado que se quedara más tiempo en el campo, pero no negaré que su regreso a casa fue un regalo del cielo. Tengo migrañas, ya sabe. Y la señora Poole no sabe manejar tan bien a las niñas. Y a menudo... —se interrumpió ante el inconfundible sonido de la puerta de la entrada principal al abrirse—. ¡Ah! —exclamó aliviada—. ¡Deben de ser ellas al fin!

A Sebastián se le aceleró el pulso. Se levantó del sofá y se alisó el chaleco de color negro con un ademán demasiado exagerado. No era propenso a ponerse nervioso. De hecho, le habían acusado con frecuencia de tener hielo en las venas. Pero al oír el eco de la voz de Sylvia en el vestíbulo, y sabiendo todo lo que le había escrito en aquella carta, sintió más nervios que en toda su vida entera.

—¿Tenéis la hoja intacta? —preguntaba Sylvia en aquel momento.

Como respuesta se oyeron unos gritos agudos, seguidos de un inconfundible sollozo infantil de angustia.

—Oh, cielo —dijo la voz de Sylvia—. No te preocupes. Te la cambio por esta. ¿Ahora entiendes por qué he recogido dos más? Siempre hay que estar preparada para este tipo de catástrofes.

La señora Dinwiddy se levantó de la silla y caminó hasta la puerta del salón. La abrió de sopetón.

—¿Señora Poole? Lleve a Clara y Cora al aula. ¿Señorita Stafford? Acompáñenos, si es tan amable.

Sylvia entró unos segundos después, acalorada. Llevaba el pelo recogido en una trenza despeinada, y el dobladillo de su sencillo vestido gris estaba algo manchado de tierra. Su mirada voló directa a Sebastián. Se quedó inmóvil, y el rubor le cubrió las mejillas.

—¡Lord Radcliffe!

Sebastián estaba paralizado en el sitio.

—Señorita Stafford —pronunció. Y le dedicó una ligera inclinación de cabeza.

No era capaz de moverse más.

Gracias a Dios que Julia estaba allí. Antes de que el silencio se volviera incómodo, se puso en pie y se acercó corriendo a Sylvia con los brazos extendidos.

—Oh, mi querida Sylvia —La tomó de las manos y le dio un beso en la mejilla —. ¿Esas dos eran las niñitas a las que enseña? ¡Parecen rebosantes de energía! Pero ¿cuál era el problema? Espero que nadie haya resultado herido.

Sylvia la miró con desconcierto.

—¿Herido? Oh, no, lady Harker, en absoluto. Estábamos… estábamos buscando hojas para nuestro proyecto de arte de esta tarde. La de Cora se le hizo pedazos entre las manos. Estaba un poco triste… —Volvió a clavar los ojos azules llenos de incertidumbre en Sebastián—. Disculpen, pero no esperaba que…

—Lady Harker y lord Radcliffe han venido a visitarla —la interrumpió la señora Dinwiddy con una risita forzada—. Y se han visto obligados a esperar en mi compañía durante el último cuarto de hora.

—Queremos que venga de paseo con nosotros, señorita Stafford —aclaró Julia —. ¿Necesita cambiarse el vestido o arreglarse el pelo antes de irnos? ¿Quiere que la acompañe arriba para ayudarla?

—¿Un paseo? ¿Con ambos? —preguntó Sylvia con voz débil. Volvió a mirar a Sebastián, y su rubor se intensificó hasta alcanzar un tono escarlata. Y en aquel breve instante Sebastián supo, sin atisbo de duda, que estaba rememorando los apasionados besos que compartieron en la biblioteca.

Le mantuvo la mirada hasta que ella apartó los ojos.

—Es del todo aceptable —le aseguró Julia—. Y la señora Dinwiddy ha insistido en que nos acompañe.

—Así es —corroboró la mujer—. Y no se preocupe por las niñas. La señora Poole se hará cargo de ellas mientras esté fuera.

Sebastián examinó el rostro de Sylvia, en el que se reflejó la lucha interna entre los modales aprendidos durante toda una vida y su instinto de conservación. Cuando su expresión se convirtió en una máscara de educada cortesía, supo que lo primero había ganado.

—Por supuesto —le dijo a Julia—. Es muy amable. ¿Me concede un momento para que me cambie? Me he ensuciado la falda durante el paseo con las niñas.

Julia le aseguró jovial que disponían de todo el tiempo del mundo. Unos segundos después abandonó la habitación junto a Sylvia, charlando animadamente durante todo el camino.

Sebastián soltó un suspiro de alivio.

Capítulo 13

Como si un paseo en carruaje no fuera lo bastante peculiar de por sí, Sylvia tenía sentados enfrente a Sebastián y a lady Harker. Uno no decía absolutamente nada y la otra se esforzaba al máximo por llenar el silencio con una sucesión interminable de comentarios banales.

No comprendía qué hacían en Londres, y mucho menos por qué habían ido a visitarla. Sebastián ya no iba nunca a la ciudad, ¿cierto? De hecho, pensaba que jamás abandonaba Pershing Hall. Y, aun así, ahí estaba. Primero en Cheapside y en ese momento en...

Bueno, Sylvia no tenía ni la más mínima idea de dónde estaban. Llevaban bastante tiempo en el carruaje, recorriendo las calles de la ciudad y, por lo que alcanzaba a apreciar en los breves vistazos por la ventana, no estaban cerca de nada que se pareciese a un parque.

—No lo entiendo —dijo Sylvia cuando lady Harker hizo una pausa para tomar aliento—. ¿Qué hacen aquí? ¿A qué han venido? Creí haberme explicado bien... —Paseó la mirada del uno al otro con aire de impotencia—. ¿No encontraron la nota?

—¿La que dejó en la almohada cuando desapareció sin decir nada? —preguntó Sebastián.

Eran las primeras palabras que le dedicaba desde que pronunció su nombre en el salón de los Dinwiddy. A Sylvia le latió el corazón con desenfreno como respuesta. Pensaba que no lo vería nunca más, ni volvería a oír su voz.

—Sí —dijo él—. La encontramos y leímos el motivo por el que decidió dejarnos. Aunque lo consideré de lo más insuficiente.

Sylvia entreabrió los labios. Sintió ganas de responderle con un comentario mordaz, pero no encontró las palabras. Tenía un mal presentimiento, algo no iba bien. La sensación se intensificó cuando el carruaje se detuvo; se asomó por la

ventana y de inmediato se giró hacia sus dos acompañantes con una mezcla de asombro e indignación en el rostro.

—¡Estamos en Grosvenor Square!

Lady Harker esbozó una sonrisa luminosa.

—Sí. Tomaremos el té junto a un fuego acogedor. ¿No te parece maravilloso?

Un lacayo abrió la puerta del carruaje antes de que Sylvia tuviera tiempo de contestar. Sebastián salió sin decir una palabra. Ayudó a su hermana a bajar y luego tendió una enorme mano enguantada en dirección a Sylvia. Todos los sirvientes los observaban. No podía armar un escándalo. Ni tampoco soportaría encontrarse con alguno de sus antiguos conocidos.

—¿A quién pertenece esta casa? —preguntó en un susurro.

Sebastián tenía el rostro tenso.

—Al conde de Radcliffe.

Sylvia dio un paso atrás por instinto.

—Oh, pero sabe que no puedo...

—No es nada indecente. Mi hermana está presente, como ve. Es una mujer casada muy respetada. Puede estar tranquila. Ahora, si me permite. —Sebastián le tendió la mano de nuevo.

Esta vez Sylvia la aceptó y le dejó que la ayudará a bajar del carruaje. Le latía tan rápido el corazón que creía que iba a desfallecer. ¿Tomar el té? ¿En la residencia de Sebastián? Era mala idea.

—La chimenea de la biblioteca está encendida —dijo lady Harker mientras avanzaban por el vestíbulo de suelos de mármol. Una escalera de caracol se curvaba con elegancia hacia los pisos superiores y una magnífica lámpara de araña colgaba de los altos techos—. El ambiente será muy agradable. —Se quitó el gorrito y los guantes y se los entregó a un mayordomo de aspecto altivo.

Sylvia hizo lo mismo, alisándose el alborotado cabello con una mano temblorosa mientras seguía a lady Harker por el pasillo. Sebastián caminaba tras ellas a cierta distancia; no volvió a cruzarse con él hasta que entraron a la biblioteca.

Era, en efecto, una atmósfera agradable, y los muebles sofisticados y las paredes revestidas de madera oscura la hacían parecer aún más. Cuando lady Harker le hizo una seña, Sylvia se sentó en un sofá de seda de damasco tapizado a rayas. La vizcondesa se acomodó a su lado, y Sebastián se sentó frente a ellas en una enorme butaca, con el semblante rígido. Así que no era ella la única que estaba nerviosa, pensó Sylvia. Al menos era algo.

—¡Oh, cielos! —Lady Harker se levantó de un saltito con un frufrú de las enaguas almidonadas—. ¡Acabo de acordarme de que falta la confitura para acompañar el té! Voy a hablar con el cocinero. Disculpe un momento, señorita Stafford. Vuelvo enseguida.

Sylvia la miró atónita cuando salió disparada de la estancia. La pesada puerta se cerró tras ella con un suave pero sonoro clic. Observó la puerta cerrada durante unos instantes, demasiado aturdida para hablar.

—No va a volver, ¿verdad?

—No —reconoció Sebastián—. No hasta que yo la avise.

Sylvia lo contempló con una mirada de reproche.

—¿Y qué quiere decir con eso exactamente? Me aseguró que su hermana estaría presente...

—Olvídese de mi hermana —dijo Sebastián con voz tranquila y firme—. Tenemos que hablar.

—Podíamos haberlo hecho en el carruaje. O en el salón de los Dinwiddy. No era necesario que me trajera aquí...

—Tenemos que hablar a solas, sin que nadie nos interrumpa. Es la única razón por la que he venido a Londres.

Sylvia tenía los brazos descansando a ambos lados del cuerpo. Al oír sus palabras, aferró el almohadón del sofá con los dedos.

—¿Ha venido hasta la ciudad solo para hablar... conmigo?

—No me dejó otra opción. Si tan solo se hubiese quedado unas horas más en Pershing Hall... Le confieso que hubiese preferido hacerlo allí. No entraba en mis planes volver a poner un pie en Londres; lo cierto es que quería quedarme en la hacienda para siempre. Si supiera el sufrimiento que he atravesado para verla de nuevo...

—No tendría que haber venido.

—Señorita Stafford...

—Es demasiado para mí. ¿No lo comprende? Ya no formo parte de su mundo. Estar con usted... en su propia casa y rodeada de todas estas cosas me hace terriblemente infeliz. Y me he esforzado tantísimo por no serlo... No llega a imaginarse cuánto.

—No deseo ser el causante de su infelicidad.

—Pues le suplico que llame a su hermana. Y por favor, pida el carruaje para que me lleve de nuevo a Cheapside.

Sebastián apretó la mandíbula.

—Si es lo que desea, lo haré sin dudar —dijo—. Pero primero escuche lo que tengo que decirle.

Sylvia juntó las manos en el regazo.

—Nada de lo que vaya a decirme me hará cambiar de opinión.

La miró durante un largo rato con el rostro sombrío. Sylvia se percató de que vestía igual que cuando solía encontrárselo por la ciudad; llevaba un elegante pantalón negro de lana con un chaleco a conjunto, una impecable camisa blanca de lino y una ajustada levita negra que acentuaba la magnífica amplitud de sus hombros, que estaban rígidos por la tensión.

—He averiguado lo que sucedió con las cartas —dijo Sebastián.

Clavó la mirada en él, atónita. Había esperado que le hiciera una oferta formal para tratar de convertirla en su amante. ¿No era aquel el motivo por el que había ido a Londres?

—¿Cómo dice?

—Me dijo que su doncella se encargó de llevarlas al servicio postal. Ahora trabaja para lady Ponsonby.

—Button —dijo Sylvia. Casi no reconocía su propia voz.

Él asintió.

—Envié a Milsom a Londres para que investigara; regresó ayer tras hablar con ella. Al parecer, su padre le pidió que quemara todas las cartas dirigidas a mí.

Las palabras atravesaron a Sylvia como una puñalada. Se llevó una mano al vientre, tratando de respirar.

—¿Quemó las cartas?

—Todas salvo una —aclaró Sebastián —. La conservó por si la necesitaba para un futuro chantaje. Según Milsom, su antigua criada se está esforzando mucho para garantizar su jubilación en una casita de campo en Hampshire.

Sylvia tragó saliva.

—¿Cuál? —preguntó.

Sebastián le sostuvo la mirada llena de inquietud.

—La primera.

Cerró los ojos durante unos instantes mientras el calor invadía su rostro.

—La primera —repitió—. Pues claro que iba a ser esa.

—Milsom se la compró por cincuenta libras y la trajo a Pershing Hall; la leí ayer por la mañana. Y ahora estoy aquí, señorita Stafford, he venido a decirle que… el viaje transcurrió con normalidad. Mi nuevo caballo se adaptó a la perfección, aunque lamento darle la mala noticia de que lo perdí en el asalto de Jhansi. La

quiero. Siempre la he querido. Y nos casaremos tan pronto como desee. Renuncié a mi cargo, así que ya no será la esposa de un oficial, pero espero de corazón que acepte ser mi condesa. No le pedí matrimonio aquella noche en el jardín porque temía que me rechazara, maldita sea. No fue una descarada y el beso que me dio fue lo que me ha ayudado a sobrevivir estos dos años infernales. —Hizo una pausa, visiblemente afectado—. Perdóneme, me expuse al peligro. Sé que llego tres años tarde y con un aspecto terrible, pero yo...

Sylvia no se había percatado de que lloraba hasta que Sebastián interrumpió su discurso con una maldición entre dientes. En segundos, estaba a su lado en el sofá, rodeándola con sus fuertes brazos antes de que el primer sollozo le estremeciera todo el cuerpo. Volvió el rostro hacia su hombro y lloró.

—Oh, mi amor —susurró Sebastián.

El cariño que teñía su voz ronca provocó que las lágrimas se desbordaran.

—¿Cómo se atrevió? —tartamudeó entre sollozos—. Todo ese tiempo... Cuando sabía que se me estaba rompiendo el corazón en mil pedazos.

Sebastián le acarició la espalda.

—Tu padre quería lo mejor para ti.

«Y para él mismo». Las palabras sin pronunciar flotaron en el aire entre los dos. Su padre le dijo que podía casarse con quien deseara, pero todo había sido mentira. Jamás había tenido intención de dejar que se desposase con un oficial, ni siquiera con el segundo hijo de un conde. No. Él había querido un yerno lo suficientemente rico para pagar sus deudas de juego.

«Lo apostó todo en aquella última partida», le había dicho a Sebastián aquella tarde en el alfeizar de la ventana. «Creo que me habría apostado a mí también si se le hubiese ocurrido a tiempo».

Pero sí que lo tuvo presente. Desde el principio. Había apostado con su vida, con el futuro de su propia hija. Como si fuera una mano de cartas. Todo para que pudiera conseguir a alguien mejor. Pero no para sí misma, sino para él.

—Jamás hubo nadie mejor que usted —dijo entre lágrimas—. Nunca lo hubo.

Sebastián la estrechó entre los brazos. Sylvia sentía el atronador latido de su corazón contra el pecho. La estaba tranquilizando, pero él no estaba calmado en absoluto.

—Me siento honrado.

—Es la verdad. Pero puede que padre no lo viera de la misma forma. Si estaba decidido a que me casara con alguien rico tendría la mirada puesta en otro lugar. En lord Goddard, supongo.

—Es muy probable.

Se alejó de él entre hipidos, buscando a tientas un pañuelo. Antes de que pudiera localizar el suyo en el ridículo, Sebastián le puso uno enorme en la palma de la mano. Lo utilizó para secarse el rostro y sonarse la nariz. El romanticismo del momento desapareció con ese gesto.

—Le he destrozado la corbata —dijo.

—Al cuerno con la corbata —contestó él.

Sylvia lo miró parpadeando. Tenía una expresión muy seria, como si esperara algo más.

—Lord Goddard me propuso matrimonio antes de que padre muriera —confesó Sylvia.

Un destello de sorpresa apareció en el rostro del conde.

—¿Lo hizo?

—Le respondí que no podía casarme con él. Que estaba enamorada de otra persona. «Del coronel Conrad, supongo», me dijo él. Y le contesté que sí. Que estaba esperando a que regresara usted a casa. —Se enjugó las lágrimas que se agolpaban en sus ojos—. Si hubiese aceptado, si no le hubiese esperado... Quizá padre no se hubiese visto obligado a tomar medidas tan drásticas. Lord Goddard podía haber saldado todas sus deudas. Puede que siguiera vivo si yo...

—Dudo mucho que eso hubiera cambiado algo. Y al final... si hubiese aceptado su proposición, ¿habría sido feliz como lady Goddard?

—Habría sido una desgraciada.

Sebastián alargó la mano para apartarle un mechón de pelo rebelde que se le pegaba en la mejilla húmeda.

—¿Sería feliz siendo lady Radcliffe?

Sylvia dejó escapar un suspiro vacilante.

—Ahora soy institutriz.

—No me importa.

—Aquella noche en la biblioteca le importó.

—¿Que fuera institutriz? Cielos... No seguirá creyendo que lo que pasó entre nosotros...

—Me negaba a hacerlo, pero... Si me hubiese considerado digna de casarme con usted se habría declarado aquella noche. En vez de eso, dijo que... que quería que fuera su amante.

Sebastián se apartó, estupefacto.

—¡Y un cuerno!

Su reacción fue tan genuina que Sylvia sintió un leve atisbo de duda.

—Es cierto —insistió—. Mencionó un acuerdo y regalos y...

El rostro de Sebastián se iluminó con lentitud al entenderlo.

—¿Por eso se fue de Hertfordshire?

—Sí —admitió con un titubeo en la voz—. No sabía qué más hacer.

—Debería haber acudido a mí.

Sylvia negó con la cabeza.

—No confiaba en mí misma. No después de lo que sucedió entre nosotros.

Sebastián suavizó la expresión. Parecía comprenderla, incluso empatizar con ella.

—Estaba muy alterada —dijo—. Y por eso mismo no abordé el tema aquella noche. —Posó una mano en su mejilla—. Sylvia... no quería que fuese mi amante. Quería convertirla en mi esposa. Siempre he querido que sea mi esposa. Si se hubiera quedado hasta por la mañana, ya lo sabría.

Bajó la mirada, conteniendo una nueva oleada de lágrimas.

—No puede casarse conmigo. Tengo un empleo en casa de los Dinwiddy y tras todo lo que le sucedió a padre... Ahora es usted conde y yo soy...

—Es la mujer a la que quiero —dijo con voz áspera.

—Habrá habladurías.

—¿Piensa que me importa algo lo que diga el resto? ¿Lo que piensen?

—No, pero...

—Además —continuó—, tengo un plan.

Sylvia fijó la vista en sus ojos.

—¿Qué tipo de plan?

—Sir Roderick fue un completo sinvergüenza y su muerte supuso un escándalo, pero aun así era barón, y sigue siendo su hija. —Le quitó la mano del rostro y apretó la mandíbula con determinación—. Mi intención es restablecerla en la sociedad para la que nació y para la que fue educada. Lord Harker y mi hermana nos ayudarán, pero hay más gente que también está dispuesta a hacerlo. Julia ha sugerido empezar por ir al teatro y a algunas fiestas de sociedad pequeñas y después, en el apogeo de la temporada, a un baile. A un baile de compromiso, si... si acepta casarse conmigo.

—¿Harías eso por mí? —susurró con la voz temblorosa.

—¿Hacer qué? ¿Dejarme ver en sociedad?

Sylvia asintió.

—Si es necesario.

—¿Es lo que quieres?

—Dios, no. No me importa lo que piense la sociedad acerca de que hayas sido institutriz durante los últimos dos años. Y todavía me importan menos las habladurías sobre tu padre. No necesitas redimirte ante mis ojos. Si solo dependiera de mí, me casaría contigo mañana por la mañana y te arrastraría de vuelta a Pershing Hall.

A Sylvia le retumbaba el corazón en el pecho.

—¿Mañana? Santo cielo.

Sebastián la observó con intensidad.

—Sylvia... —Un tenue rubor le subió por el cuello. De repente, aunque fuera sorprendente, parecía estar inseguro de sí mismo—. Sé que no soy lo que era... que las cicatrices han hecho que mi rostro sea difícil de contemplar... pero en el pasado estabas enamorada de mí. Dijiste que era muy especial para ti. Si me das una oportunidad, si aceptas convertirte en mi esposa, te prometo que te daré todo lo que siempre has deseado. Haré todo lo que esté a mi alcance para...

Sylvia le puso un dedo en los labios para acallarlo.

—Eres un necio... —dijo—. Qué poco me conoces. —Alzó una mano para acunarle la mejilla—. Eres todo lo que siempre he deseado.

Un destello de emoción cruzó el rostro de Sebastián.

—¿Sigues deseando lo mismo? —preguntó en un susurro ronco.

Durante años, se había jurado a ella misma que si alguna vez volvía a encontrarse en una situación similar se comportaría de forma comedida. Respetable. Que jamás volvería a confesar sus verdaderos sentimientos como había hecho en aquella carta. Pero cuando se acercó más a Sebastián y el familiar aroma a bergamota especiada y a lino almidonado le llegó a la nariz, aquellas promesas se desvanecieron en el aire. Penélope Mainwaring estaba equivocada. Algunos caballeros, incluso los más fuertes y valientes, necesitaban cierta certeza de vez en cuando. Y en aquel momento se la ofreció con todo su corazón.

—Sí —le dijo—. Mi amor, sí. Eres tan especial para mí como lo eras antes. Y las cicatrices simbolizan todo lo que has tenido que sufrir para volver a mi lado, y por ello te quiero todavía más. Pero, por mucho que lo desee, mañana por la mañana es imposible. La señora Dinwiddy necesitará al menos una semana para buscar una nueva institutriz.

Sebastián se quedó inmóvil, agudizando la mirada.

—¿Qué intentas decir?

—Digo que sí... me casaré contigo. Y te amo, Sebastián. Nunca he dejado de

hacerlo, por mucho que lo haya intentado. Pero si de verdad me quieres... y no te importa...

Sus palabras se desvanecieron cuando el conde posó la boca sobre la suya. Sylvia dejó escapar una leve exclamación de sorpresa. Y entonces le rodeó el cuello con los brazos y relajó los labios bajo los de él. Sabía que debía tener un aspecto espantoso, con los ojos hinchados y la cara roja de tanto llorar. Y sus besos tendrían sabor a lágrimas. Pero a él no parecía importarle. Primero la besó en los labios, luego en la mejilla y finalmente en la sien, sin aflojar su firme abrazo.

Oyeron un golpecito suave en la puerta.

Sebastián se detuvo a mitad del beso.

—Julia —masculló—. ¡Maldita sea!

Sylvia se apartó de él al oír el pomo de la puerta.

—¿No se suponía que no volvería hasta que la llamaras?

—Eso creía.

La puerta se abrió con un crac y lady Harker asomó la cabeza. Estaba radiante.

—¡No he podido evitar escucharlo todo! —Entró en la biblioteca, cerrando tras ella—. ¿Es cierto, Sylvia? ¿Vas a casarte con mi hermano? Caramba, ¡has estado llorando! —Corrió a su lado—. ¿Y ahora que le has hecho, Sebastián? ¿No te tengo dicho que tienes que ser amable con ella y decirle solo cosas dulces?

La miró con ganas de estrangularla. Sylvia le tomó la mano en un impulso; sintió cómo cerraba los dedos alrededor de los de ella.

—Son lágrimas de felicidad —dijo—. Tu hermano me escribió desde la India, ¿lo sabías?

—Sí, pero no quiere decirme qué te dijo. Y al parecer tú también le escribiste, aunque no me ha confiado el contenido de las misivas. No sé cómo se supone que voy a ser de ayuda si no me contáis nada.

—Bueno, ahora te necesitamos —dijo Sebastián—. La señorita Stafford y yo nos casaremos en una semana. Puedes colaborar con los preparativos.

—¡En una semana! —Lady Harker se llevó las manos al pecho—. ¿Tan pronto? ¡Debo empezar cuanto antes a organizar el banquete! Y Harker será tu testigo, Sebastián. Y yo seré la tuya.

Sylvia sonrió.

—Me encantaría.

A Julia le resplandecía el rostro por la emoción.

—¡Todo ha salido maravillosamente! —declaró, caminando con rapidez hacia la puerta—. Y si no hubiese ido a Londres a buscarla habríais estado toda la vida

sin saber nada sobre esas estúpidas cartas. Pero eso ahora ya no importa, gracias a Dios. —Abandonó la estancia. Oyeron su parloteo incesante incluso cuando cerró tras ella.

Sylvia miró a Sebastián y soltó una carcajada.

—Así es mi hermana —sentenció con disgusto.

Y tras ello, esbozó una sonrisa.

FIN



Agradecimientos

El trabajo de escritor es un oficio en su mayoría muy solitario; sin embargo, al terminar de escribir *La carta perdida,* hubo mucha gente que me ayudo a convertir la historia en lo que es hoy. A todos ellos, se lo agradezco profundamente.

A mi agente literario, Nadeen Gayle, de la agencia Serendipity Literary Agency, de Nueva York, gracias por tu apoyo constante y tu positividad. Tu fe en mi escritura lo es todo para mí.

A mis lectoras profesionales británicas y estadounidenses, Sarah y Flora, gracias por vuestros comentarios tan acertados y generosos. Vuestra paciencia y atención por los detalles son imprescindibles.

A mis amigos, a mis fans, a los que me siguen por redes sociales y por medios escritos; gracias por vuestra lealtad al leerme. Me encanta interactuar con todos vosotros.

A mi padre, Eugene, que siempre me apoya en todo lo que hago. Gracias por estar siempre a mi lado y gracias por todos tus consejos.

Y, por último, gracias a mi madre, Vickie, que siempre lee los primeros borradores (y luego me somete a un interrogatorio exhaustivo). Gracias por aguantarme. Como te prometí, esta historia es para ti.

Descarga la guía de lectura gratuita de este libro en:
www.librosdeseda.com